

«LO HE DISFRUTADO A LO GRANDE...
WINDROW ES UN MAESTRO DE LA HISTORIA MILITAR». MAX HASTINGS

MARTIN WINDROW



CAMARADAS
BAJO LA ARENA

LA LEGIÓN
EXTRANJERA
FRANCESA

CAMARADAS BAJO LA ARENA

DESPERTA FERRO



EDICIONES

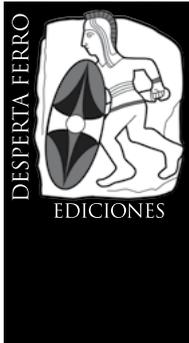
MARTIN WINDROW

CAMARADAS BAJO LA ARENA

LA LEGIÓN
EXTRANJERA
FRANCESA

DESPERTA FERRO

EDICIONES



Camaradas bajo la arena
Windrow, Martin
Camaradas bajo la arena / Windrow, Martin [traducción de Javier Romero Muñoz].
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2024 – 880 p. ; 23,5 cm – (Otros títulos) – 1.ª ed.
D. L.: M-21101-2024
ISBN: 978-84-128157-8-8
94(4)(5-11)(6)“1893/1925”
355.48(44)“18”

CAMARADAS BAJO LA ARENA
La Legión Extranjera francesa
Martin Windrow

First published by Weidenfeld and Nicolson, an imprint of The Orion Publishing Group, London.
Publicado por primera vez por Weidenfeld and Nicolson, un sello de The Orion Publishing Group, Londres.

© Martin Windrow 2010
ISBN: 978-0-7538-2856-4

© de esta edición:
Camaradas bajo la arena
Desperta Ferro Ediciones SLNE
Paseo del Prado, 12 - 1.º derecha
28014 Madrid
www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 978-84-128157-8-8
D.L.: M-21101-2024

Traducción: Javier Romero Muñoz
Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández
Cartografía original: John Richards; © Martin Windrow, adaptada por Desperta Ferro
Coordinación editorial: Mónica Santos del Hierro

Primera edición: noviembre 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2024 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Anzos

Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

Para Graham, con mi agradecimiento
por mil millas de *djebel* y *bled*,
por la cumbre de Astar
y por capear la tormenta
desde Skoura hasta El Mers.

DESPERTA FERRO



EDICIONES

ÍNDICE

Glosario y abreviaturas	IX
Prefacio	XXXI
Prólogo. « <i>Semana Sangrienta</i> »	1

PRIMERA PARTE

EL SERVICIO DE LA LEGIÓN EN TIEMPOS FEBRILES

1	Las herramientas del imperio	39
2	«La Francia de ultramar»	53
3	La <i>Mission Civilisatrice</i> y el comercio de sombreros de paja	89
4	El año de los cinco reyes	113
5	El General Venganza y el rey Pico de Zinc	165
6	El país de los tigres	205
7	«Un servicio desprovisto de alicientes»	257

SEGUNDA PARTE

MARRUECOS

8	Instrumentos de la caída, 1893-1899	321
9	Sesenta mil camellos muertos, 1900-1902	347
10	Sangre y arena, 1902-1903	365
11	El taladro de Lyautey, 1904-1907	407
12	Dos tipos de guerra, 1908	441
13	La marcha sobre Fez, 1909-1912	473

14	El atuendo inmaculado, 1912-1914	495
15	El caparazón de la langosta, 1914-1918	529
16	Espadas melladas, 1919-1922	585
17	«La raza más indómita del mundo», 1923-1924	611
18	La renuncia del mando, 1925	647
19	Recapitulación, 1926-1930	707
20	«Oscuros y desconocidos sacrificios», 1930-1934	739
	Epílogo. <i>El fuerte en el fin del mundo</i>	769
	Apéndice I - Resumen de las operaciones de la Legión Extranjera en Europa, 1914-1918	781
	Apéndice II - Resumen de las operaciones de la Legión Extranjera en el Levante durante 1925	789
	Apéndice III - P. C. Wren, 1875-1941	795
	Bibliografía	805
	Índice analítico	813

GLOSARIO Y ABREVIATURAS

TRANSLITERACIÓN

Toda transliteración del árabe es, básicamente, fonética; siempre implica la inserción de vocales romanas elegidas y, a menudo, hay varias consonantes romanas alternativas, por lo que fuentes transliteradas al francés, inglés, español y alemán durante el siglo pasado, inevitablemente, confrontan al lector con inconsistencias. La elección de traducir el término para un curso de agua como *oued* o *wad*, por ejemplo; para un pueblo amurallado como *ksar* o *qsar*; y los prefijos de nombres tribales como *ouled* o *awlad*, *beni* o *bani* es bastante claro, pero otros lo son menos. Perdí la cuenta de la cantidad de grafías para la tribu bereber del Atlas Medio presentada en estas páginas como Ait Segrushin y de la ortografía en apariencia aleatoria de nombres de lugares en mapas antiguos y modernos impresos en diferentes países. Por ejemplo, el corazón montañoso de los bereberes Ait Atta se presenta de diversas formas, como Djebel Sahro, Jebel Sarho o Jbel Saghru.

Después de un momento de locura transitoria cuando contemplé intentar estandarizar toda la ortografía, recordé que este libro no está destinado a especialistas lingüísticos y tomé una decisión totalmente arbitraria: la pureza y la coherencia lingüísticas han sido sacrificadas sin piedad en aras de la claridad del reconocimiento. La mayoría de los nombres árabes se dan en las formas francesas halladas en fuentes generales –por ejemplo, *djebel*, *oued*, Thami el-Glaoui, en lugar de *jbel*, *wad*, T’hami al-Glawi–. Sin embargo, aun así, no he sido coherente del todo –por ejem-

plo, prefiero Dawi Mani a Doui Menia—. Para nombres bereberes, por lo general, copiaba los formularios utilizados por el profesor Ross E. Dunn o David M. Hart.

A veces he elegido de forma deliberada entre ortografía alternativa para reforzar las diferencias entre nombres similares para diferentes personas y tribus –en muy pocos casos se da una ortografía alternativa común entre paréntesis después del primer uso de un nombre–.

Me enfrenté a un problema similar en los capítulos relacionados con las campañas en África e Indochina, para el que he adoptado una solución igual de arrogante. Los nombres vietnamitas suelen ofrecerse en sus sílabas independientes sin guiones, por ejemplo, Tuyên Quang, aunque en la actualidad sería pedante insistir en Hà Nội en lugar de la forma elidida más familiar Hanói.

En esto, como en todos los demás asuntos del libro, cualquier error o infortunio es absolutamente mío.

GLOSARIO

<i>aman</i>	términos de paz (lit. «agua» en dialecto bereber)
<i>amil</i>	alto funcionario marroquí del Majzén (en Figuig y Uchda)
<i>amir</i>	comandante
« <i>bigors</i> »	artillería colonial/naval francesa, <i>vid.</i> RAM/RAC
<i>bled</i>	campo abierto
<i>chott</i>	depresión, lago seco
<i>djebel</i>	cadena de montañas o colinas
<i>djich</i>	pequeña incursión, grupo de asalto
<i>douar</i>	campamento de tiendas
<i>faqih</i>	profesor
<i>goumier</i>	soldado auxiliar nativo del norte de África de alistamiento temporal
<i>imam</i>	líder religioso, oficiante en mezquitas
<i>ksar</i>	población amurallada
<i>moghazni</i>	gendarme local nativo del norte de África
<i>mellah</i>	barrio judío, gueto
« <i>marsouins</i> »	infantería colonial/naval francesa, <i>vid.</i> RIM/RIC
« <i>moblots</i> »	guardias móviles de milicianos
<i>oued</i>	río, curso de agua
<i>partisan</i>	tribales irregulares del norte de África al servicio de Francia
<i>souk</i>	mercado

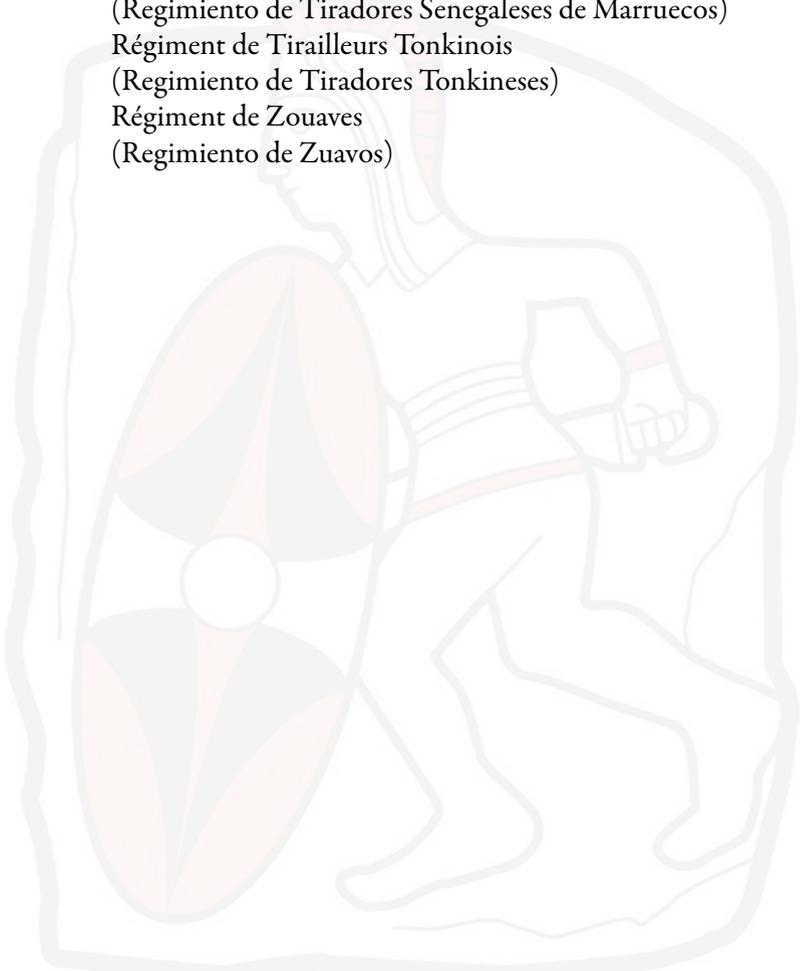
<i>suppletif</i>	<i>vid. partisan</i>
<<turco>>	infantería ligera nativa de la Argelia francesa, <i>vid.</i> RTA
<i>ulama</i>	consejo de eruditos islámicos

ABREVIATURAS DE UNIDADES

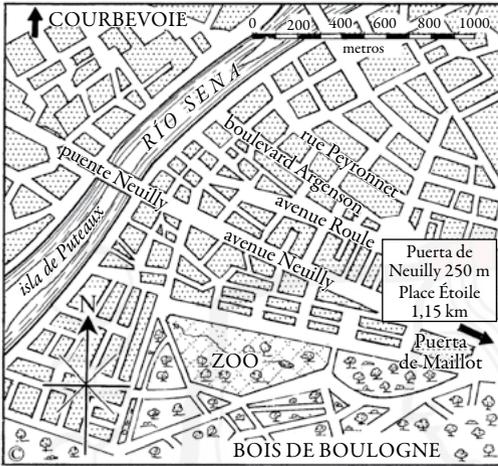
I, II, etc.	batallón de un regimiento, por ejemplo: I/2.º RE es 1.º Bón./2.º Regimiento Extranjero
Bat d'Af	Bataillon d'Infanterie Légère d'Afrique (Batallón de Infantería Ligera de África)
BCP	Bataillon de Chasseurs à Pied (Batallón de Cazadores a Pie)
BILA	<i>vid.</i> Bat d'Af
GOC	oficial general al mando
LE	Légion Étrangère (Legión Extranjera)
RAC	Régiment d'Artillerie Coloniale (Regimiento de Artillería Colonial)
RAM	Régiment d'Artillerie de Marine (Regimiento de Artillería Naval)
RCA	Régiment de Chasseurs d'Afrique (Regimiento de Cazadores de África)
RE	Régiment Étranger (Regimiento Extranjero)
REC	Régiment Étranger de Cavalerie (Regimiento Extranjero de Caballería)
REI	Régiment Étranger d'Infanterie (Regimiento Extranjero de Infantería)
RIC	Régiment d'Infanterie Coloniale (Regimiento de Infantería Colonial)
RICM	Régiment d'Infanterie Coloniale du Maroc (Regimiento de Infantería Colonial de Marruecos)
RIM	Régiment d'Infanterie de Marine (Regimiento de Infantería de Marina)
RS	Régiment de Spahis (Regimiento de Espahíes)
RTA	Régiment de Tirailleurs Algériens (Regimiento de Tiradores Argelinos)
RTC	Régiment de Tirailleurs Coloniaux (Regimiento de Tiradores Coloniales, oeste de África)

RTM	Régiment de Tirailleurs Marocains (Regimiento de Tiradores Marroquíes)
RTS	Régiment de Tirailleurs Sénégalais (Regimiento de Tiradores Senegaleses)
RTSM	Régiment de Tirailleurs Sénégalais du Maroc (Regimiento de Tiradores Senegaleses de Marruecos)
RTT	Régiment de Tirailleurs Tonkinois (Regimiento de Tiradores Tonkineses)
RZ	Régiment de Zouaves (Regimiento de Zuavos)

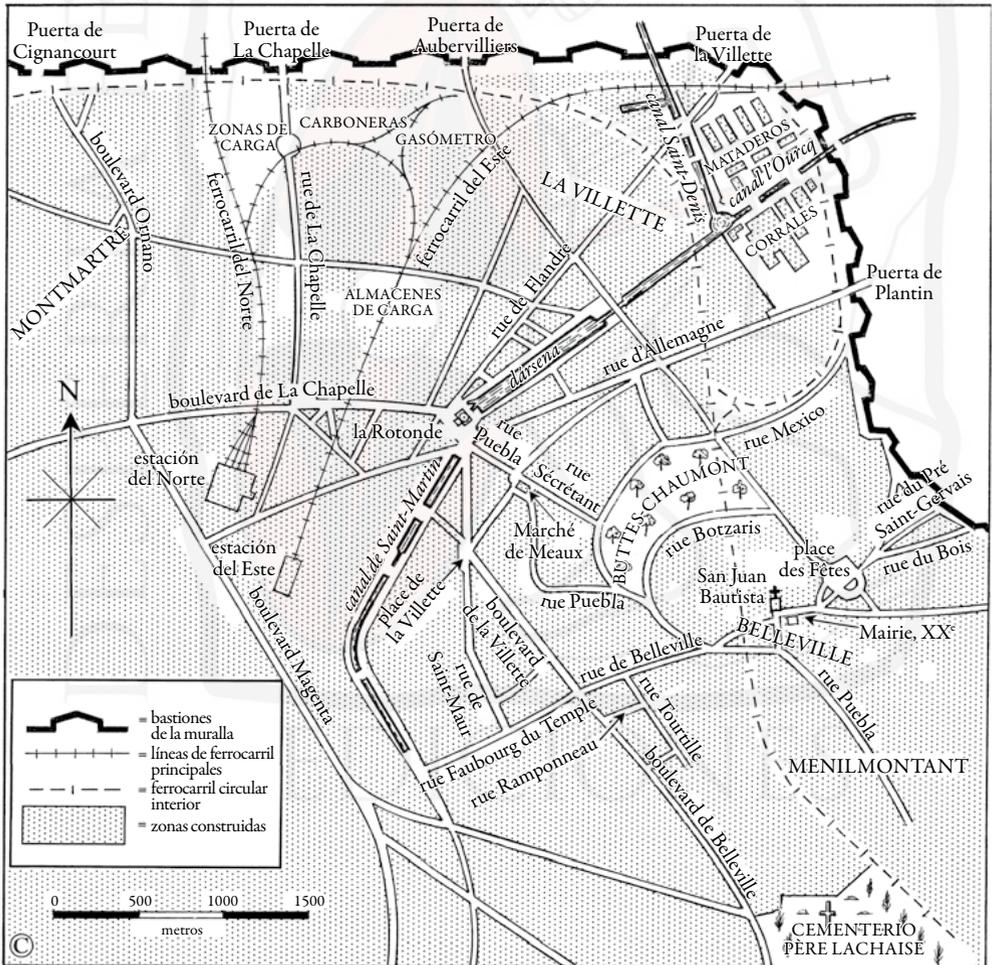
DESPERTA FERRO



EDICIONES



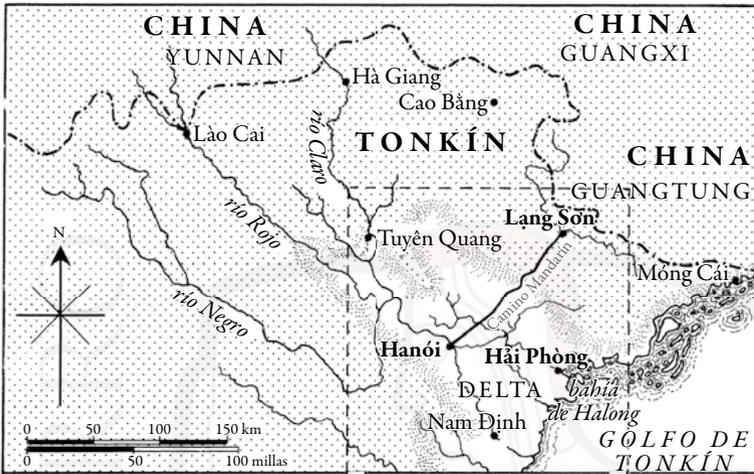
Mapa 1: Neuilly, noroeste de París, abril de 1871.



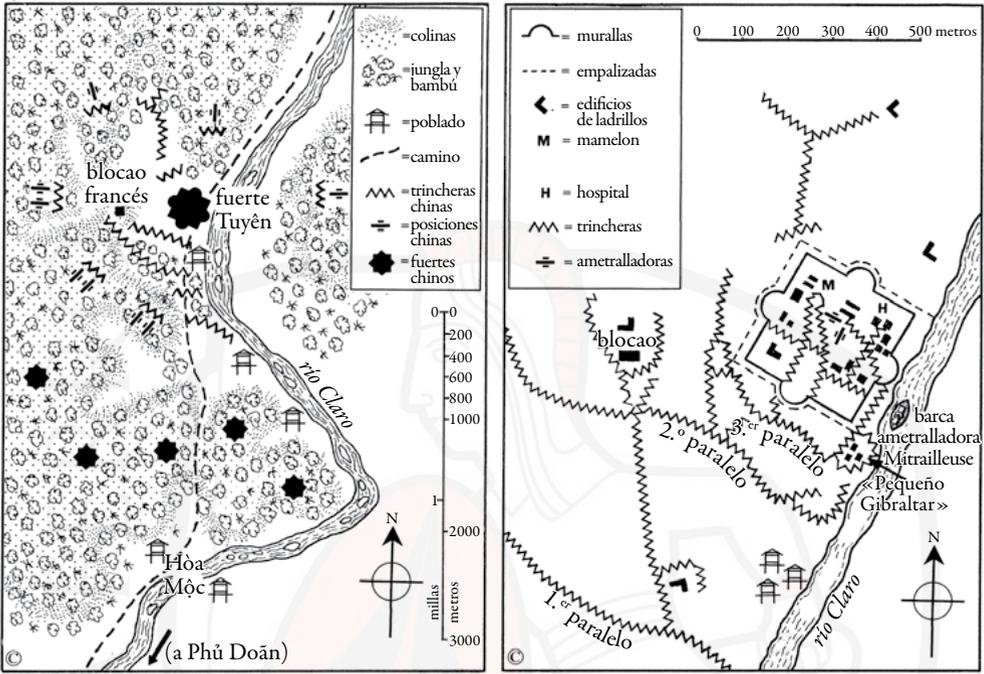
Mapa 2: Nordeste de París, mayo de 1871.



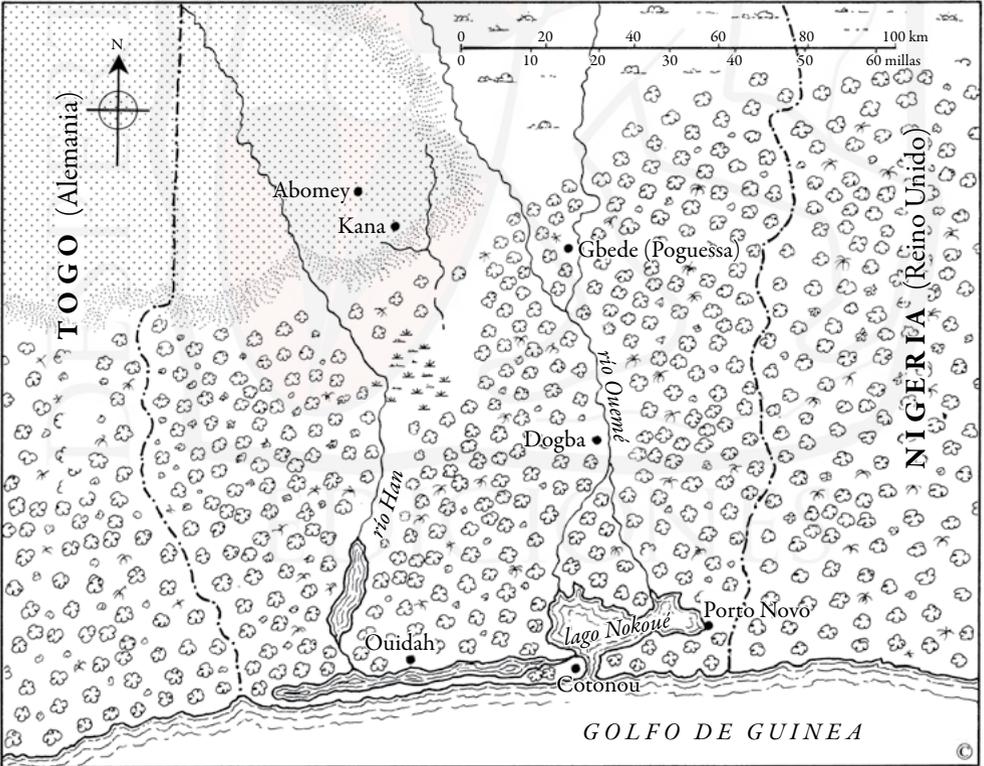
Mapa 3: Argelia occidental, 1871-1900.



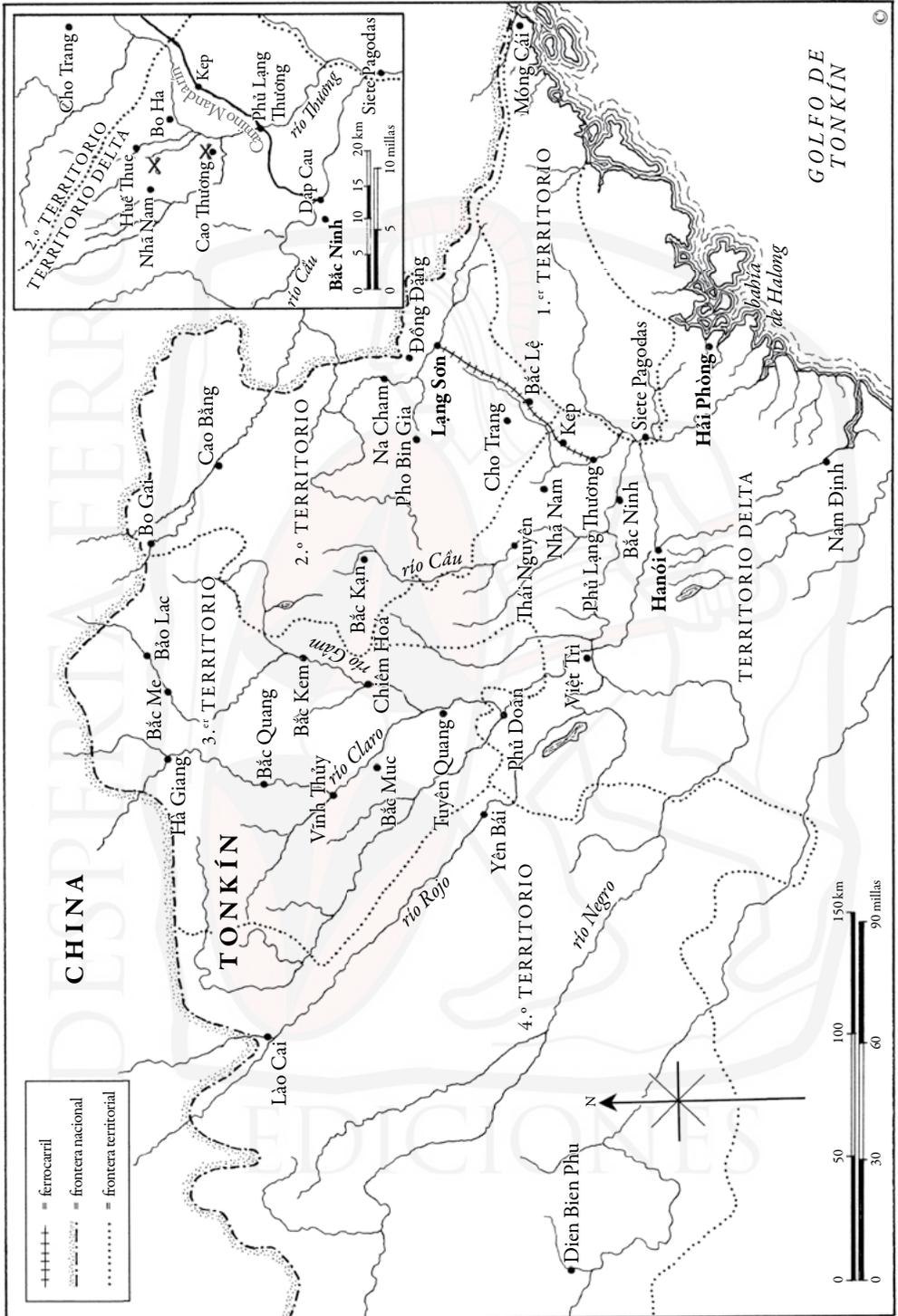
Mapas 4a y 4b: Tonkín y zona de operaciones, 1883-1885.



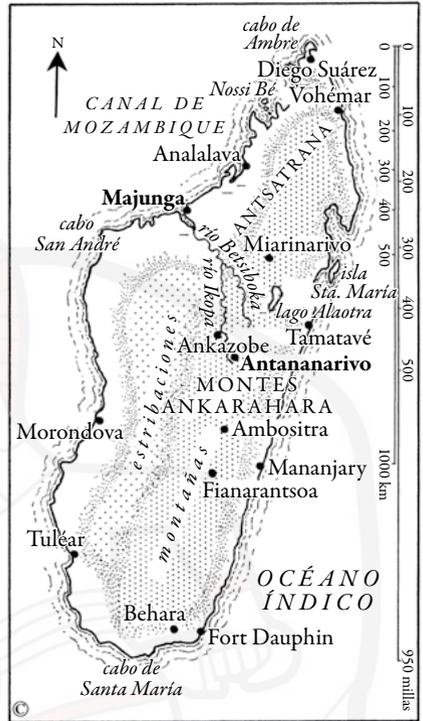
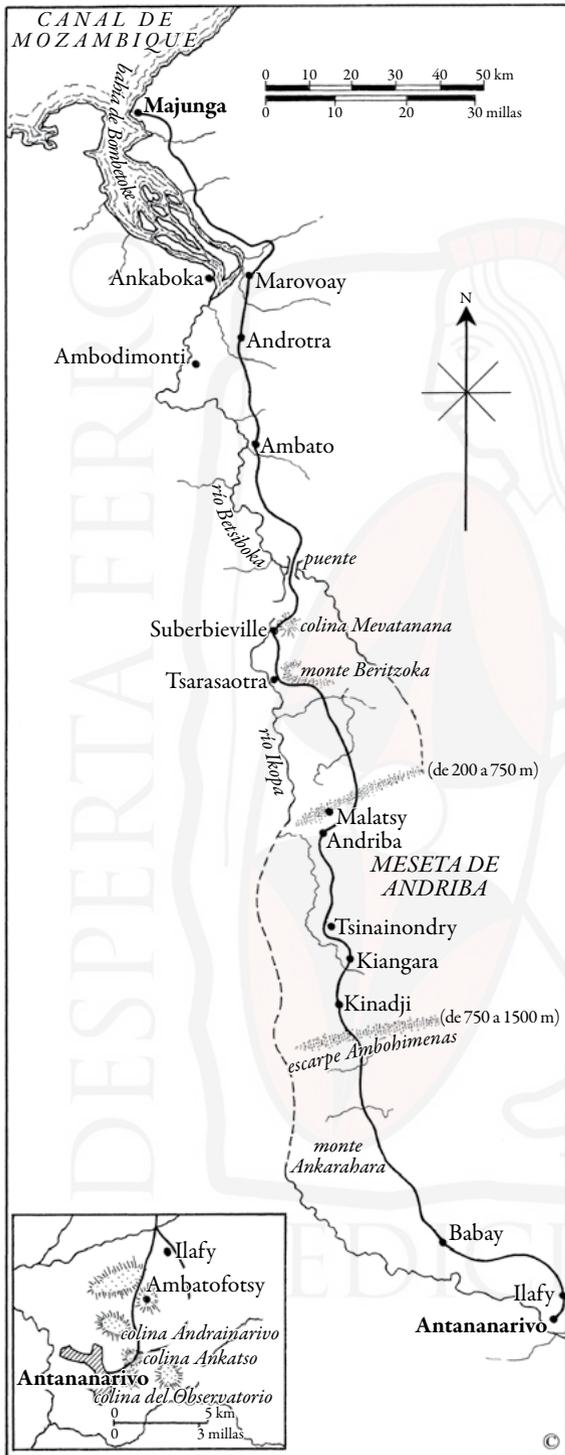
Mapas 5a y 5b: Asedio e inmediaciones de Tuyên Quang, 1885.



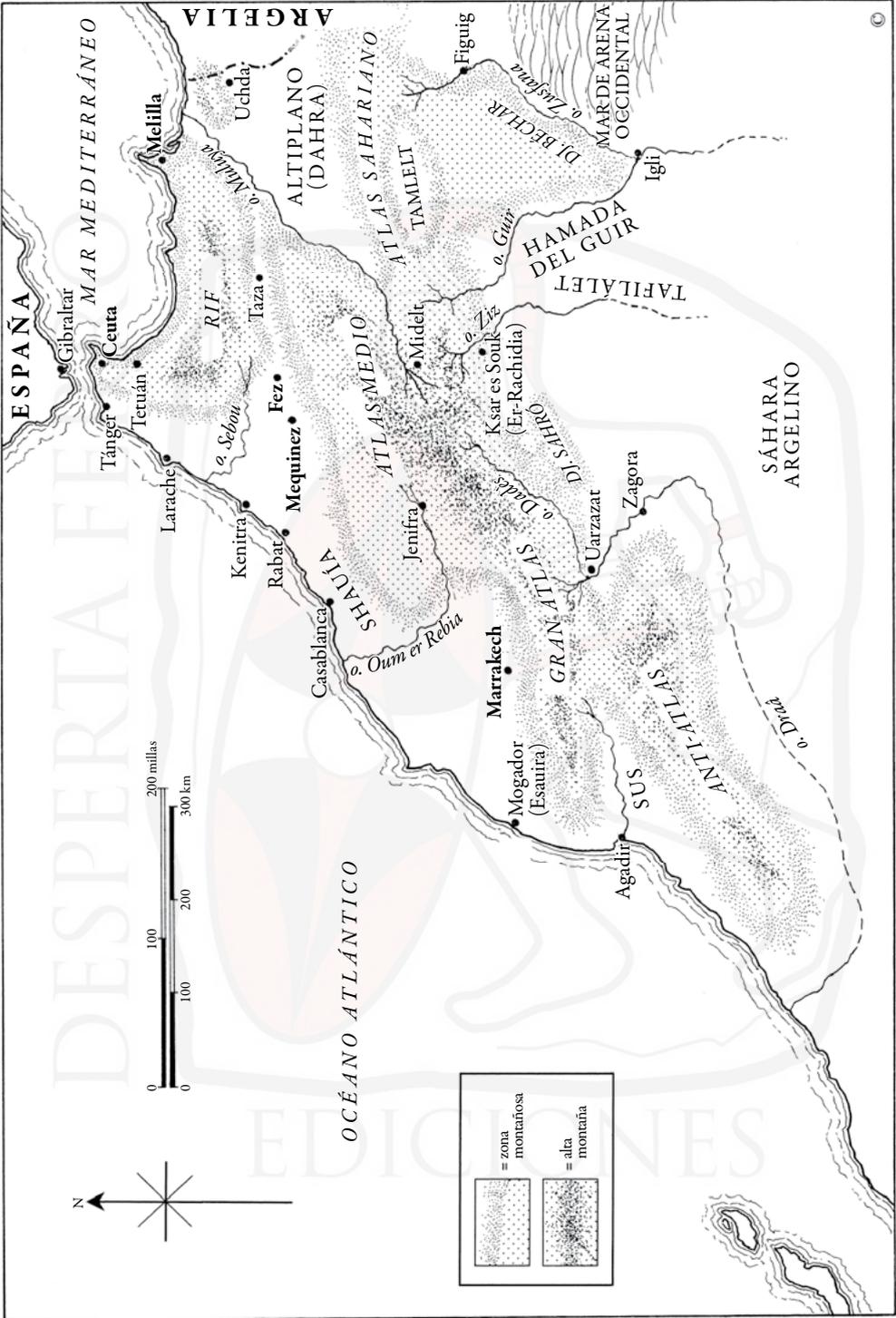
Mapa 6: Dahomey, 1892.



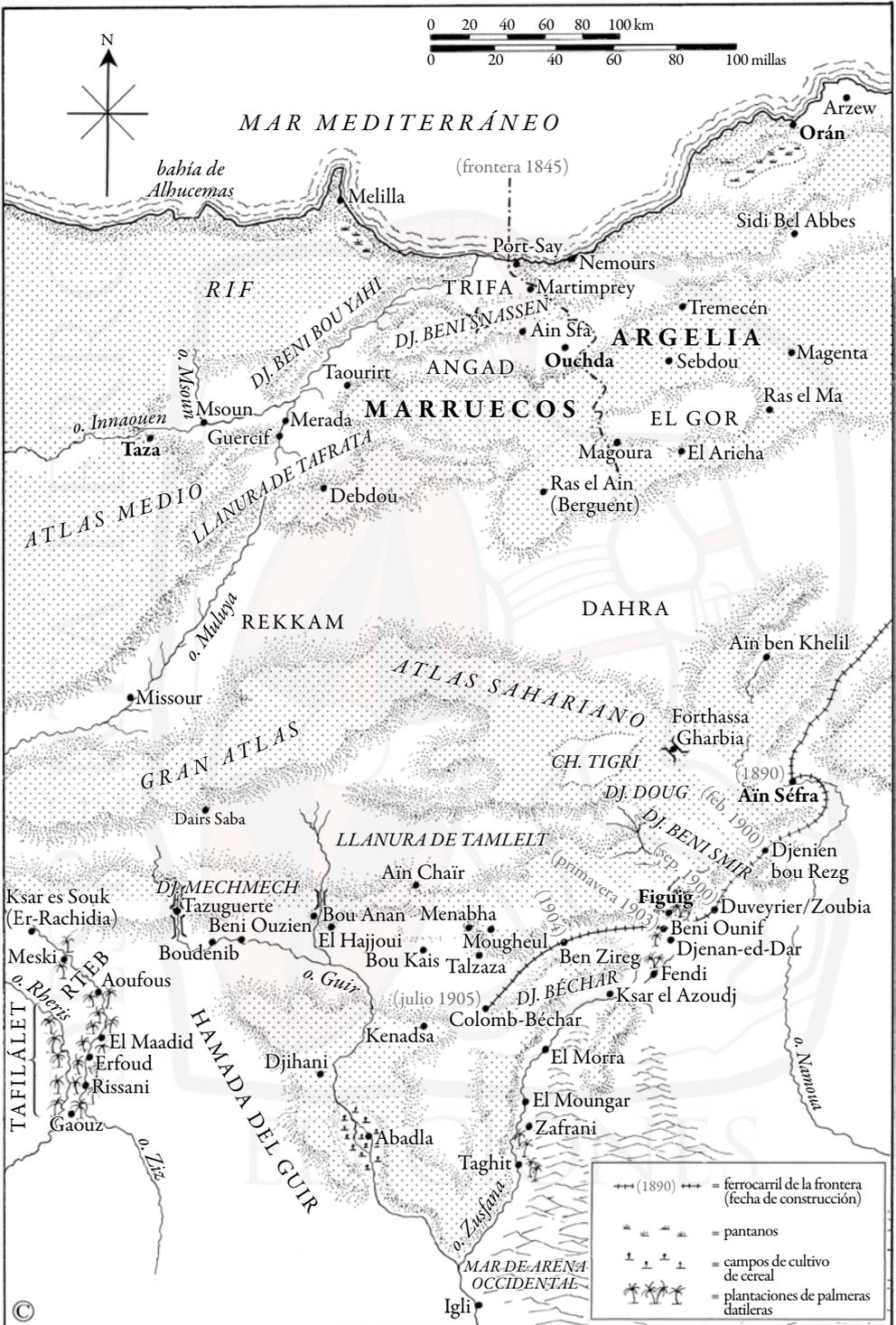
Mapa 7: Tonkín ca. 1895 y detalle de la región de Yên Thế ca. 1892.



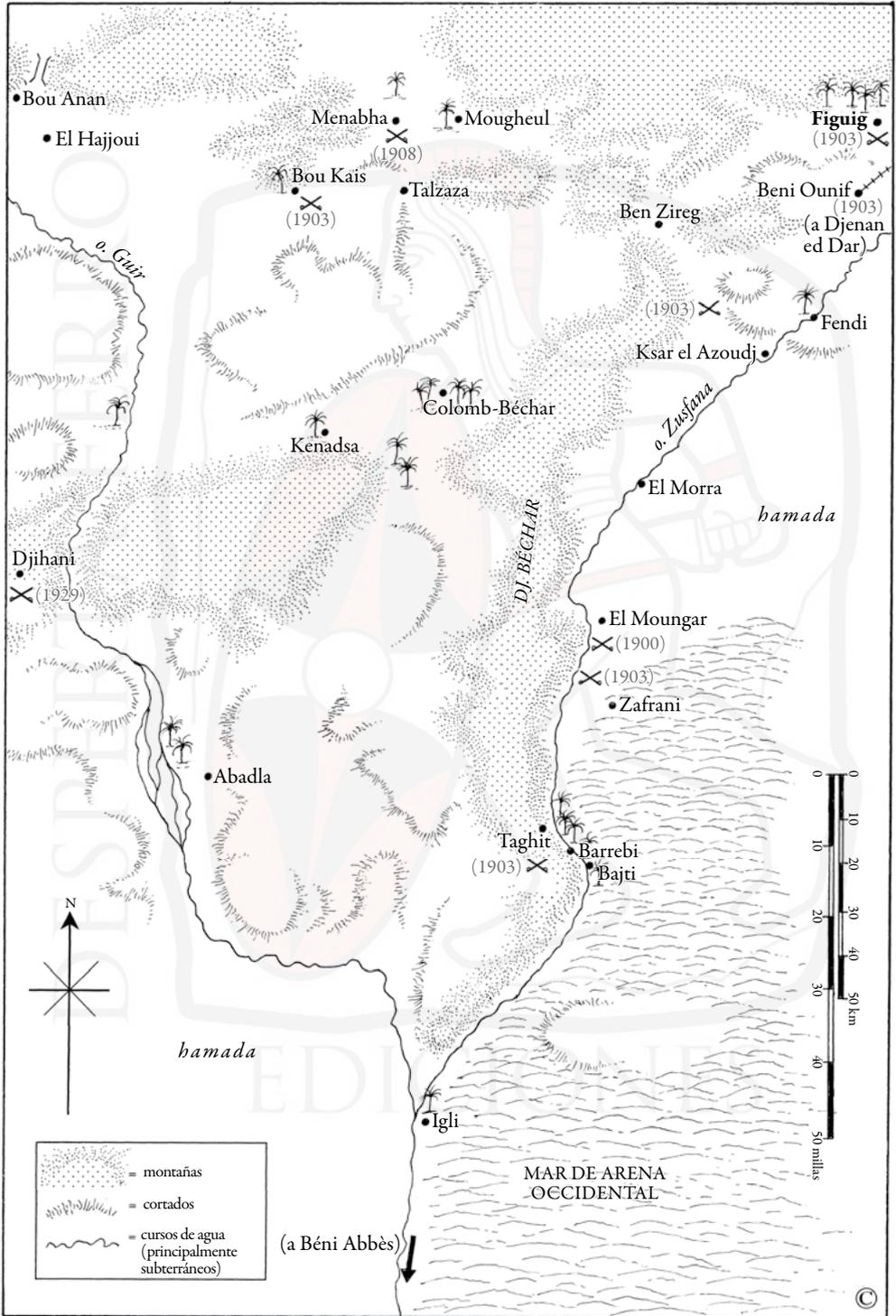
Mapas 8 y 9: El avance desde Majunga a Antananarivo, 1895. Mapa general de Madagascar, 1895-1905.



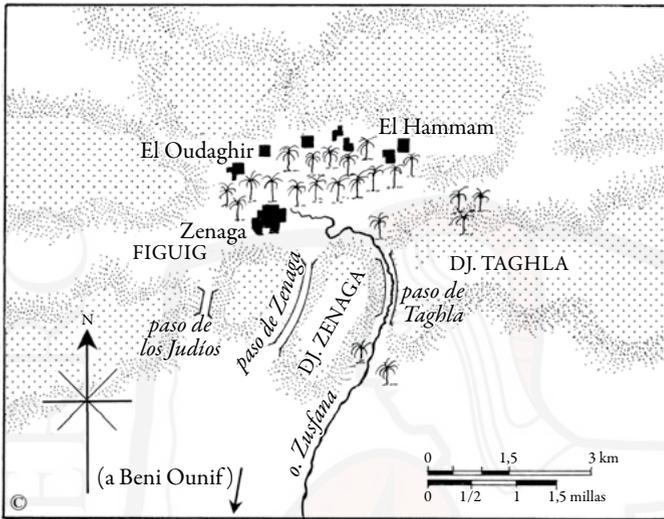
Mapa 10: Marruecos en torno a 1900.



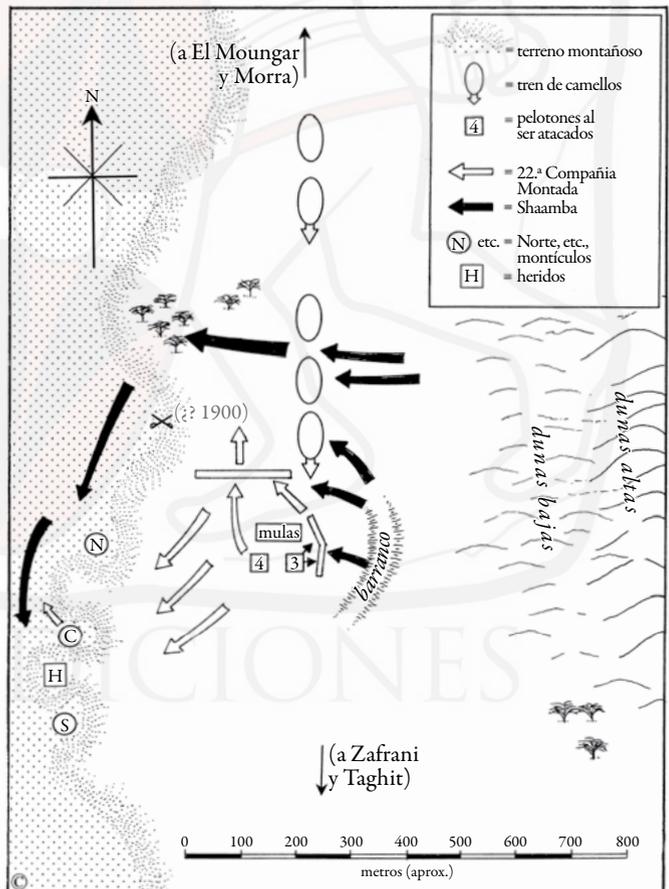
Mapa 11: Región fronteriza argelino-marroquí, ca. 1900-1905.



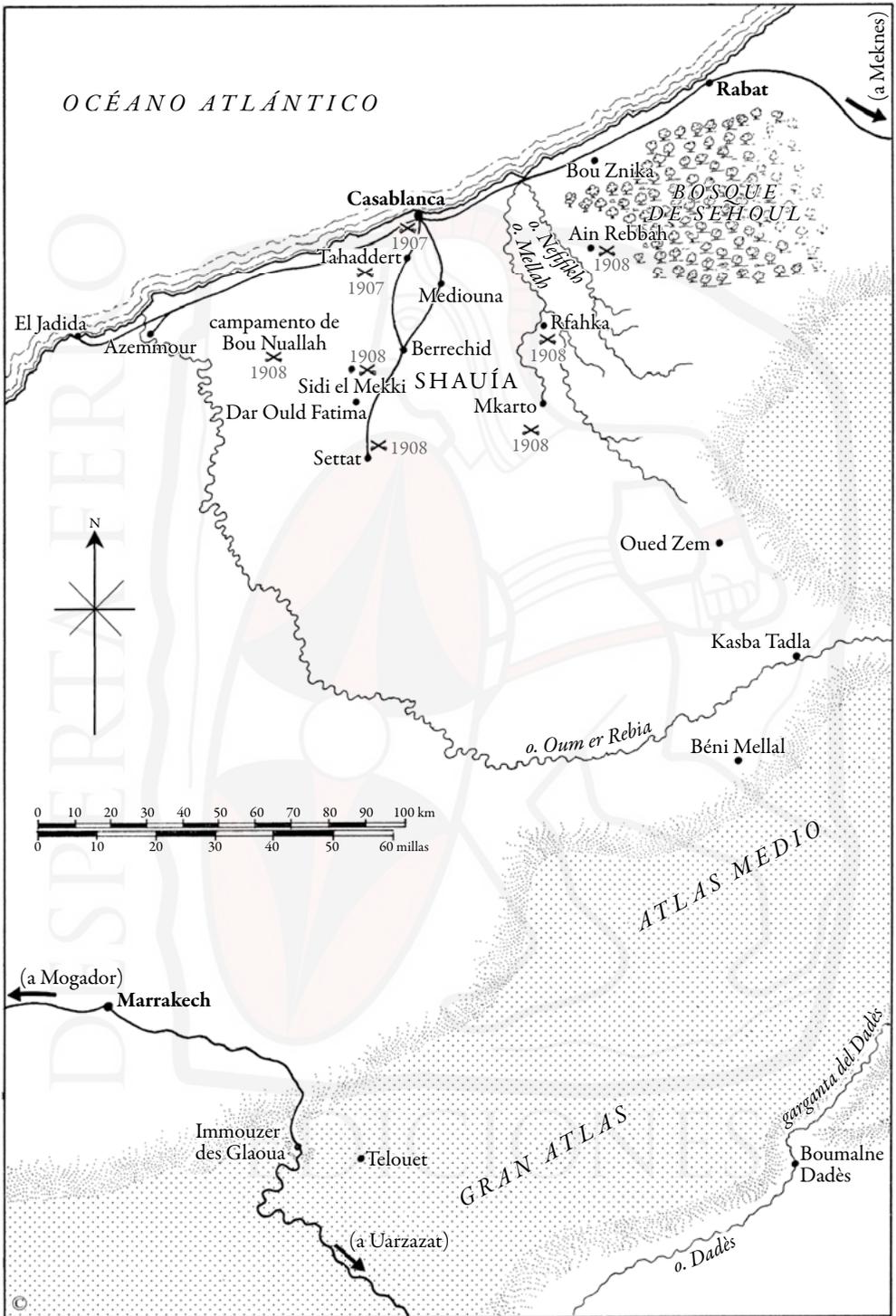
Mapa 12: Curso bajo del *oued Guir* y del *oued Zulfana*, ca. 1900-1905.



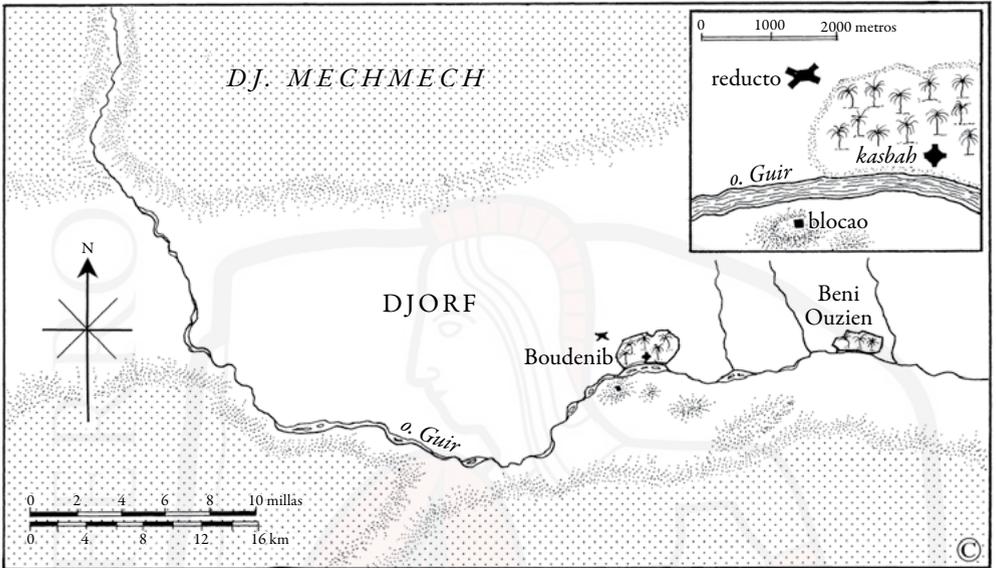
Mapa 13: Figuig, mayo-junio de 1903.



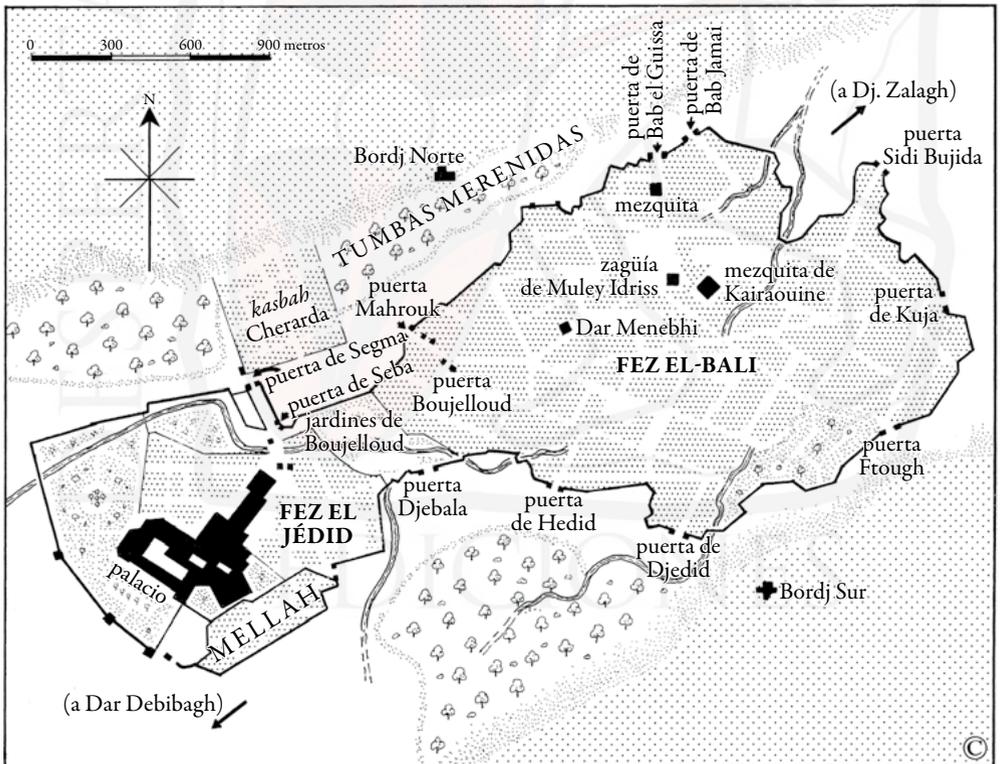
Mapa 14: El Mouggar, 2 de septiembre de 1903 (basado en Holtz).



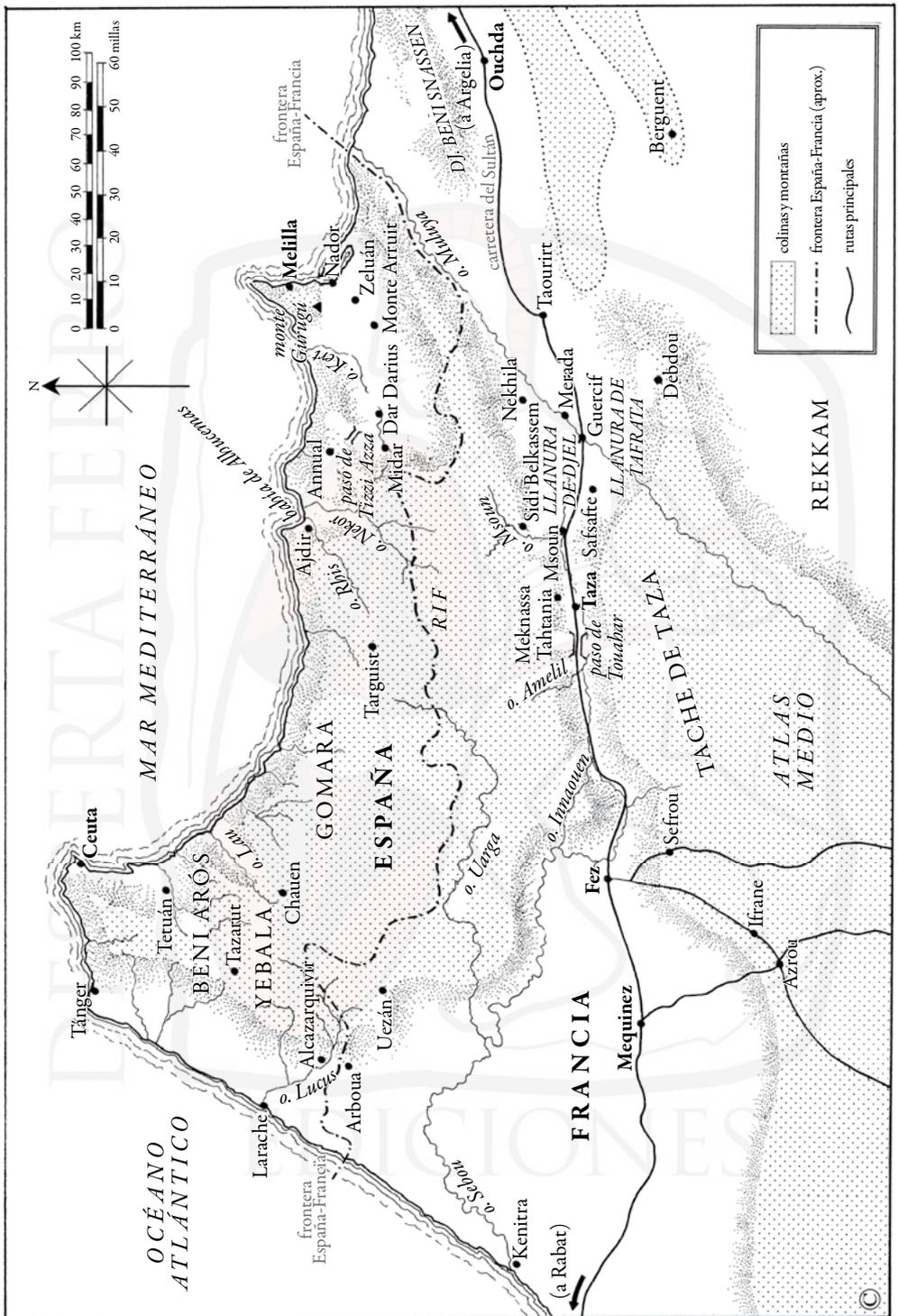
Mapa 15: Marruecos centro-occidental, desde la Shauía al Alto Atlas.



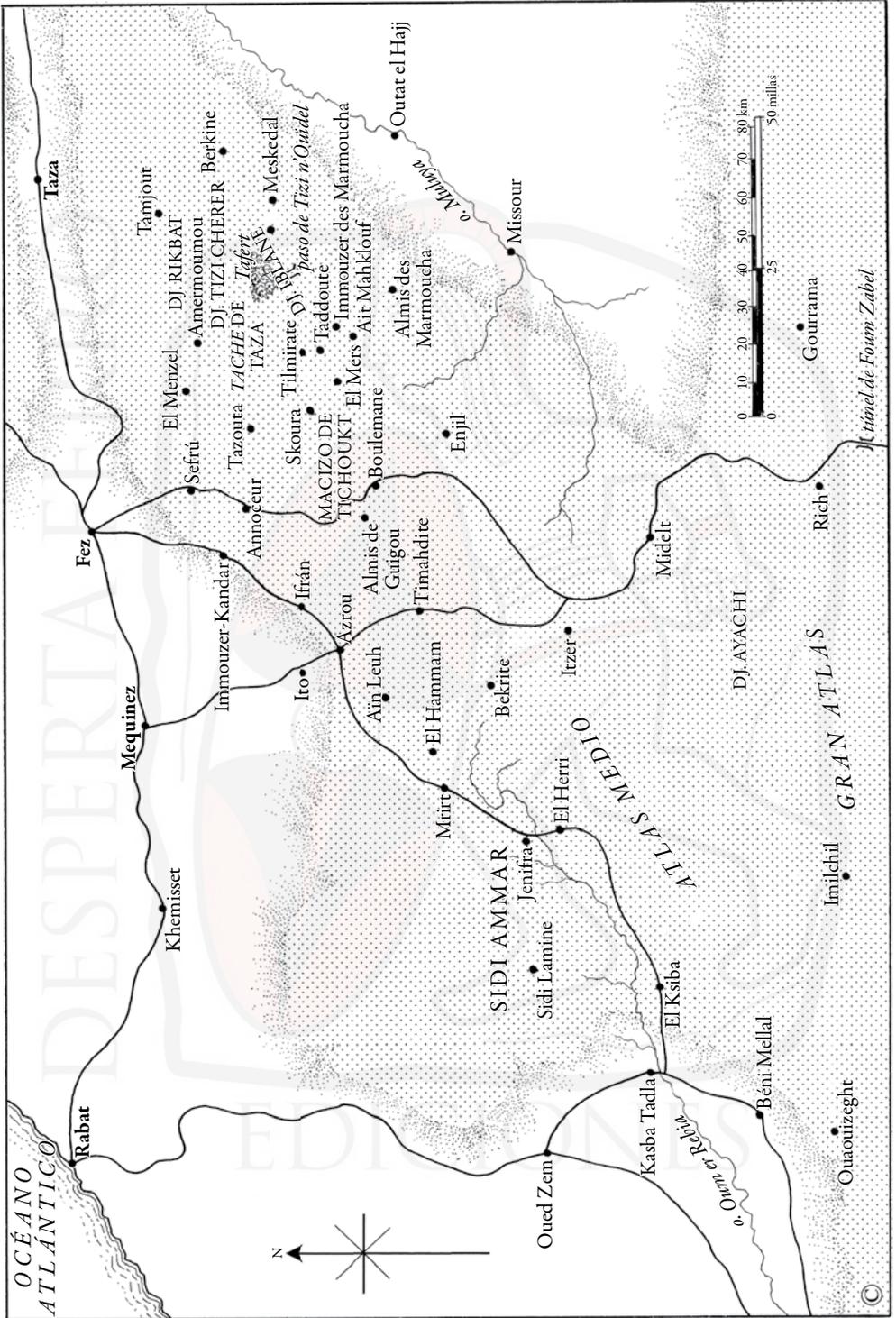
Mapa 16: Boudenib, septiembre de 1908.



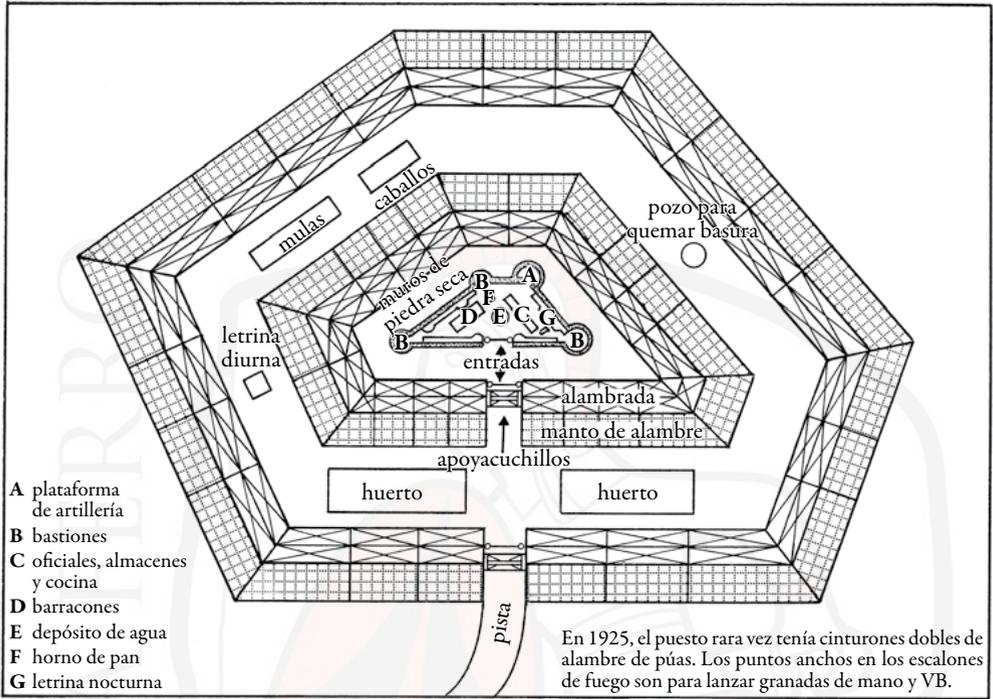
Mapa 17: Fez, mayo de 1912.



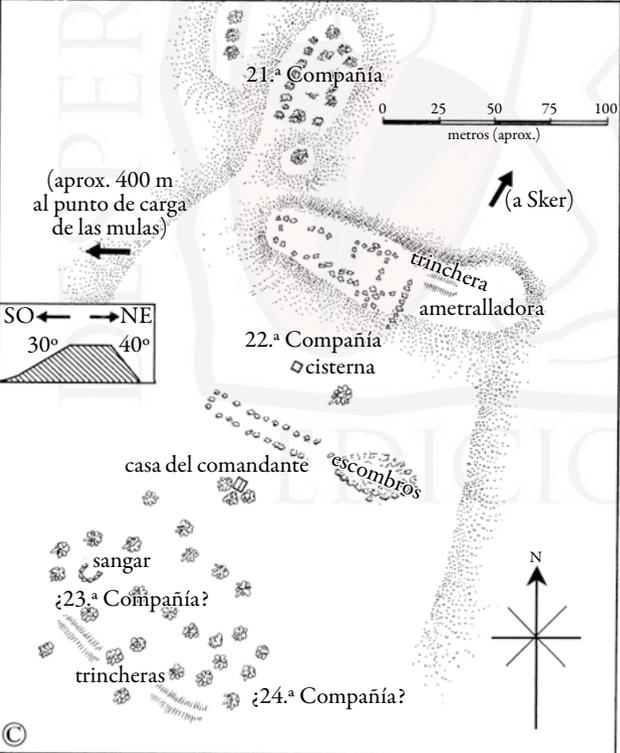
Mapa 18: El norte de Marruecos, 1906-1921.



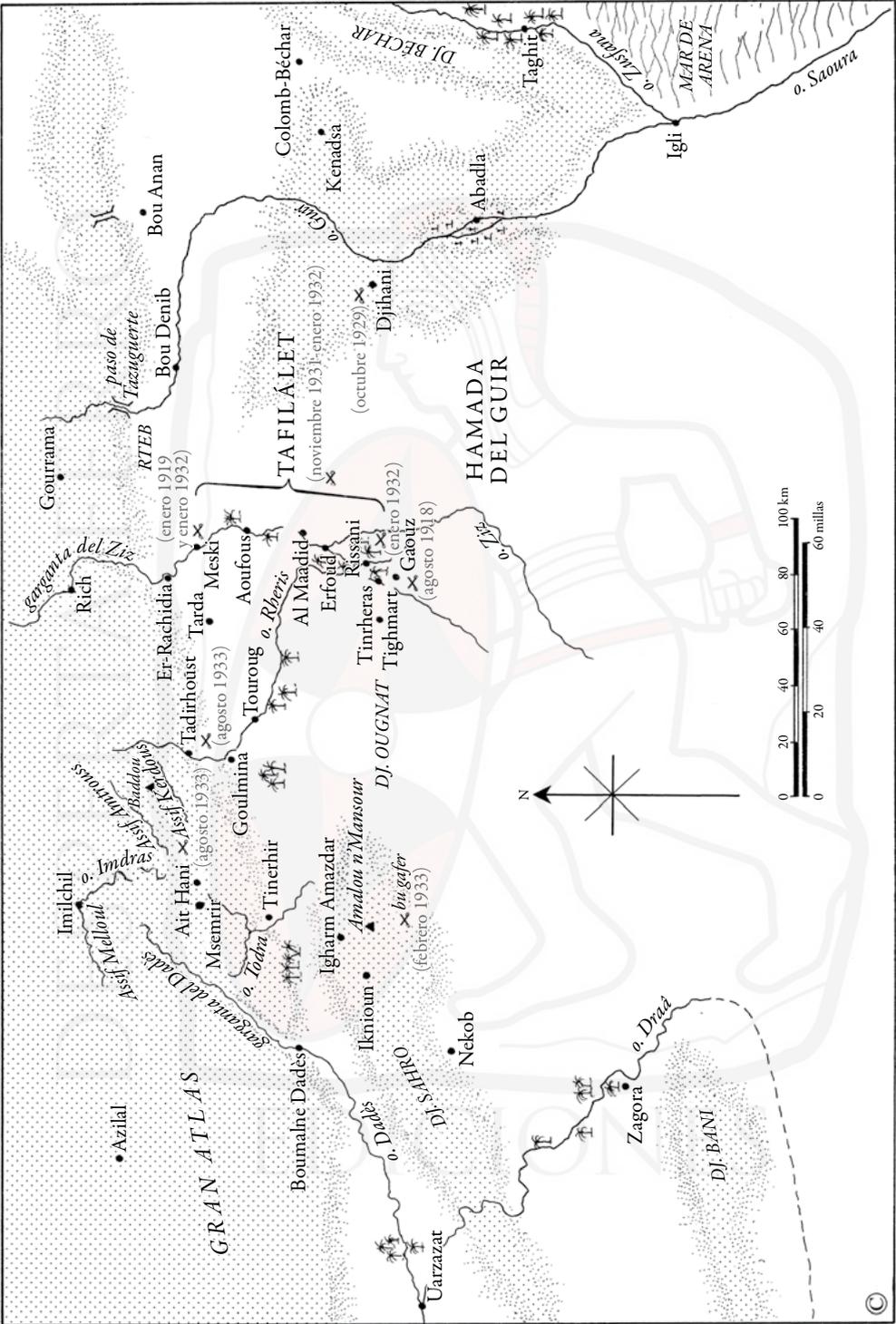
Mapa 19: El Atlas Medio: el frente zayán y el corredor de Taza.



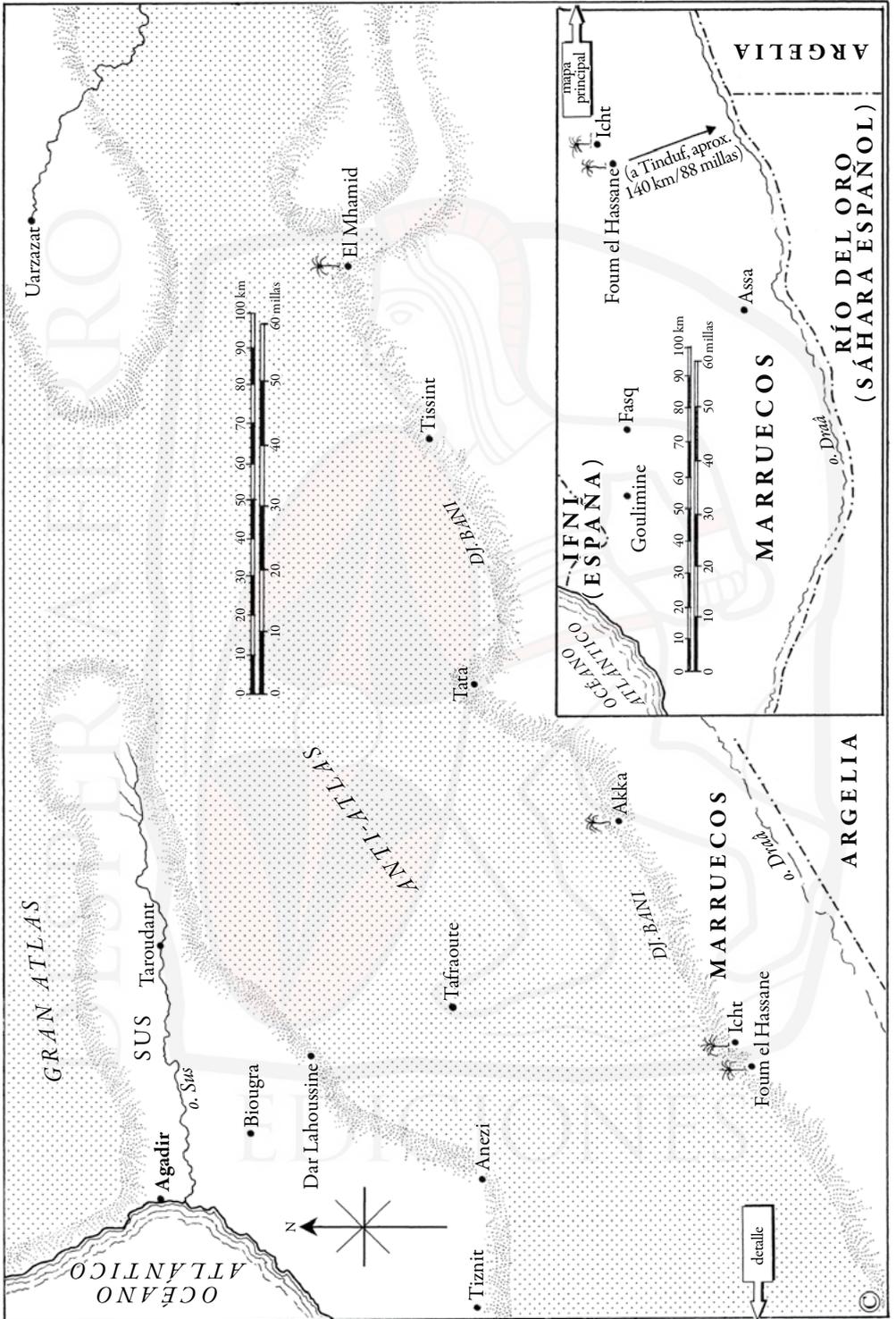
Mapa 21: Distribución aconsejada de un puesto, Marruecos, décadas de 1920-1930 (basado en Vanéque).



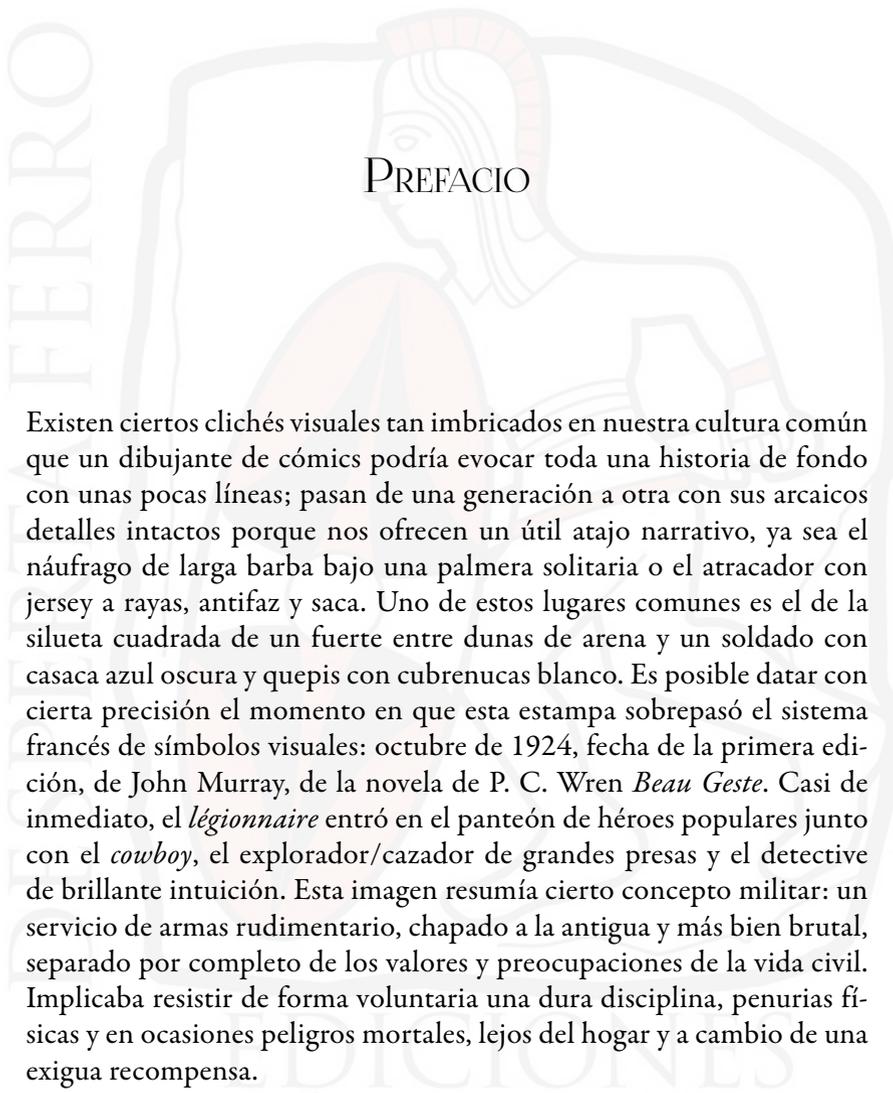
Mapa 22: Restos del puesto de Astar, 2007.



Mapa 23: El centro-sur y sudeste de Marruecos, ca. 1930-1934.



Mapa 24: El sudoeste de Marruecos: el Sus y el Anti-Atlas, ca. 1929-1934.



PREFACIO

Existen ciertos clichés visuales tan imbricados en nuestra cultura común que un dibujante de cómics podría evocar toda una historia de fondo con unas pocas líneas; pasan de una generación a otra con sus arcaicos detalles intactos porque nos ofrecen un útil atajo narrativo, ya sea el náufrago de larga barba bajo una palmera solitaria o el atracador con jersey a rayas, antifaz y saca. Uno de estos lugares comunes es el de la silueta cuadrada de un fuerte entre dunas de arena y un soldado con casaca azul oscura y quepis con cubrenucas blanco. Es posible datar con cierta precisión el momento en que esta estampa sobrepasó el sistema francés de símbolos visuales: octubre de 1924, fecha de la primera edición, de John Murray, de la novela de P. C. Wren *Beau Geste*. Casi de inmediato, el *légionnaire* entró en el panteón de héroes populares junto con el *cowboy*, el explorador/cazador de grandes presas y el detective de brillante intuición. Esta imagen resumía cierto concepto militar: un servicio de armas rudimentario, chapado a la antigua y más bien brutal, separado por completo de los valores y preocupaciones de la vida civil. Implicaba resistir de forma voluntaria una dura disciplina, penurias físicas y en ocasiones peligros mortales, lejos del hogar y a cambio de una exigua recompensa.

Aunque es indudable que esta descripción es aplicable a la mayoría de experiencias castrenses de todo el mundo, por algún motivo el personaje del *légionnaire* ha seguido aferrado al estereotipo.



Dicho de forma simple, el propósito de este libro es tratar de explicar qué hacía el *légionnaire* –tanto en un contexto histórico como militar– en este territorio y en otros igualmente inhóspitos: describir estos lugares, con qué propósito fue enviado allí, cómo lo utilizó Francia y qué fue de él.

Desde luego, no se trata de una historia general de la Legión, de la cual podría decirse que ya hay demasiadas. Desde la publicación, en 1991, del magistral volumen del profesor Douglas Porch *The French Foreign Legion. A Comprehensive History*, al cual, al igual que todos los escritos posteriores en torno al tema, el presente volumen debe mucho, deberán pasar al menos un par de generaciones antes de que el mundo necesite otro. Algunas historias –aunque, debo insistir, no la del profesor Porch– se ciñen a un listado cronológico de las batallas de la Legión, por lo que, en vez de limitarme a reiterar dicha lista, he tratado de situar al *légionnaire* dentro del contexto físico, militar y político de las campañas en las que Francia lo empleó –aunque el material político está limitado, de forma necesaria, a poco más que atrevimientos–.* De igual modo, también he intentado –por medio de retratos ocasionales de carreras individuales– remarcar la continuidad, un aspecto central del carácter de toda organización castrense con tradición. Este libro no pretende ser una obra de investigación de fuentes primarias, algo para lo cual ni mi formación ni mis circunstancias me capacitan. Es una síntesis de fuentes secundarias, entre ellas algunos materiales más desconocidos en lengua francesa, que espero que puedan arrojar algo de luz a los lectores acerca de la etapa clásica de conquistas coloniales de la Legión.

Dado que no soy académico, el periodo narrado no está definido por estrictos límites académicos, lo cual se ajusta a mis propósitos. He tomado como punto de partida la Guerra Franco-Prusiana de 1870-1871. Dado que esta configuró los asuntos castrenses de Francia –y, en gran medida, la conciencia de la nación francesa– hasta 1914, me parece imposible omitir una introducción, tanto del ejército que la combatió, como del modesto papel que la Legión desempeñó en esta. Después de la década siguiente, cuando la única obsesión fue preparar la revancha contra Alemania, a partir de 1881 Francia empezó a hacer una inversión paralela en sus intentos, hasta entonces caóticos, de obtener un segundo imperio de ultramar para compensar la pérdida del primero a manos de Gran Bretaña en la década

* N. del T.: En el original *bluffer's notes*, que hace referencia a una serie de libros –o más bien folletos–, denominados *Cliff's Notes*, cuyo propósito era la rápida adquisición de conocimientos por parte del lector, lo que le permitía aparentar o dárseles de tener un conocimiento más alto de lo que realmente tenía.

de 1760. Por varias razones, creo que puedo afirmar que su conquista inicial de Argelia entre 1830 y 1860 supone un caso aparte, que resumo en el Capítulo 2. He finalizado el relato en 1935, el año después del sometimiento de las últimas tribus invictas de Marruecos, momento adrianeo* que marcó el fin de la etapa en la que Francia aspiraba a conquistar un imperio, no a tratar de preservarlo.

Pese a que la Legión fue fundada cincuenta años antes de estas campañas –durante los cuales ganó una reputación estrictamente local en Argelia, Crimea, Italia y México– su enorme engrandecimiento y su empleo más generalizado fueron consecuencia directa de la expansión dinámica de las colonias francesas iniciada a principios de la década de 1880. En 1875, la Legión constaba de un único regimiento a 4 batallones, con un total de 3000 hombres; a principios de la década de 1930 era un cuerpo de 6 regimientos con 18 batallones y 6 escuadrones de caballería, así como 5 compañías independientes de infantería montada, 4 de zapadores y 2 baterías de artillería, con unos efectivos máximos en 1933 de más de 33 000 hombres. Fueron esas campañas coloniales las que crearon la imagen de la Legión que todavía hoy reconocemos: la Legión de quepis con cubrenucas y extenuantes marchas por el desierto, de fuertes en junglas azotadas por las fiebres y resistencias a la desesperada. En estas campañas la Legión era la garantía final –la «columna vertebral» de infantería de choque, a menudo pesada, pero siempre confiable– de las columnas mixtas y fuerzas expedicionarias que Francia organizó.

Cuando me planteé por primera vez las campañas de la vieja Legión como tema para un libro, estas presentaron un problema particular. Algunos años atrás había escrito un relato de la batalla de Địch Biên Phủ, culminación de la Guerra de Indochina de 1946-1954. Este tema tenía un desarrollo evidente, el clásico «arco narrativo en tres actos». Por el contrario, la historia que abordaré ahora parecía menos equilibrada. Solo empecé a tranquilizarme cuando vi que, después de las episódicas arremetidas de Francia anteriores a 1900 para obtener un imperio, la segunda parte de la historia avanzó hacia un desenlace natural que aunó todas las misiones, los instrumentos y el hombre –en la persona del general Hubert Lyautey–. Las aventuras de Francia en ultramar llevaron a Lyautey, y, con el tiempo, a la mayor parte de la vieja Legión, a Marruecos, el último y mayor escenario de este drama. En ese país, por

* N. del T.: Alusión al emperador Adriano (76-138 d. C.) con el cual el Imperio romano alcanzó su máxima extensión y estableció *limes* fortificados en la actual Escocia. Después de Adriano, el imperio dejó de expandirse y empezó a defender el territorio que ya tenía.

espacio de treinta años, la Legión emprendió algunas de sus campañas más intensas y memorables.



La naturaleza de las campañas de la vieja Legión, como es natural, no solo fue dictada por el terreno y la meteorología, sino también por los adversarios contra los que la enviaron a combatir. Los occidentales piensan en términos de *una* guerra, esto es, un episodio histórico finito; tiene causas, ambos bandos tienen propósitos y objetivos y sigue un progreso más o menos lineal. Sin embargo, para muchos de los pueblos a los que se enfrentaron los ejércitos coloniales un siglo atrás la idea de una contienda específica no tenía mucho sentido. Consideraban la guerra un elemento normal, más o menos constante, de su forma de vida. El novelista Charles Frazier puso en boca de un nativo americano del siglo XIX la siguiente queja: «Esa nueva gente blanca le quitó toda la diversión a la guerra, se limitan a ganar y siguen ganando, como si eso fuera lo único que importara». ¹ Al parecer, uno de los personajes más característicos del Marruecos finisecular, el gran señor de bandidos Ahmed el Raisuni, afirmó que los colonizadores trajeron seguridad, pero a cambio estrecharon los horizontes del hombre: «En los viejos tiempos, todo era posible. No había límite a lo que un hombre podía llegar a ser. El esclavo podía ser ministro o general, el escriba sultán. Ahora su vida es segura, pero está encadenado para siempre a su trabajo y a su pobreza». ²

Dado que, en vida de El Raisuni la limitada penetración española en su territorio solo le impidió de forma teórica seguir acumulando oro y derramando sangre, este lamento debe verse como algo más poético que literal, aunque también nos ayuda a comprender una particular visión de la vida. Se trata de una concepción que todavía hoy puede encontrarse en ciertas regiones del mundo. A su regreso de unos meses «insertado» en un batallón de infantería en la provincia de Helmand, Afganistán, en 2007, el doctor Duncan Anderson narró algunas de sus conversaciones con los combatientes locales. Uno de ellos se negaba a creer que el despliegue del Ejército británico en el país fuera algo más que una venganza –en todo punto honorable– por la costosa derrota del Regimiento de Berkshire en Maiwand, en julio de 1880. Un segundo afgano preguntó, con sincera perplejidad, que, con todos esos guerreros británicos en Afganistán, ¿quién combatía en Gran Bretaña? ³

Un segundo e interesante paralelismo entre la experiencia colonial francesa y la situación actual en Afganistán es el desarrollo civil. En su im-

portante estudio de las operaciones británicas en dicho país en 2006-2007, *A Million Bullets* (London, Bantam, 2008), James Fergusson cita a un oficial británico que argumenta que el personal de desarrollo no podrá conseguir nada si tiene que esperar a que la paz esté consolidada del todo en grandes zonas. Ellos también deben ser insertados con las tropas, con autorización y recursos para empezar a trabajar tan pronto como se logre algún éxito local, precisamente porque es ese trabajo lo que dará a los locales un motivo para apoyar la estabilidad. (Un estudio de la oficina del gabinete hecho público en abril de 2009 parece reconocer el vigor de dicho argumento. Este, en realidad, no es más que la doctrina de la «mancha de aceite» de Galliéni/Lyautey, descrita en el Capítulo 6 del presente libro).

La queja de El Raisuni ignora otra característica de las campañas marroquíes que nos podría parecer contradictoria: el hecho de que, tan pronto como fueron derrotados, clanes que habían resistido con ferocidad a los franceses, y que habían pagado con sangre por ello, se alistaban de inmediato al servicio de Francia con sus propios caudillos para seguir combatiendo a sus vecinos en el ciclo eterno de incursiones y represalias. Durante toda su historia, las tribus más débiles siempre buscaron la alianza con el más fuerte y el prestigio de un jefe no solo descansaba en su valor personal y en sus cualidades de liderazgo, sino también en su capacidad de persuasión para lograr tales alianzas.⁴ Es una paradoja que, un siglo atrás, en un tiempo en que la mayoría de europeos jamás se cuestionaba lo que hoy denominaríamos su arrogancia racial, no todas las relaciones entre etnias las dictaba la corrosiva preocupación actual por la identidad de raza. Con el fin de comprender el carácter de algunas de las campañas coloniales examinadas en el presente volumen, debemos dar un salto con la imaginación y remontarnos más allá de las ideologías del siglo XX, que han demonizado de forma colectiva al enemigo de aquellos días. La conducta de algunos grupos marroquíes sugiere que el enemigo de ayer no era considerado más intrínsecamente «malo» que el corredor rival en una competición.

En vista de todo esto, me pareció inteligente introducir los relatos de las campañas legionarias con breves descripciones de estos enemigos no europeos, con la intención de darles un poco más de dignidad que la masa parda anónima en la mira del fusil con la que se conforman algunos narradores.



Una característica definitoria del servicio de armas en las colonias es el limitado número de hombres participantes y, por tanto, el alcance restringido

de las operaciones de combate. Habitados a la historia militar occidental, esperamos de forma automática que el relato de una contienda vaya *in crescendo* hasta su conclusión definitiva, ya sea una victoria o una derrota categóricas. Esto casi nunca ocurría en las campañas coloniales. En el bando europeo, las enormes dificultades físicas de mover y suministrar ejércitos por espesuras sin caminos, de mantener sana a la tropa para que pudiera marchar y combatir en países difíciles e infestados de enfermedades imponían sus propias limitaciones. En la mayoría de casos, los adversarios estaban desunidos, incapaces de concentrar grandes contingentes en campaña o de sostenerlos mucho tiempo –un hecho que hace aún más notable la gran excepción, las campañas de los hermanos de Abd el-Krim en las colinas del Rif, en 1921-1926–. Después de los primeros avances, el ritmo natural de tales campañas era una guerra de contrainsurgencia: un ciclo interminable de pequeñas patrullas y escoltas de convoyes, con ocasionales emboscadas y agotadores –y a menudo vanos– intentos de grandes columnas de obligar al escurridizo enemigo a aceptar batalla. Esto tiene una compensación para el lector: de igual modo que en las campañas de la frontera estadounidense –una historia con ciertas semejanzas con la de la vieja Legión–, cuando había combate este solía ser dramático y a escala humana. Los nombres que surgen en las páginas polvorientas suelen ser acciones desesperadas de compañía en las que no más de un par de cientos de hombres se veían de repente luchando por su vida contra fuerzas abrumadoras. Tales incidentes, por su reiteración, suelen despacharse de forma más bien somera. Por lo que, en lugar de tratar de incluirlos todos, he intentado dar vida a algunos ejemplos concretos con algo más de detalle.

En consecuencia, he dado algunos rodeos en la historia cronológica con objeto de examinar elementos específicos de cómo el Ejército francés llevó a cabo estas campañas, dado que siempre he creído que demasiados relatos de operaciones militares no logran presentar las realidades físicas y tácticas experimentadas a nivel de pequeñas unidades e individuos. Para tratar de mantener tolerable el texto he desterrado a las notas a pie de página los detalles más arduos de armamentos, equipo, organización y varios otros temas, que incluyen referencias a los campos de batalla que he podido visitar. Los lectores más versados en el tema que compartan conmigo la afición a este tipo de contenido siempre pueden usar dos marcapáginas por separado.



Finalmente, en toda reseña de la historia de un cuerpo militar colonial europeo el elefante en el rincón de la habitación es, por supuesto, el colo-

nialismo propiamente dicho. Dado que no puede obviarse, debemos ser lo bastante honestos como para dedicarle al menos una mirada honesta y me parece que este es el mejor lugar para ello –para lo cual apelo a la paciencia del lector– en lugar de desperdigar comentarios al respecto por todo el libro.

El autor no ve ningún interés en los intentos de juzgar a generaciones desaparecidas hace mucho tiempo conforme al consenso progresista* de nuestro presente, o en adoptar la beatería tramposa del lenguaje. Conforme a sus propias neurosis culturales, cada sociedad y generación elige o inventa sus propios demonios, llámense herejes, brujas, cosmopolitas degenerados judíos, imperialistas, rojos impíos, cruzados infieles o fumadores ecocontaminantes. Aquellos que insisten en estudiar a nuestros antecesores por medio del limitado prisma de la sensibilidad cultural del siglo XXI son, sin duda, tan estrechos de miras como los supremacistas blancos que denuncian. Por definición, tales túneles mentales nos impiden ver el contexto y este lo es todo. La triste realidad es que la vida humana siempre ha dependido de la competición por territorio y recursos y una visión más amplia de la historia nos indica que el «imperialismo» agresivo ha sido la situación predeterminada de los asuntos humanos en la mayoría de masas terrestres del mundo durante unos 7000 años. Cuando se compara con esos incontables estratos de cenizas y cráneos, toda pretensión de que unas pocas generaciones de hombres blancos con salacot cometieron algún tipo de iniquidad especial queda desmentida por completo. Históricamente, el proceso de conquista territorial ha sido tan persistente como que el agua siempre fluye cuesta abajo. Aunque es una de las constantes más sombrías de la historia humana, es algo tan omnipresente que no puede resistir en modo alguno un simple análisis en términos de «bien» y «mal». Si queremos comprendernos a nosotros mismos, será mejor que asumamos el hecho de que no somos herbívoros.

En África y Asia decimonónicas los resultados de tales confrontaciones fueron, como es obvio, decididos por los armamentos superiores y por la organización militar más avanzada de que disponían los invasores europeos. Es de igual modo obvio que, una vez aceptada la cruda realidad, no podemos dejar de pensar. Si dejamos de lado cualquier dimensión moral, podríamos sentirnos tentados de adoptar una suerte de darwinismo perverso y justificar el genocidio. Hoy, todos aceptamos que la fuente principal del colonialismo europeo fue la codicia despiadada. Cuando nos enfrentamos a las consecuencias a largo plazo en, por ejemplo, el an-

* N. del T.: *Liberal consensus* en el original.

tiguo Congo Belga, es casi inconcebible que cualquier historia alternativa pudiera dar lugar a un resultado peor. Pero el conjunto del mundo no es el Congo y, sin duda, para evitar hablar como nazis no es necesario compensar en exceso y asumir una negación sentimental basada en la naturaleza de las culturas coloniales. Caracterizar a estas en términos de inocente Arcadia es una fantasía adolescente. Todas las sociedades conquistadas por Francia durante el siglo XIX y principios del XX eran antiguas y algunas de una compleja riqueza que despertó la fascinación y las simpatías de numerosos colonizadores instruidos, aunque no cabe deducir de esto que fueran más admirables en un sentido absoluto.



En Marruecos, por ejemplo –el escenario de muchos de los hechos descritos en este libro–, los gobernantes locales tenían una incapacidad crónica de proporcionar protección o estabilidad a su pueblo. En las postrimerías del siglo XIX, el sultanato seguía siendo respetado por su condición de fuente de autoridad religiosa y –en teoría– por ser un árbitro justo entre los intereses feudales y mercantiles que regían el funcionamiento de la sociedad. En la práctica, la autoridad del sultán dependía de que este tuviera la energía, astucia y fuerza militar para recaudar tributos e imponer decretos y, cuando carecía de ello, entonces el poder local rápidamente lo usurpaban otros. Allí donde un mandatario nacional o regional podía ejercer dicho poder, no había forma efectiva de imponer controles sobre sus actos. Decir que la maquinaria de tales Estados premodernos era, en todos los niveles, y conforme a los estándares anglófonos actuales, descarnadamente corrupta y egoísta, es un simple error de categorización: el gobierno era una estructura diseñada para el engrandecimiento personal, desprovisto de cualquier concepto de bienestar público reconocible para nosotros. El propósito único de conseguir poder en tales sociedades era –y sigue siéndolo, en grandes regiones del mundo– compartir ventajas y riquezas con su propia estirpe y con sus seguidores a expensas de otros; no estaba considerado mal gobierno, sino el deber moral de un líder con respecto a los que estaban a su cargo.

En Marruecos, las élites dirigentes eran depredadores sin miramientos que competían por el dominio en ciclos de rapacidad que recuerdan a los de la Europa de comienzos de la Edad Media. En todos los niveles expandían su riqueza y poder por la extorsión armada, en el mejor de los casos, y por medio de masacres y pillajes en el peor. Un mandatario con visión a largo plazo mantenía la explotación de sus súbditos dentro de

límites sostenibles, aunque debía equilibrarlo con la necesidad de mostrar y reforzar su autoridad y el dominio de su grupo mediante violencia ejemplarizante. Esto se lograba matando a otros hombres, decorando sus portales con las cabezas cercenadas, arrojando a sus mujeres a la soldadesca e incautando sus bienes.

En la gran mayoría del territorio de Marruecos fuera del control práctico del sultanato el robo con violencia y el asesinato castigaban a unas poblaciones que subsistían como podían. En las duras montañas del norte, los granjeros bereberes rifeños vigilaban a sus vecinos –incluso a sus parientes– desde blocaos con aspilleras. En el salvaje territorio del pre-Sáhara, donde las aldeas de los oasis estaban construidas como castillos amurallados, los clanes de pastores seminómadas florecían o menguaban en la competición agresiva por pastos y agua, la explotación de los oasis productivos o el provechoso control de las rutas caravaneras. Las venganzas de sangre contra los vecinos, el pillaje de forasteros y las emboscadas contra infortunados viajeros no eran aberraciones ocasionales perpetradas por criminales, sino lo que hacían muchos hombres cuando se marchaban por la mañana al trabajo. En un entorno natural marginal e impredecible, la vida dependía del cálculo y de la búsqueda de la ventaja cortoplacista. Puede que los franceses llevaran a Marruecos nuevas formas de explotación, pero que algunos sostengan que estas fueran, por definición, «peores» que los viejos usos parece una postura perversa.

Al leer la historia de los años coloniales puede que nos repela la retórica europea de la «misión civilizadora» del hombre blanco que contrasta la más idealista de las palabras con los actos más despiadados; no obstante, a pesar de numerosos ejemplos extremos de lo contrario, estas palabras no siempre eran escépticas, ni los hechos siempre fueron vergonzosos. Por descontado, sería absurdo afirmar que ninguno de los ejércitos coloniales decimonónicos estaba motivado por la protección y el cuidado de sus semejantes africanos o asiáticos, aunque esto era cierto en algunos oficiales concretos, y es innegable que, en la práctica, las guarniciones coloniales aportaron, como mínimo, cierta protección. Podemos sostener con seguridad que el campesino de subsistencia colonizado recibió de buen grado toda reducción en el riesgo de que sus enemigos tribales o los bandidos le robaran rebaños y cosechas, saquearan y quemaran su casa, le rebanasen el cuello y se llevaran a sus hijas. Impedir que tal cosa ocurriera era una labor que solo podía confiarse a hombres duros, adaptados a un mundo implacable. El soldado colonial no dejaba de ser un hombre como cualquier otro, con una mezcla tan compleja de cualidades y defectos como la de cualquier otro tiempo o lugar.

Dicho esto, me retiro y dejo al elefante tranquilamente en su rincón. Al fin y al cabo, lleva muerto desde hace bastante tiempo.



Entre las fuentes citadas en la bibliografía escogida debo rendir particular homenaje a la guía de orientación básica para todo el que se interese por la historia militar colonial de Francia: el volumen del doctor Anthony Clayton *France, Soldiers and Africa* (London, Brassey's Defence Publishers, 1988) que me recomendó un editor francés, pues lo consideraba el texto más exhaustivo y accesible en uno u otro idioma. Otra fuente importante es *Resistance in the Desert: Moroccan Responses to French Imperialism 1881-1912*, del profesor Ross E. Dunn (London, Croom Helm, 1977), que me reveló por primera vez la investigación académica de los etnógrafos acerca de unos pueblos que –por una feliz coincidencia para mí, aunque no para ellos– se convirtieron en los adversarios de la vieja Legión. Debo dejar particular constancia de mi deuda con las investigaciones de Jacques Gandini de Calvisson, Francia, autor de libros publicados en la década de 1990 autoeditados y con Extrêm'sud Editions. *Monsieur Gandini* fue en extremo generoso al proporcionarme copias de raras fotografías de su colección y su libro *El Moungar* (Extrêm'sud, 1999), basado en un extenso trabajo en los archivos de la Legión y en los del –por aquel entonces– Service Historique de l'Armée de Terre y en los Archives d'Outre-Mer, que fue una fuente indispensable para los Capítulos 9 y 10.

Entre las fuentes primarias tuve la gran fortuna de hallar las vívidas y absorbentes memorias del doctor Charles-Édouard Hocquard, *Une Campagne au Tonkin* (Paris, Hachette, 1892, reimpression de Paris, Arléa en 1999 con meticulosas acotaciones de Philippe Papin). Los entusiastas de las novelas de Patrick O'Brian descubrirán en el doctor Hocquard es una especie de Stephen Maturin de carne y hueso, cuya curiosidad ilimitada está a la altura de la claridad maravillosa de su prosa francesa.

Al igual que reconozco las obvias limitaciones de los asépticos informes oficiales de los hechos, y la naturaleza a menudo autojustificativa de las memorias de los altos mandos, también soy del todo consciente de que los rangos subalternos suelen mentir acerca de su propia vida, tanto en las páginas como en la barra del bar. Al leer las memorias de los veteranos he tenido en cuenta no solo los lapsus de memoria, sino también la tendencia de los narradores, o de sus negros literarios, a remodelar, ornamentar o incluso inventar para darle al público de la época el material que esperaba. En ocasiones, ha sido posible comparar textos, pero, en última instancia,

este proceso de criba solo puede reducirse a conjeturas razonadas. En caso de duda, he optado por omitir anécdotas particulares; agradezco que buena parte del valor histórico de tales memorias radique, en realidad, en sus pasajes más prosaicos.

Le debo particular agradecimiento a mi editor por concederme una cantidad inusual de espacio tanto para las fotografías que he coleccionado durante estos años, como por darles los pies de foto adecuados. Espero que ambos ayuden a los lectores a revivir a los hombres y hechos descritos. Estoy de igual modo en deuda con John Richards por su paciente y cuidadoso trabajo con los croquis cartográficos. Los nombres de tantos lugares remotos mencionados en los primeros relatos están ausentes de los mapas modernos. De hecho, algunos solo figuraban en las notas manuscritas de los oficiales de menor rango, que se veían obligados a incluir en sus informes alguna versión fonética aproximada de un nombre que les había dicho un camellero o un *goumier*. Sin embargo, los lugares de varios combates históricos pueden localizarse, al menos con un margen aproximado de kilómetro y medio.



En el otoño de 2007 tuve la oportunidad de visitar un puñado de campos de batalla marroquíes de la Legión, gracias a la ayuda generosa y paciente de mi sobrino Graham Scott. Fue uno de los mayores placeres de este proyecto y, en el caso de Graham, no dudaré en hacer una excepción a mi norma habitual de enumerar mis agradecimientos en estricto orden alfabético. Nuestros viajes por el sur del país me enseñaron valiosas lecciones relacionadas con las singulares condiciones de visibilidad en el desierto y respondieron de inmediato a cuestiones que me habían intrigado tras la lectura de los pocos informes de varias acciones. Dar con la cima de Astar en el Rif, o recorrer el terreno descrito por el informe del capitán Pechkoff de los combates del 5-6 de junio de 1925 –un terreno todavía cubierto de fragmentos desperdigados de artillería– se debió a la determinación de Graham, a los esfuerzos de nuestro intérprete Hassane el Khader y a la pura y simple buena suerte de hallarnos en una ladera con un notable paracaidista convertido en granjero llamado Abd el Malek. En el Atlas Medio, en una de las tardes más memorables de mi vida, fue la experiencia de Graham, que ha conducido vehículos 4 x 4 por terreno extremo en seis continentes, lo que nos permitió atravesar el macizo de Tichoukt y llegar a El Mers antes de que la tormenta eléctrica que nos perseguía borrara el rudimentario sendero que zigzagueaba por 25 km de inestables salientes.

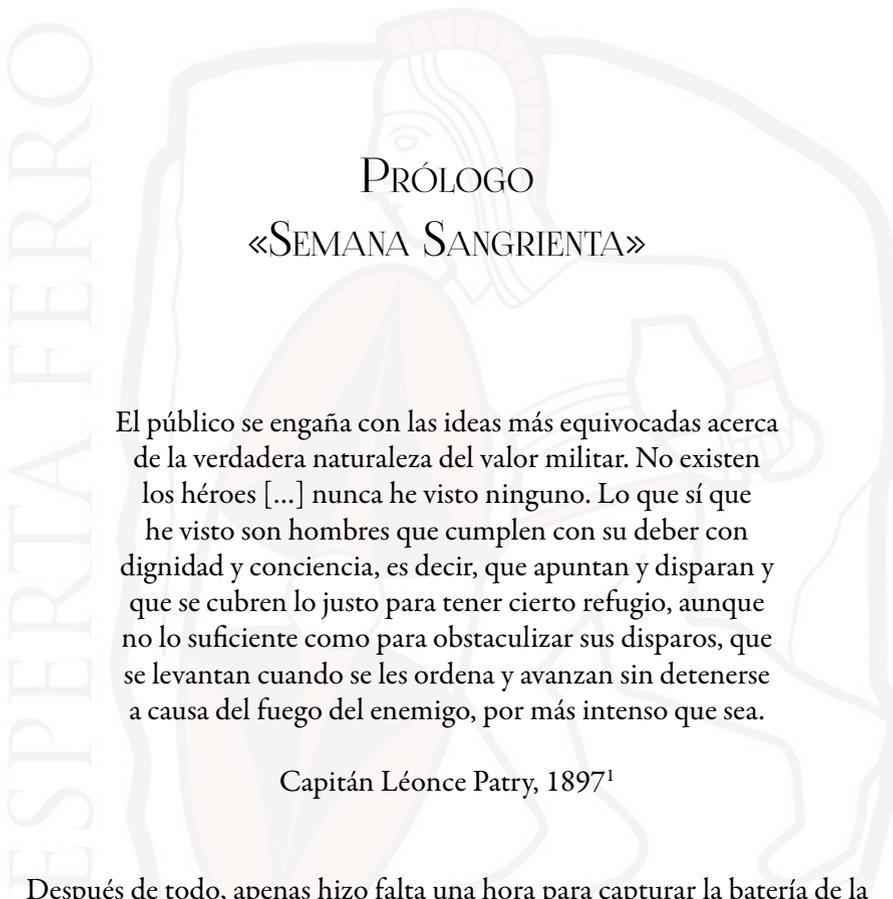
También debo dar las gracias encarecidamente por su ayuda en la preparación de este libro a: John Ashby, por compartir con generosidad sus archivos acerca de P. C. Wren; al difunto M. Raoul Brunon, del Musée de l'Empéri, por las fotos; al doctor Simon Chapman; René Chartrand; doctor Anthony Clayton; Roger Cleeve; mayor Gordon Corrigan; capitán David Craig; Mick Crumplin; *Adjudant-Chef* Philippe Dalfeur, 1.º RE (Chef du Secrétariat de *Képi Blanc*); Kerry Denman; Jim Dowdall; a mi agente Ian Drury, de Sheil Land Associates; Martin Earl, de HP Bookfinders; Peter Edwards; Gerry Embleton, por localizar –una vez más– una fuente indispensable y difícil de encontrar; a Will Fowler, como de costumbre; John Franklin; Penny Gardiner, reina guerrera de los editores; Andrew Grainger, editor de la revista de la British Commission for Military History *Mars & Clio*, por compartir sus fotografías del Djebel Sahro; a John Hadidian; Ian Heath; Vincent Lieber, Château de Nyon, Suiza; Keith Lowe, de Orion Publishing; al difunto *Adjudant-Chef* Charles Milassin (4.º REI, RMLE, 2.º REI); Kate Moore; al doctor David Murphy; en particular, a Thamaz Naskidaschvili, París, por sus incansables indagaciones en mi nombre; John Neal; Brian Nicholls; al doctor David Nicolle; Ronald Pawly, Amberes; Alex de Quesada, Tampa, Florida; Frank Reeves; Sylvan Rossel, Schweizerische Nationalbibliothek, Berna; Philip Smith; John Thompson; Francois Vauvillier, París; Jean Vigne; Rosemary Weekley; a mi hermano Dick Windrow, por su paciente y generosa ayuda con el mundo virtual; al difunto Jim Worden y a John Robert Young, por las fotografías. En Marruecos: a Abd el Malek, Hassane el Khader, Takki el Bakkali, Frédéric Sola y Jurgen Moller. Por último, doy las gracias al personal de la London Library, la British Library, la School of Oriental and African Studies y a la University of Sussex Library.

MCW

Ringmer, East Sussex, mayo de 2009

NOTAS

- 1 Frazier, Ch., 2006.
- 2 Cit. en Woolman, D. S., 1969, 125, procedente de Forbes, R., 1924.
- 3 El doctor Anderson –jefe de War Studies en la Royal Military Academy, Sandhurst– fue adscrito al 1.º Batallón del Real Regimiento de Anglia (Royal Anglian Regiment); citado con permiso.
- 4 Dunn, R. E., 1977, 256.



PRÓLOGO

«SEMANA SANGRIENTA»

El público se engaña con las ideas más equivocadas acerca de la verdadera naturaleza del valor militar. No existen los héroes [...] nunca he visto ninguno. Lo que sí que he visto son hombres que cumplen con su deber con dignidad y conciencia, es decir, que apuntan y disparan y que se cubren lo justo para tener cierto refugio, aunque no lo suficiente como para obstaculizar sus disparos, que se levantan cuando se les ordena y avanzan sin detenerse a causa del fuego del enemigo, por más intenso que sea.

Capitán Léonce Patry, 1897¹

Después de todo, apenas hizo falta una hora para capturar la batería de la colina que amenazaba desde hacía días el avance de los efectivos franceses. En la llanura, los oficiales de estado mayor murmuraron complacidos y aliviados al observar por sus binoculares a las figuras azules, con sus característicos quepis y pantalones rojos, desplegar en la cima, registrar la maleza, reunir prisioneros o descansar entre los cañones capturados mientras echaban un trago de las cantimploras bajo el calor húmedo. Desde la cresta de la loma, los soldados podían observar con curiosidad, entre los extraños árboles orientales, la antigua ciudad que se extendía a lo largo de kilómetros de meandros. Hacia el oeste, ascendían al encuentro de las nubes bajas del atardecer altas columnas de humo sucio procedentes de

los incendios que habían destruido el distrito central; los fuegos aún brillaban siniestros aquí y allí, a pesar de las torrenciales lluvias primaverales de los últimos dos días.

Estaba previsto que la colina fuera el objetivo de mañana, pero la infantería de vanguardia había avanzado al sur más rápido de lo esperado y había alcanzado la falda a media tarde de ese mismo día. Con los cañones enemigos tronando desde la cima, el general Montaudon decidió que, fuera lo que fuese lo que hubiera planeado el cuerpo, no podía dejar a su división inmóvil bajo el fuego. Sus regimientos metropolitanos de jóvenes reclutas lo habían hecho mucho mejor de lo esperado, pero siempre necesitaban ser dirigidos con cuidado y los días previos de combates callejeros habían sometido a sus nervios a una constante tensión. Unos hombres obligados demasiado tiempo a permanecer inactivos soportando el fuego pueden dejarse llevar por el miedo. La incertidumbre puede contagiarse de hombre en hombre, de modo que, cuando por fin se les ordena avanzar, a los oficiales les cuesta convencerlos para ponerse en marcha.

Montaudon formó sus brigadas en semicírculo al norte y oeste de la colina. Los flancos estaban protegidos por otras divisiones y, a su izquierda, su colega Grenier había llevado a sus hombres un kilómetro más al sur, con lo que la cima recibía por la espalda fuego de artillería y ametralladoras. A las 16.00 h, Montaudon dio la señal y su infantería se lanzó con buen ánimo. En el centro de la pendiente norte, uno de sus tres batallones de la Legión Extranjera abrió el camino: ignoraron toda cautela y cargaron a la bayoneta calada. A pesar de ello, las bajas fueron notablemente ligeras.



Imaginemos ahora a un puñado de estos *légionnaires* en la cima después del asalto. El teniente Dupont, del 5.º Batallón, está a punto de ordenarles que se aseguren de que no quedan enemigos armados a cubierto, pues, al parecer, hay una profunda cueva en las inmediaciones. Son los primeros soldados en alcanzar la batería y su jefe está de muy buen ánimo. Con un poco de suerte, este triunfo le hará ganar méritos para la codiciada Cruz de cinta roja,* que le ayudará a ascender. Su mirada se detiene en un pelotón cercano a un cañón derribado. Está sobre una mancha de hierba removida, tiene una rueda radial astillada y el cañón de bronce ha quedado salpicado de plata por la lluvia de balas de una de las *mitrailleuses* del

* N. del T.: Se refiere a la Legión de Honor.

general Grenier. Hay un par de cadáveres destrozados cubiertos de restos de uniforme azul entre los pedazos de cajas rotas de munición, proyectiles caídos y utensilios artilleros. Dupont pensó que esos *salauds* habían sido tan perezosos como ignorantes: llevaban allí semanas y, sin embargo, no habían erigido reductos en torno a las piezas para proteger las dotaciones.

Uno de los cuerpos mutilados parece pequeño y frágil y un joven y pálido soldado, que apenas hace unos meses que viste el uniforme, lo mira con horror, mientras se santigua y murmura en algún idioma gutural extranjero: «É hanù en Tad, hag er Mab, hag er Spered-Santel-Elsé revou groeit...». Los otros jovencuelos también parecen demasiado inquietos para servir de exploradores, con lo que será mejor que el sargento elija entre sus *vieilles moustaches*. El suboficial es un hombre de treinta y muchos, con un rostro curtido y marcado de viruela bajo sus patillas. Destaca por el galón dorado de su raído capote y también por una medalla de plata sobre su pecho, que pende de una cinta blanca con un exótico símbolo: un águila y una serpiente.

A una orden de su oficial, el sargento asiente, se cala el quepis, descuelga el fusil, gruñe a dos o tres de sus veteranos y se los lleva de la cumbre, en dirección sur. Se mueven dispersos y vigilantes hacia el espacio entre dos pequeños lagos. A su izquierda, una cima con una espectacular fisura se alza casi 300 metros, coronada por un pequeño templo de un blanco resplandeciente. Al volver a descender, el sargento se detiene a mirar de hito en hito un extraño árbol sin hojas que parece estar todo formado por escamas marrón oscuro cubiertas por afiladas púas, pues le recuerda un lagarto que había visto en México en cierta ocasión. Vuelve en sí al oír el estruendo de una descarga detrás de unos árboles situados a menos de un centenar de metros, pero enseguida se tranquiliza con el tintineo de los cerrojos y una voz que da órdenes medidas. No es más que un oficial que dirige el fusilamiento de unos prisioneros.

Incluso un veterano de la expedición mexicana se habría quedado atónito al saber que, menos de una semana más tarde, los generales franceses habrían masacrado a casi 20 000 hombres, mujeres y niños. Al fin y al cabo, estaban en su propia capital, pues la escena que imaginamos tuvo lugar el 27 de mayo de 1871 en el arboreto de Buttes-Chaumont, en París.



El 1 de abril de 1867, cuando este parque fue inaugurado con gran ceremonia por Napoleón III, emperador de los franceses, su suerte y su valor empezaban a fallarle. Mientras el canciller Von Bismarck seguía unifi-

cando Alemania bajo dominio prusiano, la incorregible intromisión de Napoleón en el extranjero le había privado de toda posibilidad de forjar alianzas extranjeras. El vibrante glamur del Segundo Imperio francés ya no podía ocultar la agonía sifilítica del interior del país. Ante la pérdida de su control dictatorial, Napoleón trató de liberalizar el régimen, pero lo único que conseguía con cada concesión era que sus enemigos trataran de arrancarle más. Los «clubes rojos» extremistas que antes jugaban al escondite con su policía al anochecer ahora predicaban abiertamente un alzamiento jacobino, mientras que los republicanos constitucionalistas extendían su dominio electoral por París y la mayoría de ciudades. Por otra parte, los inteligentes y largamente debatidos planes del emperador de corregir la falta crónica de reservistas entrenados para el Ejército fueron obstaculizados por la unión de unos políticos que rechazaban cualquier medida que «sometiera a la población al control militar» y a unos generales escleróticos que defendían por instinto el *statu quo*.

Cansado, desanimado y aquejado de una dolorosa enfermedad, Napoleón se dejó llevar cada vez más por los acontecimientos y, en julio de 1870, arrastró a su imperio al precipicio. Una disputa diplomática con Prusia, gestionada con displicente estupidez, fue aprovechada con tan gran pericia por Bismarck que, menos de dos semanas después, las multitudes parisinas clamaban marchar sobre Berlín. Ante la incredulidad de numerosos observadores, el 19 de julio de 1870 Francia se precipitó a una guerra contra «la mayor potencia militar que Europa haya conocido jamás, por una mala causa, con un Ejército mal preparado y sin aliados».² No obstante, ni siquiera los más pesimistas imaginaban que la reluciente maquinaria militar creada por los generales Von Roon y Moltke destruiría o cercaría los dos ejércitos de operaciones de Francia en apenas seis semanas. Las fuerzas francesas eran inferiores en todos los aspectos: preparación, organización y administración, así como en el mando operacional. Numerosos regimientos combatieron con bravura cuando se les dio ocasión para ello, los alemanes cometieron costosas torpezas tácticas y pagaron un elevado precio en vidas, pero la mayoría de generales franceses se dejó llevar a ciegas por el territorio, hasta que sus mal abastecidos contingentes fueron destruidos a conciencia. Hacia mediados de agosto, el ejército del mariscal Bazaine, de 180 000 efectivos, estaba cercado en Metz y el 2 de septiembre el propio Napoleón quedó prisionero junto con 100 000 soldados del mariscal MacMahon. Tres días más tarde, su imperio cayó sin que nadie lo lamentara y se proclamó la Tercera República, dirigida por un «gobierno de defensa nacional».

Bismarck declinó complacer a los ministros del nuevo Gobierno con un acuerdo de paz inmediato y Moltke siguió abriendo un ancho corredor por el norte de Francia, en dirección al canal de la Mancha y el Atlántico. El 20 de septiembre, la caballería de dos ejércitos germanos cerró el cerco de París y, en poco tiempo, Moltke estableció un «Anillo de Hierro» en torno a la capital. El nuevo Gobierno galo –primero con sede en Tours, después en Burdeos– era poco más que un título, pues trataba de inventarse a sí mismo día a día. La respuesta al conflicto, ahora convertido en una «guerra popular», fue inmediata. Mientras los parisinos acudían a alistarse en la Guardia Nacional, la República –personificada en su ministro de la Guerra de 32 años de edad, Léon Gambetta, que había huido de París en globo el 7 de octubre– comenzó a movilizar hombres para los contingentes de reemplazo organizados en el sur y nordeste, sobre la base de los fragmentos de regimientos imperiales que continuaban disponibles.



La demoledora incompetencia de la movilización francesa de ese verano no impidió la llegada al frente de regimientos blancos y árabes de las guarniciones argelinas. No obstante, los cuatro batallones de la Legión Extranjera (el *Régiment Étranger*, RE) no fueron llamados en un primer momento. La ley prohibía que sirvieran en suelo francés y muchos de sus cerca de 3000 mercenarios eran germanos. Desde su vuelta a Argelia desde México, en 1867, habían sido empleados sobre todo como unidades de trabajo. El cólera, el tifus y unas pocas e indecisas expediciones de caza de bandidos los distraían de vez en cuando de su labor constructora. En un principio, solo los trasladaron para reemplazar a las guarniciones despachadas a Marsella, pero, tras el desastre de Sedán, el 6 de octubre llegó la orden de que el RE enviara dos batallones a Francia sin demora.

No hubo la menor incompetencia en la movilización del regimiento. En apenas cuatro días, la mayoría de *légionnaires* alemanes fueron transferidos al 3.º y 4.º Batallones y el 1.º y 2.º (I/II/RE) desembarcaron en Tolón. El 14 de octubre estaban 645 km al nordeste, en Pierrefitte y, ese día, los 60 oficiales y 1457 soldados del coronel Deplanque fueron reforzados por un baqueteado grupo de unos 450 extranjeros. Se trataba de los supervivientes, apenas una tercera parte, del 5.º Batallón (V/RE) de voluntarios organizado a toda prisa en Tours el mes de septiembre. Los días 11 y 12 de octubre estos soldados, que se habían alistado por la duración de las hostilidades, fueron expulsados de Orleans en duros

combates contra los bávaros del general Von der Tann. El Regimiento Extranjero, completado con numerosos reclutas de unidades francesas, fue asignado al XV Cuerpo del nuevo Ejército del Loira del general d'Aurelle de Paladines.³

Gambetta, ansioso por romper el cerco de París por el sur, envió a d'Aurelle al norte, a retomar Orleans. Sin embargo, tras lograr el 9 de noviembre la única victoria francesa indiscutible al imponerse en Coulmiers al cuerpo bávaro –que estaba en franca inferioridad numérica–, el Ejército del Loira fue obligado a retirarse de Loigny el 2-3 de diciembre. El teniente coronel Canat capitaneó los restos del Regimiento Extranjero en una angustiosa retirada a través de las nieves del más crudo invierno del que se tenía memoria, de modo que, cuando la tropa alcanzó Saint-Florent-sur-Cher, el 10 de diciembre, esta había quedado reducida a un único batallón de 1000 efectivos.⁴

El 18 de diciembre, en La Chapelle-Saint-Ursin, los supervivientes de la Legión sirvieron de núcleo de un nuevo «regimiento de marcha» de tres batallones organizado a toda prisa con 2000 reclutas bretones: muchachos que no hablaban francés, que jamás habían disparado un fusil y que lo único que querían era volver a casa. Aunque se distribuyeron entre ellos parte de los soldados y suboficiales experimentados de la Legión, el valor de combate del nuevo regimiento era limitado. El 7 de enero de 1871 los efectivos subieron a los gélidos trenes para incorporarse cerca de Montbéliard, en el Franco-Condado, al Ejército del Este del general Bourbaki.⁵ Entre el 15 y el 17 de enero, Bourbaki fracasó en su intento de levantar el sitio de la fortaleza de Belfort en las alturas de Héricourt, a pesar de haber atacado con una superioridad de dos a uno. Su ejército, aterido y hambriento, fue obligado a retirarse y estuvo a punto de huir en desbandada; 85 000 hombres trataron de hacerse internar en Suiza. Los restos del Regimiento Extranjero no estaban entre ellos. A finales de enero se hallaban en Besanzón, en el río Doubs, cuando llegó la noticia del alto el fuego general.⁶



A pesar de la serie de derrotas de la República, casi ininterrumpida, entre ellas la rendición de Metz, el 27 de octubre, París resistió sitiada casi cuatro meses. Las defensas de la capital abarcaban un área de unos 11 por 9 km, con una población de casi 2 millones. Nunca corrió peligro de ser asaltada, pues sus baluartes eran demasiado formidables y su guarnición demasiado grande. Le protegía un anillo de fuertes de artillería situados a un máximo

de 5 km de los propios muros, formados por unos reductos enormes de ladrillo y mampostería rodeados de un cavernoso foso cubierto por el tiro de 93 bastiones artilleros. Dentro de este anillo, el gobernador militar, el general Trochu, tenía –sobre el papel– varios centenares de miles de hombres, entre ellos el equivalente a casi 30 regimientos de efectivos regulares y 6 de *Gardes Mobiles*, de entrenamiento más somero. En teoría, tenía a su mando 59 regimientos de unidades «activas» de la *Garde Nationale* parisina, aunque, en la práctica, estas apenas sostenían las defensas estáticas y constituían una amenaza para el orden público.⁷ Los parisinos acudieron en masa a alistarse en unidades de distrito –*arrondissement*–, pero muchos de los voluntarios de los míseros barrios obreros lo hicieron solo por la paga y la comida y la mayoría apenas recibió instrucción alguna. Muchos mostraban abierta hostilidad a los «cobardes» del ejército regular y resistían con furia todo intento de someterlos a disciplina marcial.

Aunque los sitiadores germanos también sufrieron hambre y enfermedades durante el crudo invierno, en el interior de la ciudad Trochu se enfrentaba a problemas que Moltke ignoraba, los cuales tuvieron consecuencias directas sobre los hechos de marzo-mayo de 1871. Desde el principio, las facciones políticas parisinas emplearon su control sobre la Guardia Nacional para reclamar salidas que, en general, no solían tener ningún objetivo militar discernible. Todas estas expediciones más allá de los baluartes de las unidades regulares de los generales Vinoy y Ducrot fracasaban una vez superaban el radio de 5 km de los cañones pesados de la ciudad y sus derrotas inflamaban a los radicales de París, que insultaban a los soldados y los tachaban de cobardes. Durante todo el sitio, los sucesivos informes de los avances y retiradas de los Ejércitos del Loira y del Norte enardecían y apagaban las esperanzas de los sitiados. Sin embargo, nunca fue factible romper el cerco y enlazar con una fuerza de socorro. En diciembre, comida y combustible empezaron a escasear, con lo que la tasa de muertes civiles a causa de hambre, frío y enfermedad se disparó de manera inexorable. El 5 de enero de 1871, mientras los parisinos regateaban por el precio de los cascos de caballo y las cabezas de perro, los alemanes ampliaron los bombardeos y pasaron de castigar los fuertes a la propia ciudad.

El 18 de enero, Bismarck les hizo una exquisita ofensa: proclamó al rey Guillermo I de Prusia káiser del nuevo Reich germano en el salón de los espejos de Versalles. En un arranque de furia, se lanzó una nueva salida que costó 3000 bajas francesas –es probable que 400 fueran abatidas por la espalda por guardias nacionales desorientados–. El 19 de enero, el Ejército del Norte del general Faidherbe fue batido en San Quintín y el día 20 llegó la noticia de la derrota final de Chancy y su Ejército del Loira en

Le Mans y, poco después, el reporte del fracaso de Bourbaki ante Belfort. El 22, la Guardia Nacional «roja» se tiroteó con los Guardias Móviles que defendían el Hôtel de Ville –el Ayuntamiento de la ciudad–. Al día siguiente, el ministro de Exteriores Jules Favre solicitó una reunión con Bismarck y el 26 se firmó un armisticio.



Se celebraron elecciones para elegir un nuevo gabinete que concluyera la paz. La Asamblea Nacional reunida en Burdeos el 8 de febrero estaba dominada por conservadores de provincias. Estos nombraron primer ministro a Adolphe Thiers, de 73 años de edad. El 26 de febrero, el nuevo primer ministro firmó los preliminares de la capitulación: Francia cedería las provincias fronterizas de Alsacia y Lorena del norte y pagaría una enorme indemnización de guerra. La Asamblea ratificó el tratado el 1 de marzo por una mayoría del 80 por ciento, el mismo día en que 30 000 soldados alemanes desfilaron por los Campos Elíseos. El 3 de marzo, se marcharon de la ciudad, si bien continuaron rodeando la mitad oriental de los bastiones al norte del Sena –desde Saint-Denis, más o menos a las «12 en punto», hasta Charenton, a las «5 en punto»–. En ese momento, París estaba al borde de la insurrección contra la Asamblea.

La rabia de los parisinos contra lo que les parecía una rendición traicionera les hizo olvidar de inmediato la alegría por el levantamiento del asedio: se atacó en las calles a los oficiales del Ejército y algunos policías fueron linchados. La Guardia Nacional formó una Federación de Representantes y los *Fédérés* juraron resistir todo intento de desarmarlos. Los federados acusaron a los diputados de provincias de querer restaurar una monarquía y lograron convencer de ello a numerosos soldados de la guarnición. Las unidades de la Guardia de los distritos acomodados se disolvieron mientras las temerosas clases medias huían de la ciudad y el elemento rojo –representado por el autodenominado Comité Central– cobró fuerza. Las marchas del 26 de febrero llevaron a unos 300 000 hombres a la calle, mientras que la guarnición del general Vinoy quedó reducida, conforme a las cláusulas del armisticio, a un máximo de 15 000 vacilantes regulares. Ese día, los guardias tomaron unos 200 cañones de los parques de artillería y se llevaron la mayor parte a los reductos de clase trabajadora de las colinas de Montmartre y Buttes-Chaumont.

El primer ministro Thiers entró en la capital el 15 de marzo. Pese a que tanto Thiers como sus ministros estaban a la izquierda de la Asamblea, este sabía que era esencial imponer la autoridad del nuevo ejecutivo

mientras las negociaciones con Bismarck proseguían bajo la amenaza de los cañones germanos. Thiers ordenó a Vinoy llevar a cabo el 18 de marzo la ocupación coordinada de puntos estratégicos, recuperar la artillería y arrestar a los cabecillas disidentes. No obstante, el intento de golpe de mano fracasó. Se congregaron enormes multitudes hostiles y los oficiales del Ejército, carentes de instrucciones efectivas para dispersarlas, no pudieron hacer nada por impedir que sus hombres, confusos y nerviosos, se mantuvieran al margen e incluso que confraternizaran abiertamente. En Montmartre, el 88.º Regimiento de Marcha se disolvió: dos generales fueron capturados en la calle y esa tarde –a pesar de las protestas del alcalde del distrito, el doctor. Georges Clemenceau– fueron asesinados y mutilados por una turba alcoholizada de hombres y mujeres. La reacción del primer ministro fue inmediata, aunque sorprendente: al anochecer del 18 de marzo, el Gobierno de Thiers y las tropas de Vinoy salieron de París hacia Versalles, unos 10 km al sudoeste. La distancia psicológica que tal hecho puso entre el Ejército y los parisinos era tan significativa como su separación física.⁸



Se levantaron barricadas en las calles y se izó la bandera roja. Ante la falta de toda organización coherente, el Comité Central de la Guardia Nacional se hizo con las riendas y, el 22 de marzo, los guardias abrieron fuego en la rue de la Paix contra una concentración desarmada de conservadores. Las exigencias ideológicas obligaron al Comité Central a defender en público el linchamiento de los generales Lecomte y Thomas, pese a que causaron un rechazo generalizado. Además, esta nueva docena de asesinatos reforzó la posición de Thiers. En París tuvo lugar un anquilosamiento mental paralelo: tras unas elecciones improvisadas, el 28 de marzo se instaló en el Hôtel de Ville un nuevo consejo municipal bajo dominio rojo llamado Comuna de París.

La palabra Comuna (*Commune*) acumulaba una larga historia en Francia y no tenía nada que ver con el «comunismo». No era más que una entidad municipal con cierto grado de autogobierno. Sin embargo, una vez proclamada la Comuna, los numerosos grupos rivales acogidos bajo su bandera pugnaron por definirla según sus preferencias. Hubo acaloradas disputas entre los líderes de las diversas facciones. Durante abril y mayo surgieron casi a diario comisiones y subcomités rivales y las denuncias mutuas daban lugar a arrestos a punta de pistola. Desde el principio se oyeron entre la palabrería los aullidos de los jacobinos sedientos de sangre,

que se fueron haciendo más fuertes con el paso de las semanas. Los rojos despreciaban los titubeos de los moderados y, cuando los acontecimientos empezaron a descontrolarse, ciertos sociópatas lograron abrirse paso a empujones y alcanzar puestos destacados. Bajo la sombra protectora de Charles Delescluze, el ineficiente representante de los jacobinos, hombres más jóvenes –en particular los comisarios de seguridad Raoul Rigault y Théophile Ferré– aprovecharon la oportunidad para obtener poder sobre la vida y la muerte. Nunca hicieron nada que se pareciera a un plan de acción coherente. Pese a ello, los pobres parisinos creían –de forma errónea– que no tenían nada que perder y las memorias colectivas tanto de la violencia catártica como de la represión brutal de 1830 y 1848 les abrió los oídos a la retórica extremista. Mientras tanto, en Versalles, Thiers dedicó ese tiempo a recuperar el ánimo.

El Gobierno de Thiers representaba a los votantes provinciales de la Asamblea Nacional. La «Francia profunda» se había cansado de que, durante los ochenta años precedentes, los conspiradores de París les hubieran impuesto regímenes hechos y ahora querían la paz casi a cualquier precio. Las provincias eligieron a unos hombres en cuyos instintos confiaban y, por una vez, el Parlamento tuvo un mandato genuino del conjunto del país. Asustada por los desórdenes violentos y las amenazas al derecho de propiedad, la población rural y católica oía en el título «Comuna» ecos del terror de 1793-1794, que desencadenó horrores generalizados en las provincias occidentales. La clase media interpretó los peores excesos de los comuneros como el carácter esencial de la propia Comuna, lo cual era del todo predecible, como también lo fue que el Gobierno explotara tales temores para justificar la confrontación militar para la que estaba tratando de equiparse. No obstante, seguía siendo cuestionable que este intento pudiera tener éxito; el temor más inmediato era un asalto en masa de la Guardia Nacional contra Versalles y existían dudas fundadas de que los cerca de 55 000 soldados, milicianos y gendarmes de Thiers pudieran –o quisieran– defender al nuevo Gobierno.⁹

El 27 de marzo de 1871, el Regimiento Extranjero recibió orden de viajar en tren de Besanzón a Versalles. A su llegada, el 1 de abril, contaba con 66 oficiales, pero solo 1003 clases de tropa.¹⁰ No está claro cuántos de ellos podían describirse como *légionnaires*. Cabe suponer que quizá seguía en filas un total de 350 efectivos de los I y II/RE de Argelia además de los elementos bretones y franceses supervivientes. La norma era igualar los efectivos de batallones y compañías siempre que fuera factible y –dada la crítica falta de sargentos veteranos– entre los más jóvenes se distribuían cabos y soldados de primera experimentados para fortalecer las unidades.

Si ese era el caso, entonces los 1.º, 2.º y 5.º Batallones del RE habrían tenido cada uno apenas 330 efectivos, divididos en 6 compañías de unos 55 hombres, de los cuales tal vez uno de cada tres era un veterano. El elevado porcentaje de oficiales del 1 de abril no duró mucho. Hacia el 26 de mayo, el coronel temía no poder proporcionar a cada compañía ni dos oficiales, pues un elevado número de los 66 originales había sido transferido a cubrir vacantes cruciales de otros regimientos. En un momento en que la lealtad de numerosas unidades estaba en duda era vital una estrecha supervisión personal de las tropas.



No es una figura retórica decir que el Ejército imperial, compuesto por reclutas y voluntarios de largo periodo de servicio, fue destruido en el verano de 1870, pues tan solo habían sobrevivido 10 de los 100 regimientos de línea. Por lo demás, entre septiembre de 1870 y enero de 1871 la infantería de los contingentes de la Defensa Nacional se compuso de los denominados *régiments de marche* que, aunque ostentaban el número de una unidad regular de línea, en realidad estaban compuestos por sus compañías de depósito y las de otros dos regimientos y completados con nuevos reclutas y «reservistas».¹¹ Los soldados de las cajas de recluta eran chupatintas, almaceneros y veteranos, todos ellos personal esencial para procesar a los nuevos reclutas. Aunque muchos no estaban en forma, la mayoría al menos conocía su oficio de memoria y, además, algunos antiguos regulares se habían vuelto a alistar voluntarios. No obstante, la gran mayoría de la tropa eran jóvenes reclutas campesinos y los «reservistas» no se parecían en absoluto a la bien entrenada *Landwehr* de los ejércitos bismarckianos. En esta época, los reservistas franceses no eran veteranos licenciados después de años de servicio, sino el producto del sistema de preguerra que Napoleón III había tratado en vano de reformar. Además, incluso los reclutas que sacaban un «mal número» en la lotería se dividían entre «primera y segunda porción». Debido a la falta de fondos para equiparlos, entrenarlos e incorporarlos la segunda porción era devuelta a casa, desde donde debían presentarse cada año para un breve periodo anual de instrucción. En el momento de ser movilizados, los hombres de esa «segunda porción» habían recibido –en el mejor de los casos– tres meses de entrenamiento y por lo menos un año antes.¹²

Estos «regimientos de marcha» estaban capitaneados por una oficialidad igualmente diversa. Algunos habían sido sacados de una mesa de despacho, otros se habían presentado voluntarios o regresaban del retiro.

Alrededor de dos tercios de los capitanes y tenientes de preguerra eran antiguos suboficiales que habían recibido un despacho de oficial y muchos en los contingentes de la Defensa Nacional acababan de ser ascendidos de las clases de tropa y servían junto con cadetes de las escuelas militares con quizá un año de instrucción teórica y jóvenes voluntarios de las clases instruidas con aún menos formación.¹³ Aunque algunos de los antiguos sargentos eran veteranos de combate, la necesidad de alfabetización hizo que una gran proporción de estos hombres procediera de los suboficiales administrativos. Con independencia de sus orígenes, todos eran el producto de una tradición que exigía obediencia incondicional a la superioridad y al manual y desalentaba activamente toda iniciativa. A causa de las prisas con las que se reunieron sus improvisados regimientos, pocos oficiales conocían a sus superiores o subordinados desde hacía más que unas semanas y la introducción, en 1869, de un nuevo manual de tácticas de infantería aumentó la confusión. En un momento en el que la tarea del oficial de compañía era convertir las órdenes generales del coronel en realidades sobre el terreno, así como controlar y animar a sus hombres por la persuasión y el ejemplo, estos eran obstáculos serios.

En 1870, un batallón de infantería seguía moviéndose y combatiendo *en masse*, manejado por su comandante como si fuera una sola arma. En la instrucción de infantería, los primeros pasos eran bastante fáciles: los hombres tenían que aprender a moverse juntos a una orden; manejar y cuidar de su arma y equipo de vivaquear y disparar razonablemente recto cuando se les ordenaba una descarga. Esto último no era una habilidad fácil de adquirir aun cuando –lo cual rara vez era el caso– hubiera tiempo y munición en abundancia para las prácticas de tiro. Los fusiles de un solo tiro y gran calibre de la época tenían un robusto retroceso y proyectaban una nube cegadora de humo de pólvora y, para muchos de los veteranos y reservistas, el nuevo fusil Chassepot, introducido en 1867 –la única ventaja de los soldados franceses sobre los prusianos– era un misterio tan grande como para los nuevos reclutas. (Dado que a los viejos soldados siempre les encanta asustar a los reclutas, es probable que exageraran las truculentas historias acerca de la tendencia de su largo percutor a romperse y atascarse, con lo que introducir el siguiente tiro con demasiado cuidado podría provocar una descarga prematura que proyectaba el cerrojo a la cara del tirador, además de llevarse por delante su pulgar).¹⁴

En todo caso, ningún entrenamiento podía preparar a los reclutas bisoños para la impactante y confusa realidad de la batalla. Obedecer órdenes bajo el fuego –en particular de artillería, una experiencia nueva incluso para la mayoría de veteranos– exigía unos hábitos mentales que

solo era posible aprender por medio del paciente ejemplo y los ánimos de suboficiales y tenientes familiares y de confianza y estos escaseaban. Algunos de sus mandos eran inteligentes y humanos, parte de los suboficiales eran paternales y estaban llenos de recursos, algunos de los veteranos eran buenos camaradas y animosos, pero, en conjunto, en el momento en que entraron en acción, en el otoño de 1870, la calidad de los «regimientos de marcha» de los ejércitos de la Defensa Nacional era incierta. El inevitable desmoronamiento del sistema en condiciones de campaña dejó a muchos de ellos aterridos, hambrientos, harapientos y sin dirección. Cuando en marzo y abril de 1871 empezaron a llegar a Versalles para reforzar las unidades de la guarnición de París, muchos habían sido llevados al límite.



La tropa estaba descorazonada a causa de las derrotas invernales y sus privaciones. Confusos por los desórdenes políticos y miserablemente abastecidos, alojados y alimentados, la mayoría solo quería que los licenciaran. Salvo unos pocos oficiales que habían roto su promesa de no retomar las armas para poder escapar de Metz, sus mandos no eran mucho más sólidos. Aterrados ante la perspectiva de una guerra civil, un número relevante de ellos pidió el traslado o la «baja por enfermedad». Desprovistos de un mando firme, con la moral por los suelos –si todavía les quedaba alguna–, las tropas estaban malhumoradas en el mejor de los casos y muchos afirmaban abiertamente que se negarían a disparar contra sus compatriotas. El factor central de las medidas aplicadas en abril fue el retorno del cautiverio de muchos más oficiales regulares, que, además de ser leales por instinto, ignoraban o no querían perder el tiempo con la compleja política del momento.¹⁵

El 6 de abril, el mando del nuevo Ejército de Versalles fue asignado al mariscal MacMahon, cuyo historial previo y la herida sufrida en Sedán lo eximían del desprecio que la tropa sentía hacia la mayoría de generales imperiales. Bajo su liderazgo, severo pero razonable, los oficiales profesionales retornados ocuparon todos los mandos de unidad y puestos de estado mayor, así como numerosas vacantes de oficiales de menor rango. Estos regulares estaban mucho mejor preparados, por experiencia y convicción, tanto para disciplinar como para convencer a los hombres de que obedecieran y dieran un rendimiento razonable. Pasaban con los soldados mucho más tiempo de lo normal, a los que aplicaban castigos rápidos pero justos, aunque también les infundían ánimos. Se identificó y envió a puestos lejanos a los soldados parisinos y a los sospechosos de rebeldía, si bien

la falta de familiaridad de la oficialidad con sus destacamentos compuestos convirtió esta selección en un proceso de prueba y error. Esta purga, que llegó al mismo tiempo que se desmovilizaba a los reservistas, voluntarios y soldados de Alsacia-Lorena, les costó centenares de hombres a algunos regimientos. Si a finales de mayo MacMahon contaba con unos 120 000 soldados, algunas divisiones y brigadas entraron en acción con la mitad de sus efectivos reglamentarios.¹⁶

Todo mejoró: paga, raciones de vino y comida, alojamiento y atención médica. Se intentó mantener apartados de los campos periódicos, a prostitutas y a vendedores de licor parisinos y se distribuyeron diarios pro gubernamentales. Se exhortó a los hombres a recordar su deber castrense, todo ello ornamentado con informes de los ultrajes comuneros y se les explicó que se trataba de una turba criminal e impía que estaba prolongado la guerra –y su servicio militar– sin necesidad.¹⁷ En una nación con una larga historia de despotismo centralizado, la desconfianza instintiva del campo hacia la capital tuvo cierto papel para ganar su atención. Sin embargo, en un momento de desastre era más importante un anhelo genuino de unidad nacional. Las tropas jamás habrían sentido el menor entusiasmo ante la idea de atacar París, pero, con el paso de las semanas, rutina y obediencia volvieron a ser lo habitual y las autoridades fueron, poco a poco, redirigiendo el resentimiento de los soldados contra los comuneros.

Si bien no había apenas respeto mutuo entre los oficiales de carrera y los que habían ascendido durante la guerra, todos creían que no podrían dejar atrás 1870 y construir una nueva Francia sin antes puncionar la fea pústula de la Comuna. El primer ministro Thiers visitaba cada día los campos: como antiguo periodista, conocía el poder de la palabra y logró convertir en verdaderos creyentes incluso a algunos ardientes republicanos. Paul Déroulède, un joven parisino y hombre de letras, estaba tan decidido a vengarse contra Prusia que «tomó el quepis como quien toma el velo». Para estos enardecidos patriotas, el camino hacia los prusianos se hallaba al otro lado de la comuna «secesionista». El quepis de Déroulède estaría entre los uniformes de color azul noche del 30.º de Cazadores a Pie, que formó una brigada junto con el 39.º de Marcha y el Regimiento Extranjero.¹⁸



Ninguno de ambos bandos podía adivinar las intenciones del otro. El 2 de abril, un tanteo gubernamental en el suburbio oeste de Courbevoise desencadenó una confusa escaramuza. Las dos fuerzas huyeron, aunque el

versallesco coronel Boulanger, del 114.º de Línea, hizo fusilar a cinco prisioneros. Los exagerados informes de estos hechos enfurecieron a los líderes comuneros, que ordenaron una gran salida para el día siguiente: tres columnas con un total de 30 000 hombres marcharon sobre las alturas de Buzenval, Meudon y Châtillon.¹⁹ El Comité Central había descuidado el vital fuerte artillado de Mont-Valérien, al oeste de París, que fue ocupado por los gubernamentales y los acontecimientos del 3 de abril confirmaron su incompetencia. Los oficiales de la Guardia Nacional eran elegidos por sus hombres y muchos debían sus charreteras a la retórica, a la desidia indulgente y a la generosidad con el vino más que a su competencia bélica. Es más, los jacobinos como Delescluze no solo ignoraban el entrenamiento militar, sino que le eran abiertamente hostiles. Subyugados por el mito revolucionario del empuje irresistible de los enardecidos patriotas, sostenían la convicción errónea de que la *levée en masse* nacional de 1793 había salvado a la incipiente primera república a base de puro ardor, lo cual demostraría que los hombres libres –si estaban lo bastante politizados– no necesitaban el rígido entrenamiento «prusiano» y embrutecedor de los «soldados-esclavos» de las viejas monarquías.

Una mera fantasía: el entusiasmo, los fusiles y las banderas rojas no transforman a una muchedumbre entusiasta en soldados capaces de acción coordinada y resistir bajo el fuego. Los Guardias Nacionales, que apenas habían combatido durante el sitio prusiano, lo desconocían casi todo de la guerra real y además no eran conscientes de su ignorancia.²⁰ Por tomar el ejemplo más prosaico: la mayoría de la Guardia Nacional no estaba armada con el Chassepot de cerrojo, que escaseaba, sino con fusiles de avancarga más antiguos, convertidos en fusiles de retrocarga por medio de la modificación *tabatière* («tabaquera»). La *tabatière* «tiraba alto»: para alcanzar en el cuerpo a un hombre situado a unos 140 metros había que apuntar a las rodillas y a los pies cuando la distancia se reducía a 90 metros. Esto iba en contra del instinto natural, con lo que en 1871 muchos de los poco entrenados Guardias Nacionales malgastaban las balas disparando sobre la cabeza de los adversarios.²¹

El 3 de abril de 1871 se demostró el error de los generales aficionados, que creían que los soldados «realistas» de Versalles no combatirían. Los federados avanzaron sin reconocimiento contra las fuerzas que defendían las antiguas posiciones prusianas –algunos carecían de munición, otros estaban bebidos– y quedaron muy conmocionados por el fuego de Mont-Valérien. Unos pocos huyeron de inmediato, la mayoría fue dispersada por una enérgica carga de la caballería del general Gallifet y los últimos se rindieron en Châtillon a la mañana siguiente. Los líderes capturados,

y todo sospechoso de ser desertor del Ejército, fueron fusilados de inmediato –algunos de ellos ejecutados, una vez más, por el sanguinario coronel Boulanger–, lo que inició una escalada de represalias mutuas que se prolongó durante las ocho semanas siguientes.²² Las puertas de la ciudad fueron cerradas y se detuvo el tráfico ferroviario. Sin embargo, decenas de miles de ciudadanos continuaron huyendo de París, en particular después de que la Comuna aprobara, el 5 de abril, la ominosa Ley de Rehenes.



Tras el fracaso de las salidas del 3 de abril, el Comité Central de la Federación nombró jefe de operaciones a un tal Gustave Cluseret, que al menos tenía una amplia –aunque dudosa– experiencia militar. Antiguo oficial destituido por robo, Cluseret había combatido en Crimea y más tarde se embarcó en turbias aventuras en ultramar, aunque era lo bastante soldado para darse cuenta de que la anarquía interna estaba destrozando a la Guardia Nacional. Pura y simplemente no había una cadena de mando operativa: los inexpertos jefes de unidades recibían instrucciones contradictorias de los diversos órganos de la Comuna y a menudo los alcaldes de distrito se negaban a autorizar el despliegue de sus batallones en otros sectores de la ciudad. La indisciplina y el absentismo eran endémicos y los miembros de estas bandas de fantasiosos nombres pasaban la mayor parte del tiempo emborrachándose sin que sus oficiales de pacotilla se lo impidieran. Muchos de estos últimos no consideraban el mando una misión seria, sino un premio político que autorizaba a los bravucones a pasearse exhibiendo fajines y cartucheras como si fueran bandoleros. Cluseret trató de separar a los hombres con cierto potencial de los que era mejor obviar, pero, como afirmó más tarde, nunca tuvo más de 30 000 de los primeros. Nombró jefe de Estado Mayor al único oficial regular en activo que se había sumado a la Comuna, un joven teniente coronel de zapadores llamado Louis Rossel. El oficial de operaciones de Cluseret también era de fiar: Jaroslaw Dombrowski, un veterano de la insurrección polaca de 1863 que había recibido entrenamiento de los rusos. Dombrowski fue enviado a comandar Neuilly, al oeste.

Thiers, político con cuarenta años de carrera, sabía juzgar el ánimo de la gente. Se daba cuenta de que, aunque el Ejército de Versalles estaba mejorando muy poco a poco, seguía siendo una herramienta que podía quebrarse en su mano si lo manejaba con demasiado ímpetu. Debían empuñarse los efectivos de forma gradual, con objetivos asumibles. Tenían que descansar a menudo, ser atendidos y recompensados y, por encima de

todo, no debían arriesgarse a sufrir graves bajas. Nadie comprendía mejor que Thiers la fortaleza de las defensas de París, pues él mismo había supervisado su construcción en la década de 1840, cuando era primer ministro del rey Luis Felipe. Sabía que había un único punto débil: el Point du Jour, donde el Sena emergía por la esquina sudoeste de los bastiones. Nunca creyó que su infantería pudiera asaltar fortificaciones, por lo que el método que siguió fue asediar la mitad occidental de la ciudad y privarla de sus fuertes exteriores –en particular Issy, que dominaba el Point du Jour–, elevar la presión y esperar que se presentara alguna oportunidad. El perímetro oriental de la ciudad, bajo control prusiano, era poroso. Los agentes de paisano entraban y salían a voluntad y siempre había la posibilidad de convencer a alguna facción comunera de entablar conversaciones secretas.

Mientras tanto, envió las primeras fuerzas. Al sur, para comenzar la reducción del fuerte Issy, el II Cuerpo del general Cissey; al oeste, para abrirse camino hacia las defensas de Neully, situadas en el exterior de los bastiones, el I Cuerpo de Ladmirault, que incluía la división de Montaudon, una de cuyas unidades era el *Régiment Étranger*.²³



El 7 de abril, el Regimiento Extranjero atravesó Courbevoie en dirección al puente de Neully, bajo el tronar del duelo artillero entre las baterías gubernamentales y las federadas de Porte Maillot (*vid.* Mapa 1). Descansados, bien comidos y con la paga en el bolsillo para gastar en algún *café cabaret* de su gusto, marchaban encuadrados en la brigada del general Dumont junto con los bretones del 39.º Regimiento de Marcha y el 30.º Batallón de Infantería Ligera.²⁴ Una barricada federada bloqueaba el puente y el RE quedó en reserva, refugiado entre las casas. Desde allí, oían los impactos de la preparación artillera y el inconfundible traqueteo de «molinillo de café» de las *mitrailleuses* a manivela, que se dedicaban a ablandar el objetivo. A media tarde, el 39.º cargó y, al anochecer, la barricada pasó a ser una batería avanzada de la artillería de Versalles. A la mañana siguiente, la brigada de Dumont fue relevada y marchó de vuelta al campamento. Este modesto bautismo de fuego le costó a la Legión tres muertos y cinco heridos.²⁵

Tras una semana de descanso, el Regimiento Extranjero estaba de vuelta en Courbevoie. A última hora del 15 de abril, los altos mandos cruzaron el Sena en barca para reconocer las posiciones del lado norte de la avenue de Neuilly.²⁶ Su sector, anclado en una batería de cañón central,

comprendía bloques-islas de casas y jardines, enlazados por una trinchera que cruzaba la avenida y por barricadas en las calles secundarias. Esa noche, las compañías pasaron en silencio el puente, una tras otra, bajo un intermitente cañoneo a ciegas. El amanecer, y el aumento del fuego artillero y de fusilería, les reveló que su posición no era nada sólida. Las agradables y arboladas calles del distrito burgués de Neuilly eran campos letales barridos por fuegos cruzados. Las posiciones más expuestas eran las que defendía el V/RE en el flanco izquierdo, entre la rue Peyronnet y el boulevard d'Argenson; aquí, los defensores tuvieron que abandonar una esquina de su «estructura» después de que se derrumbara una casa batida por la artillería e improvisaron barricadas en el interior de los chalés destrozados con escombros, muebles, pianos y colchones. Sin embargo, aunque los Guardias Nacionales combatían mucho mejor que en campo abierto, seguían vacilando a la hora de atacar. El 16 de abril un asalto poco enérgico fue rechazado y pudo oírse a los mandos y oficiales de la Comuna insultarse entre sí. No era una cuestión de «cobardía»: la psicología del combate de infantería es algo más racional que eso.

La efectividad en la batalla depende por igual del entrenamiento, que da a cada hombre un compás familiar que seguir cuando está asustado y confuso. También depende –y en buena medida– de un mando alentador, ejecutado por soldados que, como mínimo, aparenten calma, confianza y capacidad. La mayoría de los guardias nacionales tenía una grave carencia de ambos apoyos y sin ellos era difícil ser «valiente» cuando veían lo que una onza de plomo blando podía hacer cuando impactaba contra carne humana a unos 1500 km por hora. Al defender casas y trincheras, un grupo de amigos se confortaba con la presencia cercana de los demás y podía elegir cuándo dejarse ver un momento para hacer puntería. Sin embargo, un asalto significaba salir al descubierto e incluso unos tiradores medianos armados con Chassepots del Ejército podían descargar una peligrosa cortina de fuego durante los primeros 200 o 300 metros de distancia antes de que un hombre armado con un fusil de «tabaquera» pudiera responder con efectividad. El capitán Léonce Patry, que había comandado tanto *lignards* regulares como reclutas de la Defensa Nacional, escribió que la mayoría de estos últimos combatía tan bien como regulares con dos a seis años de servicio a la espalda, aunque también comentó que:

No hay nada más difícil como hacer avanzar bajo el fuego enemigo a hombres cuyos nervios están al límite tras haber permanecido inmóviles durante mucho tiempo, y que han olvidado el ejercicio de su voluntad [...] los hombres, una vez en orden

abierto y bien resguardados detrás de algún refugio, no avanzarán a no ser que de verdad quieran hacerlo [...] de ahí que a los mandos de compañía les sea muy difícil llevar adelante a todos sus efectivos, y son necesarios esfuerzos extraordinarios e incesantes para hacerles marchar y llevarles directos hacia su objetivo. Los que no han combatido una guerra como oficiales de infantería subalternos no tienen la menor idea de la contundencia requerida [...] para desplegar a los hombres [...] y hacerlos avanzar contra el enemigo.²⁷



El 2.º Batallón del Regimiento Extranjero fue a cumplir su turno en el sector expuesto. En cierto momento, tomó la extraña decisión de reforzar una barricada con garrafas de vidrio grueso colocadas en alforjas que habían arrastrado desde una fábrica abandonada. Las garrafas resultaron contener agua perfumada y los sudorosos y polvorientos *légionnaires* se la echaron encima en grandes cantidades. En el flanco izquierdo, una granada federada impactó contra una casa ocupada y mató al capitán Giraud y a un cabo, además de herir de muerte al subteniente Maumias y causar heridas a tres soldados rasos. Aunque disparar artillería sobre líneas más o menos fijadas desde la Porte Maillot, a un kilómetro y medio, apenas requería gran pericia, la artillería federada contaba con algunos artilleros experimentados y munición en abundancia.²⁸ En la noche del 19 de abril, los *légionnaires* fueron relevados y se retiraron al otro lado del Sena. Los cuatro días y noches pasados en la línea del frente les había costado un 12 por ciento de bajas: 3 oficiales y 15 soldados y suboficiales muertos, así como 111 heridos. Se repartieron condecoraciones y, el 20 de abril, mientras se hallaban acampados en el Parc de Villeneuve-l'Étang, los *légionnaires* recibieron refuerzos: 6 oficiales y 370 confusos reclutas del 20.º y del 52.º de Marcha, lo cual elevó los efectivos de cada batallón hasta los 430 hombres de todos los rangos. En vista de la reciente experiencia, el regimiento recibió orden de formar una sección especializada de zapadores.

El 27 de abril, los *légionnaires* del I/RE y del V/RE volvieron a franquear el río; esta vez, el 1.º Batallón tomó el sector izquierdo y –de forma poco usual– fue sujeto de inmediato a fuertes ataques de infantería. En ese momento, Neully parecía un pequeño Stalingrado *avant la lettre*. El coronel británico Stanley, testigo de los hechos, describió árboles hechos trizas y el suelo cubierto de bolas de metralla, granadas rotas que no habían estallado y balas aplanadas; las piezas eran emplazadas tras reductos

improvisados en lo que en otro tiempo habían sido encantadores jardines, cuyas tapias habían sido rotas para acceder. Las casas destripadas revelaban pisos superiores que pendían de una única pared, los restos destrozados de todo tipo de cosas, desde mesas de billar a espejos, y enemigos muertos que yacían durante días bajo el calor primaveral.²⁹ Aun así, la moral de los *légionnaires* parecía buena; la mayoría de ellos conocía cada rincón de cada trinchera y hasta la última ventana ciega, la comida llegaba con regularidad y los «días de trinchera» recibían raciones extra de vino y ron.

Tras unos pocos días fueron relevados de nuevo y no volvieron a entrar en línea en Neuilly hasta finales de la primera semana de mayo. Esta vez estaban en el perímetro sur, entre la avenue de Neuilly y el Bois de Boulogne. La vida aquí era más segura que en las devastadas calles al nordeste del puente. Hubo escasas bajas durante los combates de patrulla y el suceso más memorable fue un encuentro entre un pequeño destacamento de la Legión y una figura terrorífica que resultó ser un orangután que se había escapado del zoo; llegó perseguido por su cuidador, que gritaba «¡No disparen! ¡No disparen!».³⁰ El 11 de mayo, un ataque rebelde percutió contra el flanco derecho de los *légionnaires* en el Bois, pero fue rechazado; llegaron reservas para impedir cualquier nuevo intento y, a partir de entonces, los bombardeos artilleros pasaron a ser la única amenaza. Los soldados, además, pronto adivinaron las pautas de tiro, con lo que sincronizaban sus tareas en campo abierto para que coincidiera con la hora de comer de los federados. Luego, se retiraban a sus refugios protegidos. El 14 de mayo volvieron a ser relevados de nuevo y enviados a patrullar sectores tranquilos en las aldeas de Gennevilliers, Asnières y Bécon, así como el suburbio de Clichy. El calor primaveral iba en ascenso y en el interior de la ciudad la defensa se desmoronaba.



En menos de cinco semanas, los cabecillas de la Comuna –«líderes» implicaría demasiada solidaridad entre ellos– habían socavado fatalmente los esfuerzos de los dos teóricos comandantes militares. Tras momentos de pánico en el fuerte Issy, Cluseret fue arrestado el 30 de abril acusado de ser un «traidor realista», la histérica acusación habitual de la Comuna. Le reemplazó Louis Rossel, que, al igual que su predecesor, se vio obstaculizado por la misma desunión conspirativa que frustró sus intentos de organizar nuevas barricadas y reductos internos, así como concentrar los centenares de cañones descuidados en algún propósito más serio. Rossel ordenó la formación de «grupos de combate» de infantería, cada uno de

ellos con piezas propias, con los guardias que se mostraran predispuestos a combatir; un total de quizá unos 20 000 sobre unos efectivos teóricos cinco veces superiores. La respuesta fue decepcionante: como siempre, la mayoría de hombres se negó a servir fuera de su distrito.³¹ Una larga pugna por el control de las operaciones dio lugar, el 3 de mayo, a la creación del todopoderoso Comité de Seguridad Pública, dominado por extremistas. Aun así, las disputas entre facciones continuaron. La mayoría de órdenes de Rossel eran ignoradas o revocadas; el 7 de mayo, su plan de un contraataque para aliviar la presión sobre el fuerte Issy fue rechazado, con lo que dimitió y, ante la amenaza de arresto, pasó a la clandestinidad.

El 8 de mayo, después de un último y aplastante bombardeo, los defensores supervivientes abandonaron al fin los restos martilleados del fuerte Issy, lo cual dejó abierto el acceso al Point du Jour. Charles Delescluze, viejo y moribundo, fue obligado a dirigir el Comité de Seguridad Pública, pero sus instrucciones militares se limitaron a apelar a los dioses de 1793. El bombardeo de MacMahon era incesante y sus contrabaterías habían destrozado numerosos cañones federados; la Guardia Nacional estaba reclutando civiles a punta de fusil; filas de heridos abandonados yacían a lo largo de las aceras, mientras que compañías sin órdenes deambulaban sin rumbo. Los prusianos habían bloqueado las puertas orientales para impedir la llegada de alimentos y unos 300 000 parisinos habían huido de la ciudad. Mientras, los líderes de la Comuna se enzarzaban en encendidos debates en torno a la futura legislación social, el fiscal del Estado Rigault empezó a llevar por grupos a sus 3000 rehenes ante tribunales sumarios.³²

No obstante, visto desde fuera de los bastiones, volver a tomar París seguía pareciendo difícil y costosa. Atacar a través de las calles de una ciudad es una picadora de carne de infantería: todo movimiento de un punto protegido a otro atrae el fuego de los defensores ocultos y las unidades pueden dispersarse y perderse con rapidez en el laberinto, observadas por acantilados de mortíferas ventanas. En el centro urbano, los amplios y rectos bulevares de las reformas de Hausmann eran galerías de tiro para la artillería. Si las calles laterales se bloqueaban con inteligencia, flanquear las posiciones comuneras sería una labor lenta y sangrienta y las muchedumbres parisinas tenían una orgullosa historia revolucionaria de construcción de barricadas formidables. En 1871, el tipo tradicional –básicamente muros de carros, calesas y carretas de caballos rellenos de adoquines, sacos terreros y mobiliario– podían contener la infantería, pero no podía resistir la artillería mucho tiempo. No obstante, algunas barricadas eran verdaderas fortificaciones que

parecían salidas de un manual de ingeniería de campaña: enormes posiciones de adoquines y sacos terreros, con una altura mínima del doble de un hombre, un espesor de decenas de metros y emplazamientos módicos para cañones y ametralladoras.



Lo que más tarde se conoció como la «Semana Sangrienta» comenzó casi como una farsa. En la tarde del domingo, 21 de mayo, la negligente defensa de los bastiones del Point du Jour permitió a los prisioneros de guerra retornados del IV Cuerpo de Douay entrar a la carrera sin disparar ni un tiro. Tras rechazar un torpe contraataque, los de Versalles se situaron más allá de la única barrera interna viable a lo largo de la línea de ferrocarril de la Ceinture. Limpiaron los bastiones defensivos y abrieron las puertas para que entraran nuevos efectivos y cañones. A comienzos del día siguiente, los regulares del V Cuerpo de Clinchant fueron abriéndose paso en el sentido de las agujas del reloj por el interior de los bastiones a la izquierda de Douay, hasta alcanzar la Étoile en el extremo de los martilleados Campos Elíseos. Mientras tanto, al sur, el variopinto II Cuerpo de Cissey entró por la Puerta de Versalles y se dirigió al norte. En ese momento, había en el interior de las murallas unos 50 000 hombres. La defensa federada del oeste de París se desmoronó y al anochecer del lunes 22 MacMahon, que tenía su puesto de mando en las posiciones de la artillería situada en la altura dominante del Trocadero, planificó un avance metódico en dirección este por ambas orillas del Sena.

Aunque los tiroteos se prolongaban los largos días de mayo, desde las primeras luces hasta que anochecía por completo, no se asumían riesgos innecesarios con la vida de los soldados. El mariscal no tenía intención de enfriar la endeble moral de su ejército con elevadas bajas, por lo que prohibió categóricamente los ataques frontales contra las barricadas. Se avanzaba con parsimonia, bajo un generoso fuego de cobertura.³³ Los *pantalons rouges* de MacMahon se ceñían a las normas tácticas que todavía hoy rigen el combate urbano y se mantenían apartados de las calles batidas por el fuego siempre que fuera posible. Había artillería suficiente para proporcionar a cada brigada como mínimo una sección de dos piezas para apoyar el avance de sus batallones de asalto. Los cañones eran emplazados en las esquinas, desde donde tiraban por igual contra las calles principales y las secundarias. Mientras tanto, la infantería trataba de flanquear los obstáculos buscando una calle paralela, atravesando callejones y patios o avanzando por el interior de las hileras continuas de casas. El

lento ritmo de avance de los versalleses dio tiempo a los federados para construir unas 500 nuevas barricadas durante la semana del 21 al 28 de mayo. Aunque muchas fueron defendidas con bravura, estaban trazadas sin coordinación y, en general, carecían de redes de fuegos cruzados en los vagos límites de sector de los batallones de distrito.

La famosa artillería federada de la colina de Montmartre –catalizadora de todo el choque– permanecía descuidada y más o menos acallada por la falta de preparación y de órdenes. La mañana del martes 23, la aldea de la cima fue atacada por tres lados. La resistencia –de unidades tanto masculinas como femeninas–, aunque dura en algunos puntos fue fragmentaria, con lo que hacia las 13.00 h la altura estaba en manos gubernamentales.³⁴ Sin embargo, ese martes fue testigo de una resistencia federada mucho más firme en el centro de la ciudad, a ambas orillas del río. El IV Cuerpo experimentó combates de gran intensidad en la orilla derecha y en el frente place de la Concorde-Madeleine-Opéra y detrás de este en la rue de Rivoli.

Se combatieron duelos artilleros a corta distancia y las ondas expansivas alfombraban las calles de vidrios de ventanas reventadas. Allí donde impactaban, las granadas destripaban y agujereaban los bloques de varias plantas y precipitaban estruendosas avalanchas de escombros. En los pisos superiores y en los tejados los tiradores convertían en mataderos las calles abiertas e incluso el eco del fuego de fusilería era ensordecedor. Los fuegos cruzados abatían lluvias de hojas y marcaban los troncos de los árboles y los heridos dejaban rastros de sangre al arrastrarse hacia puertas que permanecían obstinadamente cerradas. El coste no se limitó a vidas humanas: bajo el fragor y el estruendo del fuego, correos a caballo iban de un lado a otro y las vías principales estaban abarrotadas de artillería hipomóvil, ambulancias e infantería transportada en carros de caballos. En ocasiones, las tropas tenían que arrastrarse al lado de monturas mutiladas que relinchaban y cocebaban sobre los adoquines en charcos formados por su propia sangre y excrementos.

Los comuneros, al verse obligados a retirarse de la place Vendôme, prendieron fuego a todo edificio que no podían conservar. Cuando al fin se retiraron por la rue de Rivoli en dirección al Hôtel de Ville, durante el largo atardecer primaveral, las llamas que devoraban la rue Royale y el Palais des Tuileries iluminaban el cielo rivalizando con la puesta de sol; la mayor parte del Palacio Real y muchos otros edificios históricos ardieron a causa de pavesas arrastradas por el viento o fueron incendiados de forma deliberada. El Louvre y Notre-Dame se salvaron por muy poco.³⁵ Entretanto, en la prisión Sainte-Pélagie, los esbirros de Rigault empeza-

ron a matar rehenes, con lenta y horrible ineficiencia. París era pasto de las llamas y el mito de las *pétroleuses* hizo que cualquier mujer vista acarreado algo por la calle corriera peligro de ser ejecutada de forma sumaria. Ambos bandos se precipitaron en una espiral de asesinatos de represalia azuzados por turbas de civiles.

El miércoles 24 de mayo el Hôtel de Ville fue abandonado e incendiado por los comuneros; por la tarde, Rigault fue capturado y asesinado en el barrio latino. Esa mañana, la 2.^a Brigada de la división de Moutaudon del general Lefèbvre entró por la Porte de Clignancourt, en los bastiones del norte. Hacia el mediodía, había capturado la Gare du Nord y a las 19.30 h la Gare de l'Est (*vid.* Mapa 2). Algunos de sus soldados durmieron esa noche en la Gare du Nord, aunque tuvieron un sueño inquieto: granadas federadas de Buttes-Chaumont impactaron contra las bóvedas de vidrio y estallaron en el interior, lo que les hizo huir del vestíbulo y de los andenes donde los viajeros británicos actuales se apean de los trenes Eurostar.³⁶ Durante la tarde, Théophile Ferré, la criatura de Rigault, hizo asesinar al arzobispo de París y a cinco destacados rehenes en la prisión de La Roquette. Esa noche, mientras el Regimiento Extranjero contemplaba desde la aldea de Asnières, en el exterior de los bastiones, el enorme resplandor rojo del cielo oriental, se les advirtió de que, al día siguiente, su brigada entraría en el infierno antes del amanecer.³⁷



En la madrugada del jueves, 25 de mayo, Montaudon envió a la 1.^a Brigada de Dumont por la Porte Maillot al oeste, desde donde marchó en el sentido de las agujas del reloj a través de los bastiones. Tras una larga caminata bajo un sol abrasador, alcanzaron los terminales de carga y carboneo del ferrocarril del norte. Aunque el 30.^o Ligeró tuvo que flanquear y capturar una barricada que bloqueaba la parte superior de la rue de la Chapelle, esa misma tarde Dumont enlazó con la 2.^a Brigada de Lefèbvre. La división pasó la noche del 25 al 26 de mayo más o menos sobre la línea del ferrocarril del este, con la Legión en reserva a retaguardia, entre la vía férrea del norte y el boulevard Ornano.³⁸ En ese momento, apenas estaban a un kilómetro de los grandes incendios y a veces podía oírse un sordo rumor causado por el desplome de un edificio de siete plantas, que proyectaba enormes llamaradas que lamían el cielo. Esa tarde, el viejo Delescluze subió a una barricada abandonada en el boulevard Voltaire, donde encontró la bala que andaba buscando. Al amparo de la noche, unos 5000 combatientes supervivientes de la Comuna se retiraron a vender cara su

vida en su núcleo oriental: el mísero distrito industrial de La Villette y los angostos barrios chabolistas de Belleville y Ménilmontant.

Disponían de un sólido perímetro defensivo, en particular en el sector septentrional. El canal Saint-Denis atravesaba los bastiones del norte y fluía en dirección sur al encuentro del canal l'Ourcq que llegaba por el nordeste. Este último formaba un foso amplio y recto entre los almacenes y muelles de La Villette, que recorría en su totalidad en dirección sudoeste hasta la oficina aduanera de Rotonde, en el cruce de los boulevards de la Chapelle y La Villette.³⁹ Al sur de ese cruce, la abrupta curva del canal Saint-Martin llegaba hasta la rue du Faubourg du Temple. Bien apartada de estos obstáculos acuáticos, la artillería federada de la colina de Buttes-Chaumont cubría las rutas norte y oeste hacia Belleville. Los cuerpos de Versalles convergieron: el I de Ladmirault, que incluía la división de Montaudon, de norte a sur; el V de Clinchant y el IV de Douay de oeste a este, el de Reserva de Vinoy cerraba la bolsa con un avance en dirección norte, mientras el II Cuerpo de Cissey limpiaba el sudeste.



El calor sofocante desató un chaparrón torrencial el viernes 26 de mayo, que detuvo la propagación de los devastadores incendios, aunque no los apagó. Parte de la 1.^a Brigada de Dumont, desplegada entre los hangares de carga de la Gare d'Orléans y el Bastión 30, en las murallas, se lanzó en dirección este contra el canal Saint-Denis. Sin embargo, hacia las 15.00 h solo habían capturado un puente. Al parecer, los batallones del Regimiento Extranjero quedaron separados y una de sus unidades combatió, junto con el 39.º de Marcha, a lo largo del ferrocarril del este. Allí, el ala izquierda de Dumont se dedicó a limpiar varios bastiones junto al canal l'Ourcq y paró a pernoctar en el ruidoso refugio de los enormes mataderos de la ciudad.

Al mismo tiempo, por el sudoeste, una segunda formación de la Legión luchaba en el flanco derecho de la 2.^a Brigada para tratar de superar las barricadas del extremo este del boulevard de la Chapelle y despejar una ruta hacia el importante reducto federado de la Rotonde.⁴⁰ Capturaron 10 cañones y una *mitrailleuse* y el soldado Gagneux fue propuesto a la Medalla Militar por matar a un oficial federado y capturar la bandera del 124.º Batallón. (Su capitán hizo fusilar a cuatro prisioneros. Esto no se debió a que los mercenarios trajeron los hábitos africanos a las calles de París. Durante la Semana Sangrienta, las unidades metropolitanas fusilaban prisioneros con regularidad y, dado que los comuneros trataban de

matar al mayor número posible de compatriotas franceses con artillería y ametralladoras, esto no resulta en absoluto sorprendente. Mucho más inusuales fueron las atrocidades de los versallescos, como la matanza de heridos y doctores en puestos de socorro).⁴¹ A la izquierda de estos *légionnaires*, el asalto a tumba abierta de un batallón del 119.º de Línea de la 2.ª Brigada obligó por fin a los federados a retroceder de las barricadas emplazadas por tres lados de la Rotonde, lo cual permitió a los efectivos atravesar la plaza y adentrarse en las bocacalles de varias vías al sur de esta, si bien seguían estando bajo el fuego del edificio de aduanas.⁴² Durante este combate se incendiaron una refinería de azúcar y algunos almacenes del canal repletos de grano, alcohol, brea y madera, que ardieron con ferocidad explosiva a pesar de la lluvia, lo cual obligó a evacuar varias calles. En algún momento de la noche del 26 al 27 de mayo, los últimos federados abandonaron la Rotonde y se retiraron al este, si bien muchas de las calles del entorno seguían estando bloqueadas y defendidas. (Esa noche, los últimos 50 rehenes de la prisión de La Roquette fueron asesinados en la rue Haxo).⁴³

Según las memorias del general Montaudon, la 1.ª Brigada de Dumont pasó una noche de lo más incómoda en el flanco izquierdo de la división, en los hediondos mataderos y patios próximos al Canal de l'Ourq. Durante la noche, Montaudon recibió nuevas órdenes del I Cuerpo: la división de Grenier avanzaría por detrás de su ala izquierda y limpiaría los bastiones orientales en dirección sur, hasta La Porte de Pantin. Montaudon debía redirigir el peso de sus fuerzas a la derecha y mantendría el contacto de Grenier, si bien debería «actuar según las circunstancias» y despejar el camino para un asalto sobre la colina de Buttes-Chaumont el domingo 28. Las operaciones comenzarían a las 11.00 h del 27 y se recordó a los comandantes que debían preparar a fondo el ataque con la artillería y los ingenieros que se les habían asignado.⁴⁴

La 2.ª Brigada de Montaudon (Lefèvre) se hallaba ya encarada al este, al otro lado del canal Saint-Martin, con lo que con las primeras luces del 27 el jefe divisionario ordenó a la 1.ª Brigada de Dumont salir de los mataderos para enlazar con el flanco izquierdo de Lefèvre. El Regimiento Extranjero debió de marchar al sudoeste por el canal de l'Ourcq, pues entraron en acción cerca de la Rotonde, en lo que hoy es la place de la Bataille-de-Stalingrad. Tomaron una barricada al final de la rue de Flandre, rodearon el extremo del puerto de barcazas del estanque de la Villette, cruzaron la plaza más allá de la Rotonde y capturaron más barricadas al final de las rues d'Allemagne y Puebla. En la tarde del 27 se abrieron camino en dirección sur por esta última calle.⁴⁵

Para entonces, maniobraban de forma automática. Los exploradores iban primero, avanzando de portal en portal y disparando contra cualquier ventana sospechosa para atraer fuego. A los propietarios de las casas se les ordenaba a voces que mantuvieran abiertos los postigos, pero cerradas las ventanas; todo el que se dejara ver en una ventana abierta pagaba el precio supremo por tal estupidez y los francotiradores se descubrían de inmediato por la espesa nube de humo de pólvora. A continuación, venían los pelotones de zapadores, para demoler barricadas abandonadas o rodear las que estuvieran defendidas, adentrándose en las casas y patios de los flancos junto a la infantería de vanguardia. Después llegaba una pieza con su dotación, que desplegaba en la esquina de un bloque para disparar contra la barricada si estaba en su línea de tiro, o impedir el movimiento por la calle si no lo estaba, y dominar las vías laterales. En este opresivo clima, los tiroteos llenaban las calles de nubes de sofocante humo de pólvora que cegaban la visión a los fusileros de ambos bandos. En el interior de las casas, los zapadores, con sus pesadas hachas y palancas, y los infantes con botas y culatas abrían «ratoneras» a través de los endebles muros de partición de tablonos o de escayola y listones y se abrían camino de casa en casa hasta poder disparar a las barricadas desde un piso superior. Después de un último tronar del cañón, los camaradas de los pisos inferiores tomaban al asalto lo que quedara.

A medida que progresaba cada unidad de asalto, los batallones que les seguían, acompañados de gendarmes y «Guardias Nacionales del Orden» leales registraban las viviendas en busca de tiradores ocultos e interrogaban a los residentes. Hacia el 27 de mayo, muchos guardias nacionales se habían deshecho de armas y uniformes y la mayoría se cuidaba de que no pudieran hallar ni un cinturón ni un botón de guerrera en la casa en la que los encontraran. Que Dios se apiadara de cualquier hombre que fuera hallado con manchas de pólvora en las manos o un moretón en el hombro derecho, pues es probable que no viviera lo suficiente para unirse a las largas y penosas columnas de prisioneros que marchaban escoltadas por la caballería hacia el Bois de Boulogne, donde los pelotones de fusilamiento del despiadado general Gallifet trabajaban sin descanso. Los prisioneros capturados con el arma en la mano eran ejecutados de inmediato, aunque la mayoría de las represalias no fue obra de las tropas de asalto. Tampoco cometieron saqueos –con la salvedad de pequeños hurtos– o violaciones y ni siquiera se dieron mucho a la bebida; los comuneros se destacaban más por esto último. Los oficiales de Versalles, siempre atentos a cualquier relajación de la disciplina, mantenían a sus hombres bajo un control férreo. No podía decirse lo mismo de los Voluntarios irregulares del Sena que acompañaban al I Cuerpo: estos enemigos de la Comuna

que habían sido expulsados de la ciudad en marzo ansiaban ajustar cuentas políticas y personales.⁴⁶

Hacia las 15 h del día 27, el Regimiento Extranjero se adentró lo suficiente por la rue Puebla para asegurar el control del Marché de Meaux, aunque ahora se hallaba bajo el tiro de la artillería de Buttes-Chaumont, que se alzaba sobre los tejados justo frente a ellos, a menos de 500 metros, al final de la rue Sécrotant.⁴⁷ A su derecha, la 2.^a Brigada había cruzado el canal Saint-Martin para atacar barricadas federadas en la Rotonde de la Villette. En siglos anteriores este había sido el emplazamiento del enorme patíbulo de Montfaucon, una gran estructura cuadrada con horcas de más de 15 metros de altura situadas en lo que, por aquel entonces, era una tierra baldía entre la ciudad medieval y las lomas que circundaban la tranquila aldea rural de Belleville.



Buttes-Chaumont tenía una historia pintoresca en las décadas más recientes. Alejado del Sena, en el centro, el viejo París incluía una cantidad sorprendente de espacios abiertos, aunque durante el próspero reino de Luis Felipe el desarrollo se aceleró. La población de Belleville se multiplicó y crecieron grupos de cabañas y casas de campo. Las calles de tierra fueron al fin pavimentadas e iluminadas y quedaron conectadas zonas florecientes de casas sólidas con vecindarios destartalados que contaban con una destacada zona de bares y burdeles.

El catalizador había sido la misma Buttes, una colina de 50 metros de altura donde se extraía y procesaba aljez, la materia prima del llamado «yeso de París». Las canteras situadas en el este de la cresta eran llamadas «América», ya fuera porque este era el destino de la mayor parte de la producción o –de modo más complaciente– porque se hallaban en el extremo del mundo habitado. Durante los años del crecimiento, cuando la colina fue horadada por túneles excavados por capitalistas primitivos, esta era una frontera sin control donde los hombres podían, con igual facilidad, labrar una fortuna o hacerse matar. Desde el amanecer al ocaso, los estallidos de pólvora y el martilleo de los molinos de triturado a vapor ensordecían Belleville y los hornos de carbón humeaban día y noche. Era frecuente que perecieran hombres en derrumbamientos de túneles y los caminos alejados de la colina empezaron a desmoronarse a causa de los socavones que irradiaban de esta. A medida que las excavaciones sin control fueron abandonadas, comenzaron a llegar los depredadores y los necesitados y esta selva de cráteres y montones de escombros adquirió una

siniestra reputación. Durante las décadas de 1850 y 1860 la población de Belleville se expandió y se radicalizó aún más a causa de la industrialización y de las reformas de Hausmann del centro de la ciudad, que expulsó a las clases más pobres al exterior, a barriadas chabolistas donde sobrevivían como podían con salarios de miseria.

En 1862, Napoleón III decretó que aquella monstruosidad fuera transformada en un parque público. Gracias al extraordinario esfuerzo de sus ingenieros civiles, responsables y jardineros de obras públicas se logró celebrar la solemne inauguración a tiempo para la Exposición Universal de abril de 1867. La taladrada colina fue rellenada y convertida en un arboreto y un jardín con varios lagos artificiales, situados a los pies de un espectacular pináculo de 30 metros coronado por una refulgente copia del Templo de Vesta en Tívoli. Tanto pobres como ricos podían pasearse por serpenteantes senderos que seguían cursos de agua flanqueados por árboles y plantas exóticas reunidas de todo el mundo y maravillarse con la contemplación de una gruta de 20 metros que incluía estalactitas recién estrenadas, entre cascadas que se precipitaban desde paredes rocosas ocultas por plantas trepadoras.

La tarde del 27 de mayo de 1871 esta elevación y la del cementerio del Père Lachaise, situado a unos 3 km al sur, eran las dos últimas posiciones importantes en poder de los comuneros.



A última hora de la tarde del 27 de mayo, la colina estaba rodeada por tres lados, con las 1.^a y 2.^a Brigadas de Montaudon formando un semicírculo más o menos desde el centro de la pendiente norte al oeste. Aunque se suponía que Buttes debía ser el objetivo del día siguiente, el jefe divisionario decidió no esperar. Sus flancos estaban seguros: a la izquierda, Grenier había llevado una brigada hasta el Bastión 21, tras la loma, y proporcionaba fuego de apoyo con piezas de 12 libras y *mitrailleuses*. A las 16.00 h, Montaudon dio la señal para el asalto. Los detalles no están claros, pero sabemos que no duró mucho tiempo. El Regimiento Extranjero estaba ya cansado de avanzar con cautela, paso a paso. Dos compañías encabezaron la columna central de asalto; cargaron por la pronunciada rue Sécretant «bajo una lluvia de balas» y se lanzaron sobre las cuestas que tenían ante sí. Tras un combate más bien breve alcanzaron una de las cimas y plantaron la tricolor, mientras que el 36.º de Marcha de la 2.^a Brigada clavaba la suya en la cumbre de la pendiente oeste. Poco después, la brigada de Abatucci de la división de Grenier llegó sin resuello desde las «canteras americanas» situadas al este.

Los defensores recibieron un ataque simultáneo, primero por dos lados y más tarde por tres, después de haber sido bombardeados desde una distancia de unos 1200 metros por cañones de 120 mm y acribillados por las *mitrailleuses*. Esta distancia estaba dentro del radio de acción efectivo de las primeras contra objetivos tales como una batería de artillería y era justo el blanco para el que habían sido diseñados. Cabe especular que las dos baterías federadas no estaban bien situadas ni protegidas del fuego de los reductos –es indudable que los de Montmartre habían sido descuidados–. Fuera cual fuese la razón, las ligeras bajas versallescas confirmarían que los *pantalons rouges* no tuvieron que cargar contra unas bocas de fuego que descargaban metralla. No nos han llegado las pérdidas de la Legión, pero no parece que superaran la veintena. Tres tenientes fueron citados por su conducta en esta acción y se atribuyó a los hombres del teniente Dupont el mérito de llegar primero a las piezas federadas.⁴⁸

Hacia el sur, las dos baterías federadas emplazadas en el cementerio Père Lachaise también cayeron a manos de los efectivos de Marina del general Vinoy. Todavía quedaban muchas horas de luz, de modo que, mientras Montaudon establecía a su plana mayor en la colina de Buttes, quiso hacer descender unidades por las calles situadas al sur, se supone que para impedir a los federados consolidar un frente contra el lado sur del parque y resistir el aplastamiento final de Belleville al día siguiente. Los *légionnaires* de los I y II/RE recibieron orden de permanecer en la colina para la noche, donde, sin duda, emprendieron la labor de amontonar cadáveres en las piras que proyectarían humo pestilente sobre la ciudad durante los días siguientes. El V/RE descendió del parque en dirección sur, hacia la place des Fêtes, acompañado de los Voluntarios del Sena.

Hacia las 18.00 h alcanzaron la entrada de aquel gran mercado y recinto ferial al aire libre. Los Voluntarios del Sena cargaron contra una barricada –se cree que bloqueaba la rue de Crimée o la des Solitaires– y la tomaron; el comandante Delbos murió en la acción. Era el segundo oficial jefe que perdían en cuatro días –el comandante Duriue había caído en Montmartre– y podemos dar por hecho que esto reforzó aún más su reputación de fusilar prisioneros sin contemplaciones. El V/RE atravesó la plaza en dirección a una barricada en el otro extremo. Un grupo de rezagados federados estaba bebiendo en un bar cercano. Abrieron fuego y se entabló un violento tiroteo como los del salvaje Oeste, en el que se disparaban bajo las mesas y escaleras arriba. Los *légionnaires* despejaron la casa, desde la que se lanzaron contra la barricada, que tomaron a cambio de dos bajas mortales. Otras compañías se toparon con resistencia significativa justo más allá de la plaza y el comandante del 5.º Batallón ordenó

retroceder a sus hombres. No quería tiroteos desordenados en las oscuras calles, por lo que estableció a su unidad en «erizo» en la place des Fêtes para pernoctar. El amplio perímetro de esta fue reforzado por tres compañías del II/RE, enviadas desde Buttes.⁴⁹



Los últimos combatientes de la Comuna fueron liquidados el 28 de mayo, domingo de Pentecostés, una vez que el I Cuerpo y el de Reserva cerraron el cordón en torno a los últimos bloques de los Distritos 19.º y 20.º. Aunque los federados se rendían en gran número, los soldados vieron que esa mañana seguía siendo muy fácil hacerse matar. A partir de las 05.00 h hubo un breve intercambio de disparos entre las posiciones enfrentadas en las calles de Belleville, hasta que los cañones de la colina Buttes intervinieron para abrir paso a los *légionnaires*. A la izquierda, el V/RE avanzó hacia el este, hasta los bastiones, y despejó barricadas en las rues du Pré Saint-Gervais y des Bois. En el centro, el II/RE avanzó a paso ligero por las calles. En torno a las 10.00 h, la tricolor ondeaba sobre la iglesia de San Juan Bautista y el último cuartel general de la Comuna, situado en la alcaldía del 20.º Distrito, no tardó en caer. Un testigo británico atrapado en la *mairie* explicó que un soldado de la Legión gritaba que todo el mundo debía deponer las armas y rendirse; el inglés acudió a él y se aseguró de que hiciera constar que había sido capturado desarmado.⁵⁰

A la derecha del regimiento, el I/RE tomó una última barricada en la esquina de las rues Belleville y Puebla. El general Grisot escribió que este último día le costó al RE 2 muertos y 14 heridos. Fue al oeste de la rue Puebla donde los combatientes incondicionales del 191.º Batallón Federado cayeron combatiendo en torno a Faubourg du Temple y la rue Saint-Maur. No obstante, la mayoría de tiroteos se extinguieron hacia las 14.00 h del domingo, si bien la última barricada fue tomada hacia las 18.00 h por los compañeros de brigada de la Legión, el 30.º de Infantería Ligera. Fue allí, en la esquina entre las rues Tourtille y Ramponneau, donde los versallescicos sufrieron la que pudo ser su última baja: el apasionado y joven teniente Paul Déroulède, malherido en un brazo, que recibiría su Cruz por capturar una bandera roja.⁵¹ Esa noche, los tres batallones del Regimiento Extranjero volvieron a la colina de Buttes-Chaumont para vivaquear. Allí, sus tambores y cornetas tocaron «retreta» para recordar a los parisinos que el Ejército era ahora el propietario de la loma.

Las bajas totales de los versallescicos desde principios de abril ascendían a 877 muertos –incluyendo 3 generales– y 6454 heridos. Durante la

Semana Sangrienta puede que perecieran unos 3500 federados, muertos en acción o a causa de sus heridas.⁵² El Regimiento Extranjero dedicó el día 29 de mayo a recoger armas y a liquidar comuneros en Belleville. Aunque el diario regimental admite, con cierto pesar, que en algunos puntos fue fusilado «un gran número de prisioneros» los días 28-29 de mayo, no parece que exista prueba alguna de que el RE participara en los fusilamientos masivos ejecutados a sangre fría durante la siguiente quincena.⁵³ El 30 de mayo, el RE fue enviado a los acuartelamientos de La Pèpinière. Los comuneros habían dejado los antiguos cuarteles de la Guardia Imperial en tal estado de miseria y destrozo que los *légionnaires* necesitaron cuatro días para hacer limpieza.



Durante la angustiada resaca del «año terrible», el Estado francés y su Ejército se enfrentaron a un doloroso periodo de introspección y durante este desmoralizador ejercicio la presencia en Francia de la *Armée d'Afrique* no era ni necesaria ni bienvenida. Dado que la participación de mercenarios extranjeros sin duda afearía el desfile de la victoria de MacMahon en Longchamp, el 29 de junio, el día 10 el ministerio tomó la decisión de devolver a Argelia al Regimiento Extranjero. Al día siguiente, los *légionnaires* subieron al tren en París con destino a Tolón, donde el 15 de junio se embarcaron en el Drôme rumbo a Mazalquivir.⁵⁴ Al fin y al cabo, pertenecían a un regimiento colonial. Por más indistinguible que fuera su conducta en las calles de París con respecto a las unidades improvisadas del Ejército metropolitano, habían sido formados y entrenados para un servicio de armas muy diferente.

NOTAS

- 1 Patry, L., 2001, 133.
- 2 Howard, M., 1961, 57.
- 3 Morel, tte. cor., 1912, 50; Porch, D., 1991, 164-165; Bergot, E., 1976, 89-91; Geraghty, T., 1986m 82-83. El RE absorbió la 10.^a Compañía (depósito) del 7.^o de Línea, así como reclutas del 12.^o, 21.^o, 68.^o, 69.^o y 71.^o de Línea. [Michael Cox, *orbat.info*].
- 4 Porch, D., *op. cit.*, 166; Brunon, J. *et al.*, 1931,130; Garros, tte. cor. L. (ed.), noviembre de 1967, 37-38; Bergot, E., *op. cit.*, 94-95.
- 5 Porch, D., *op. cit.*, 166; Garros, tte. cor. L. (ed.), *op. cit.*, 38; Bergot, E., *op. cit.*, 96.

- 6 Garros, tte. cor. L. (ed.), *op. cit.*, 39; Bergot, E., *op. cit.*, 97; Brunon, J. *et al.*, *op. cit.*, 130.
- 7 Los efectivos «sobre el papel» de la Guardia Nacional de París eran de más de 340 000 hombres de edades comprendidas entre los 20 y los 45 años, de los cuales 104 000 formaban los regimientos «activos», con 227 000 reservistas «sedentarios» de mayor edad. Dado que la ciudad tenía una población total de unos 2 millones, son cifras extraordinarias.
- 8 Tombs, R., 1981, 5, 45-47, 50-51; Horne, A., 1967, 265-275.
- 9 Tombs, R., *op. cit.*, 53.
- 10 Bergot, E., *op. cit.*, 98; Grisot, gen. P. A. y Coulombon, E., 1888, 338-346, 358.
- 11 En 1870 un regimiento de infantería francés tenía 3 batallones, a 8 compañías cada uno; en época de guerra, cada batallón solía llevarse solo 6 batallones en campaña y dejaba el 7.º y 8.º para formar depósito. Un regimiento con efectivos de campaña sumaba unos 2000 de todos los rangos, por lo que cada batallón tenía unos 660 hombres y una compañía alrededor de 110, con tres oficiales.
- 12 Choisel, F., 1981, 2.
- 13 Tombs, R., *op. cit.*, 14.
- 14 El M1866 Chassepot era un fusil de cerrojo de retrocarga que usaba un cartucho de pólvora negra de 11 mm hecho de papel, cartón, malla y caucho. En teoría, se consumía solo, esto es, la detonación propulsaba la bala y quemaba el cartucho de forma instantánea, por lo que no era necesario extraer el casquillo vacío antes de cargar otro. En realidad, la acumulación de residuos atascaba el arma enseguida, con lo que los hombres tenían que orinar en la recámara caliente para tratar de despejarla. El Chassepot, con la mira ajustada a 1200 metros, tenía dos veces el alcance del Dreyse prusiano; aunque esto animaba a la tropa a abrir fuego demasiado pronto, el Chassepot era muy efectivo y su bala de plomo de punta blanda de 25 gramos causaba terribles destrozos. Al contrario que en la guerra moderna, la mayoría de muertes de la Guerra Franco-Prusiana fueron causadas por fuego de fusil (Vuillemin, H., 1996, 8-22).
- 15 Los prisioneros de la tropa solo retornaron en números significativos tras el Tratado de Fráncfort del 10 de mayo. Tan solo el 25 por ciento del Ejército de Versalles se componía de antiguos prisioneros de guerra, encuadrados en los *régiments provisoires* de los IV y V Cuerpos. (Tombs, R., *op. cit.*, 99).
- 16 Tombs, R., *op. cit.*, 57-62, 93.
- 17 *Ibid.*, 101-116.
- 18 *Ibid.*, 24.
- 19 *Ibid.*, 78-79; Horne, A., *op. cit.*, 308.
- 20 Patry, L., *op. cit.*, 259.
- 21 De todos modos, la «tabaquera» solo tenía la mitad del alcance que el Chassepot. Además, los fallos del cartucho, que atascaban la recámara, y los problemas de extracción de su casquillo de latón también eran comunes. (Vuillemin, H., *op. cit.*, 23-30).
- 22 Tombs, R., *op. cit.*, 80-90; Horne, A., *op. cit.*, 309-311.
- 23 Salvo que se indique lo contrario, el relato de las operaciones del RE contra la Comuna antes del 24 de mayo procede de Grisot, gen. P. A.

- y Coulombon, E., *op. cit.*, 354 y ss. (Grisot era, por aquel entonces, un oficial del V/RE). Después de esa fecha, el relato integra sobre todo las memorias de Montaudon, gen., 1900, Tombs, R., *op. cit.* (capítulo 9) y Horne, A., *op. cit.* (capítulos 24 y 25).
- 24 Tombs, R., *op. cit.*, 201. Hasta el 15 de abril, la unidad del gen. Montaudon fue designada 5.^a División del I Cuerpo y después 3.^a División. Esta comprendía:
 1.^{er} Bde. (general Dumont) – 30.^e Bn. *Chasseurs à pied*, 39.^e Rgt. de Marche, Rgt. *Étranger*.
 2.^e Bde. (general Lefèbvre) – 31.^{er} y 36.^e Rgts de Marche, 119.^e Rgt. de Ligne. Bde. *cavalerie* (general Gallifet) – 9.^e y 12.^e *Chasseurs à cheval* (independiente).
- 25 La *mitrailleuse* Reffye fue una de las grandes decepciones francesas de 1870, debido a la falta de personal entrenado y la incomprensión de su potencial táctico; sin embargo, en los combates callejeros podía ser devastadora. Montada en carros de artillería tirados por caballos, las *mitrailleuses* eran armas de tipo «Gatling» con de 16 a 30 cañones de calibre 11 o 13 mm. Los cartuchos se cargaban en una placa de metal perforada que se insertaba en los surcos del cierre. Al girar la manivela situada a mano izquierda cerraba y armaba el cerrojo y una segunda manivela a la derecha disparaba los tubos, a una cadencia que dependía de la velocidad con que se accionaba. La cadencia de tiro práctica era de unos 125 tiros por minuto y el alcance práctico unos 1280-1645 metros.
- 26 En la actualidad es la avenue Charles de Gaulle.
- 27 Patry, L., *op. cit.*, 233.
- 28 Durante el sitio prusiano la Guardia Nacional sirvió 9 baterías de artillería. No parece probable que la guarnición de París recibiera las nuevas granadas de artillería con espoleta de percusión, que solo estuvieron disponibles a partir de octubre de 1870. En 1871, es probable que los artilleros federales solo pudieran usar proyectiles de espoleta con temporizador, más antiguos y que requerían mayor pericia para su uso efectivo, y carecían de dispositivos para ajustar la espoleta contra blancos situados a menos de 1230 metros. Las espoletas de las granadas de metralla que estallaban en el aire eran más flexibles, por lo que la batería de la Porte des Ternes, emplazada a 900 metros de las posiciones de la Legión, también era peligrosa; sin embargo, la metralla escaseaba, por lo que el 80 por ciento de la munición fue proyectiles comunes. (Shann, S. y Delperier, L., 1991).
- 29 Horne, A., *op. cit.*, 320-321.
- 30 Grisot, gen. P. A. y Coulombon, E., *op. cit.*, 360.
- 31 Horne, A., *op. cit.*, 325-326; Tombs, R., *op. cit.*, 162.
- 32 Horne, A., *op. cit.*, 329-330, 334-339, 343-346.
- 33 Tombs, R., *op. cit.*, 129.
- 34 *Ibid*, 149-150.
- 35 *Ibid*, 151.
- 36 Montaudon, gen., *op. cit.*, 377-379.
- 37 Horne, A., *op. cit.*, 378-398; Montaudon, gen., *op. cit.*, 377; Grisot, gen. P. A. y Coulombon, E., *op. cit.*, 361.
- 38 Montaudon, gen., *op. cit.*, 389-390.

- 39 En la actualidad es la place de la Bataille de Stalingrad.
- 40 Montaudon, gen., *op. cit.*, 397-398; Grisot, gen. P. A. y Coulombon, E., *op. cit.*, 362; mapa callejero de 1871, Éditions du Cadratin. La Rotonde (hoy place de la Bataille de Stalingrad) no debe confundirse con la situada más al sur (hoy place Colonel Fabien, en el cruce de la rue Louis Blanc con el boulevard de la Villette).
- 41 Porch, D., *op. cit.*, 168.
- 42 Montaudon, gen., *op. cit.*, 399; los extremos de la rue Faubourg Saint-Martin, boulevard de la Villette y la rue Puebla.
- 43 Tombs, R., *op. cit.*, 159; Horne, A., *op. cit.*, 409-410.
- 44 Montaudon, gen., *op. cit.*, 447.
- 45 *Ibid*, 405. En la actualidad, la parte norte de la antigua rue Puebla es el boulevard de la Villette, mientras que la parte meridional es la avenue Simon Bolivar.
- 46 Tombs, R., *op. cit.*, 165-167.
- 47 Montaudon, gen., *op. cit.*, 406.
- 48 *Ibid*, 408. Grisot, gen. P. A. y Coulombon, E., *op. cit.*, 363 sostiene que su V/RE alcanzó primero la cima y que las pérdidas de la Legión de todo el día ascendieron a tan solo 4 muertos y 12 heridos, de los cuales 2 perecieron en la barricada de la place des Fêtes. Corrieron rumores de que no menos de 600-800 federales perecieron en acción o fueron ejecutados en el Buttes. No obstante, es imposible confirmar tales cifras.
- 49 Montaudon, gen., *op. cit.*, 409; Grisot, gen. P. A. y Coulombon, E., *op. cit.*, 363-364; Tombs, R., *op. cit.*, 167.
- 50 Tombs, R., *op. cit.*, 161.
- 51 Montaudon, gen., *op. cit.*, 411; Tombs, R., *op. cit.*, 159-161.
- 52 Serman, W. y J.-P. Bertaud, 1998, 496. Las bajas totales del RE en abril-mayo no figuran en Montaudon, gen., *op. cit.*, Grisot, gen. P. A. y Coulombon, E., *op. cit.* ni en ninguna de las fuentes secundarias como Garros, tte. cor. L. (ed.), *op. cit.*; Brunon, J. *et al.*, *op. cit.*, optó por «pasar en silencio por este episodio tan triste» (130). A juzgar por las bajas de otros regimientos, podemos conjeturar que durante la Semana Sangrienta propiamente dicha las bajas de la Legión ascendieron a una docena o dos de muertos y a 50-60 heridos, además de las sufridas en Neuilly con anterioridad.
- 53 Porch, D., *op. cit.*, 168; Horne, A., *op. cit.*, 418. El número de muertos ha sido motivo de acaloradas disputas, en ocasiones con cifras extremas y poco convincentes. La estimación más aceptada es de unos 20 000.
- 54 Morel, tte. cor., *op. cit.*, 51; Grisot, gen. P. A. y Coulombon, E., *op. cit.*, 365. Parece dudoso que todos los reclutas franceses y bretones o los voluntarios extranjeros por la duración de las hostilidades fueran licenciados antes de que el regimiento partiera; todavía había una guerra en Argelia, *vid.* Capítulo 2. Grisot, gen. P. A. y Coulombon, E., *op. cit.*, mencionan que los franceses y los voluntarios de guerra no fueron licenciados hasta diciembre de 1871, cuando la Legión quedó reducida a un total de 1200 efectivos.

1

LAS HERRAMIENTAS DEL IMPERIO

Con un regimiento metropolitano al completo no podía aventurarme ni a dos horas de distancia de la ciudad; con una sola compañía de la Legión podía hacer una ruta por Tonkín.

General François Oscar de Négrier¹

La Guerra Franco-Prusiana que culminó con la destrucción de la Comuna de París fue la primera en la que unos regimientos organizados en exclusiva para el servicio fuera de Francia fueron empleados en la defensa del «hexágono». En comparación con el uso de tres regimientos de «*turcos*» argelinos, el envío ilegal a Francia de la mitad de la Legión suscitó escasos comentarios, pues la distinción entre las tropas metropolitanas y las transferidas desde el norte de África no solo era racial. Existía el entendimiento tácito de que las unidades coloniales –en el sentido genérico, no en el uso administrativo específico del término– tenían un carácter diferenciado con respecto al Ejército metropolitano y que habían establecido con el Estado un pacto implícito diferente. No eran muchachos campesinos franceses, movilizados y uniformados para pasar siete años en alguna otra región del país y luego volver a la vida familiar en su aldea. Los soldados coloniales se alistaban voluntarios, con lo que no solo rompían sus vínculos personales, sino muchas de sus ataduras con la familia nacional, para servir lejos, a las órdenes de una doctrina militar más robusta. En

términos simples, eran una herramienta diseñada para el trabajo sucio en campos más duros, con lo que tal vez será mejor preceder el resumen de su historia y organización con un somero repaso a dicha labor.



La tarea definitiva de tales efectivos era matar a los miembros de las poblaciones nativas que se resistieran al avance de los europeos. Si no era posible forzar a los combatientes nativos a librar batalla y derrotarlos de inmediato, entonces se lograba su sometimiento mediante el robo de sus rebaños y la destrucción de sus aldeas, huertos, cosechas y reservas de alimentos, con lo que se sometía a inanición a las familias hasta que los líderes se rindieran. En la práctica, la realidad humana tras la frase «destruir sus aldeas» podía variar mucho. En el norte de África, una «aldea» podía ser cualquier cosa, desde un *douar* –unas pocas tiendas dispersas, tomadas con mínimo dramatismo y derramamiento de sangre con un par de descargas–, hasta un *ksar* –algo así como un castillo medieval que debía bombardearse y asaltarse, casa por casa, a punta de bayoneta–.

El Ejército francés de finales del siglo XIX –aunque no sus auxiliares nativos– era una fuerza disciplinada. Sus oficiales toleraban pequeños hurtos para la cazuela, aunque eran bien conscientes de los peligros de dar rienda suelta a sus hombres y permitirles el pillaje descontrolado. No obstante, si algunos de los soldados formados en las actuales democracias liberales en ocasiones pueden comportarse de forma bárbara durante unas guerras libradas entre poblaciones que les resultan del todo ajenas, no cabe sorprenderse de que sus bisabuelos hicieran lo mismo. Existían, por descontado, diferencias culturales entre los diversos contingentes nacionales, así como excepciones compasivas entre los creyentes cristianos, pero, en aquellos días, el concepto de una humanidad global compartida tenía escaso arraigo. Los soldados coloniales de esos tiempos y lugares vivían en un pasado que para nosotros es doblemente extraño, con lo que obraron allí de forma diferente.

Es fácil condenar semejantes brutalidades de forma automática, pero debemos guardarnos de la hipocresía farisaica. Aquellos soldados eran el producto orgánico de un mundo que a la mayoría de nosotros nos parecería aterrador. Podemos asegurar que solo una minúscula minoría de los lectores de este libro ha conocido jamás vidas de auténtica penuria tercermundista, de hambre, superstición y violencia arbitraria e inapelable. Para las clases subordinadas de la Europa decimonónica, tales experiencias podían ser la norma y el analfabetismo les privaba de toda idea de un mundo mejor. Cuando a hombres nacidos en semejantes condiciones se les ofrecía comidas regu-

lares, un sistema comprensible de premios y castigos, tareas bien definidas y un espíritu de autoestima colectiva era posible convertirlos en un arma, si bien esta sería más bien indiscriminada. A nosotros nos resulta en todo punto difícil imaginarnos en la mente de los hombres irreflexivos –tanto los analfabetos como los instruidos– que vivieron en el extremo más apartado del punto de inflexión histórico de la Primera Guerra Mundial. Antes de esta experiencia, que provocó un trauma sin igual, la mayoría de personas no se cuestionaba la necesidad de las guerras ni el estatus moral de quienes las libraban y aquello que a veces ocurre en campaña no era asunto de los civiles. Al fin y al cabo, los adversarios a los que combatían nunca hacían prisioneros, salvo con la peor de las intenciones.

Las fuerzas coloniales galas compartían con todos los ejércitos similares no solo los valores de su tiempo histórico, sino también la falta del control externo que introdujeron –de forma más o menos caótica y a menudo injustamente– los medios de comunicación de masas de finales del siglo XX. A falta del parloteo internacional que ensordece nuestra época, los sucesos tenían testigos y algunos contaban con cronistas, aunque no tenían una audiencia mundial que reaccionara a ellos. Tras un episodio desagradable, puede que llegara la carta de un oficial indignado a sus amigos, pero rara vez tenía un eco más amplio; en esa era respetuosa existía una fuerte ética, defendida con sinceridad por hombres decentes, de la discreción debida a las dignas instituciones del Ejército y el Estado. Había excepciones, como por ejemplo en Francia, donde una de tales misivas reveló en 1899 la matanza desquiciada cometida en el África Occidental Francesa por dos oficiales de las tropas de Marina llamados Voulet y Chanoine. No obstante, por lo general, el sonido de las atrocidades cometidas muy lejos, en tierras salvajes, se extinguían en el silencio transcurridos unos pocos kilómetros y escasos días, si es que llegaban a considerarse actos brutales, en dicho entorno.² En justicia, debe decirse que, a finales de siglo, los crímenes como los de Voulet y Chanoine eran excepcionales, en particular al norte del Sáhara. Los comandantes más inteligentes insistían en que la brutalidad gratuita era tan despreciable como contraproducente y, en general, la actitud de la tropa hacia los civiles no era de crueldad abierta, sino más bien una dura indiferencia sazónada con episodios de amable sentimentalismo hacia niños y madres. Los malos tratos no son un absoluto: existen grados y podemos dar por hecho que tales diferencias eran importantes para las poblaciones nativas.

Una vez se establecía la paz en las nuevas colonias, las fuerzas francesas desplegaban pequeñas guarniciones dispersas para mantener la seguridad local. A medida que la violencia inicial se perdía en la memoria –para los pueblos indígenas, al fin y al cabo, solo había sido un incidente

en una historia de violencia que se remontaba al pasado más remoto—, los contactos de trabajo cotidiano trajeron un mínimo grado de tolerancia mutua. Los franceses apenas se entrometían en la vida diaria y la mayoría de las comunidades del interior jamás llegó a ver ni un solo hombre blanco. Pasado cierto tiempo, fueron evidentes algunos de los beneficios de la nueva estabilidad: la contención de la guerra tribal, mayor seguridad para los viajeros y un incremento del comercio interior y, si había suerte, ciertas mejoras materiales en su forma de vida.

Sin embargo, cuando un pueblo nativo se sometía a la administración blanca siempre había una frontera poco definida con el territorio de aquellos que seguían sin someterse, ya fueran las tribus de un *hinterland* sin amo o las de un Estado indígena vecino. Los rebeldes podían hallar refugio seguro detrás de tales fronteras. Además, las tribus libres acostumbraban a lanzar incursiones contra los pueblos sometidos, pacíficos y, por tanto, más productivos, que solicitaban la protección de las guarniciones coloniales. Estas organizaban columnas de operaciones, que volvían a marchar una vez más, y así se repetía el proceso, que llevó a las banderas europeas, de forma lenta pero constante, a converger sobre los mapas. Los regimientos que las enarbolaban mostraban una diversidad de caracteres que a veces iba más allá de las simples diferencias nacionales.



Al contrario que Gran Bretaña —cuyos batallones, formados en exclusiva por voluntarios, podían destinarse a cualquier lugar, desde Aldershot a Canadá o a Birmania— Francia organizó unidades particulares para el servicio en ultramar, si bien al principio, en las décadas de 1880 y 1890, las fuerzas expedicionarias para la conquista colonial eran una mezcla de soldados de tres organizaciones diferentes. El primero era el Ejército Metropolitano, *le biff*, los jóvenes reclutas que cumplían sus años de servicio militar obligatorio. El segundo eran las tropas de Marina; voluntarios antes de mediados de la década de 1870, una combinación de voluntarios y reclutas de leva desde entonces a 1893 y luego volvieron a ser voluntarios. El tercero era *l'Armée d'Afrique* —designado XIX Cuerpo de Ejército a partir de 1873—, reclutado en su mayor parte en Argelia, con efectivos tanto europeos como árabes. La infantería del Ejército de África se componía de zuavos blancos y de reclutas —presidarios— de la Infantería Ligera de África, voluntarios de la Legión Extranjera y los voluntarios irregulares nativos —«*turcos*»—. La caballería se componía de los *Chasseurs d'Afrique* —Cazadores de África—, reclutas

blancos con algunos voluntarios agregados, tanto blancos como nativos, y los españíes, voluntarios árabes.

Las tropas navales –*Troupes de la Marine*– remontaban su historia a una compañía organizada en 1621 para el servicio de ultramar. Su desarrollo fue complejo, pero hacia las postrimerías del siglo XIX su misión definida era proteger bases navales tanto en Francia como en las colonias, además de proporcionar unidades temporales para misiones específicas –*régiments de marche*– en operaciones globales, en particular en el África subsahariana, Asia y los océanos distantes. Tras la Guerra Franco-Prusiana quedaron acantonados en Cherburgo, Brest, Rochefort y Tolón cuatro grandes regimientos con una inusual y holgada estructura. Un *Régiment d'Infanterie de Marine* podía administrar hasta 45 compañías –en lugar de las 12 habituales de un *Régiment de Ligne* metropolitano–, de las cuales 18 solían servir en ultramar de forma simultánea. A principios de la década de 1870, la Infantería de Marina –*marsouins*– sumaba un total de 20 000 hombres y la artillería naval –*bigors*– otros 3300. Los primeros experimentos de organización de compañías auxiliares *ad hoc* de africanos occidentales en batallones regulares agregaron varios miles de tiradores senegaleses, dirigidos y administrados por cuadros de la Infantería de Marina.³

En lo administrativo, este cuerpo era un vestigio del pasado histórico. En ese momento, la defensa de las bases navales de la metrópolis ya solo era un aspecto de la defensa nacional conjunta y desde 1856 la misión tradicional de los soldados embarcados fue asumida por marineros entrenados para ello –*fusiliers-marins*–. Dado que los almirantes querían gastar sus presupuestos en la flota, desatendieron por completo a las unidades terrestres, si bien no dejaban de protestar ante las numerosas propuestas de que fueran transferidas al Ministerio de la Guerra. Atrapados en esta inercia, los oficiales de la Infantería de Marina tenían un prestigio y unas perspectivas profesionales inferiores a los mandos de la Armada y del Ejército, hasta que las campañas de Tonkín –Vietnam del Norte– de 1883-1885 aumentaron el renombre del servicio, que comenzó a atraer a oficiales ambiciosos.

La tasa de mortalidad por enfermedad era elevada entre las Tropas de Marina, pero aún era más alta en los regimientos metropolitanos desplegados en los teatros coloniales. Con el tiempo, el envío de los hijos movilizados de los votantes franceses a lugares de mala muerte azotados por las fiebres empezó a verse como algo políticamente insostenible, ineffectivo en lo militar y una distracción de su verdadera misión, que era entrenarse para la revancha contra Alemania por los desastres de 1870-1871. La locura de despachar unidades metropolitanas en tales expediciones pasó a ser motivo de escándalo: la campaña de Madagascar de 1895 le

costó a la fuerza expedicionaria combinada del Ejército/Marina/unidades de África unas 5000 muertes a causa de las enfermedades tropicales –casi un tercio de sus efectivos–. De estas, las tropas metropolitanas fueron las que pagaron el precio más elevado.

En 1900, el Ejército arrebató al fin a las tropas de Marina –equivalente, en época de paz, a un cuerpo de ejército completo– de las garras de los almirantes. El acta del 7 de julio de 1900 los transfirió al 8.º Directorio independiente del Ministerio de la Guerra con la denominación de Tropas Coloniales. Contaban con Estado Mayor General y escalafón propios y también mantuvieron, por motivos de moral, su insignia de áncora y el uniforme azul.⁴ No obstante, es significativo que la ley de servicio militar del 30 de julio de 1893 –que había hecho que sus efectivos se redujeran en unos 10 000 hombres entre 1897 y 1900– continuó en vigor. Las Tropas Coloniales no recibían una cuota anual de reclutas y tenían que rellenar sus filas con alistamientos voluntarios. Se ofrecieron compensaciones sustanciales, con pensiones y empleos civiles reservados cuando se licenciaban. A pesar de su título, no obstante, a *la Coloniale* no se le devolvió el monopolio de las operaciones en ultramar.

Desde los comienzos de la década de 1880, el predominio de las Tropas de Marina en cada uno de los teatros de ultramar, con la salvedad del norte de África, atizó rivalidades entre los diversos cuerpos, con la consiguiente carrera por ganar influencia política y financiación. El Ejército también necesitaba un núcleo sólido de recia infantería blanca que pudiera enviarse a cualquier parte del mundo como armazón de los regimientos árabes que proporcionaban al Ejército la mayor parte de las bayonetas de sus campañas coloniales. En el periodo 1883-1914, esta recia columna vertebral se compuso cada vez más de los mercenarios de la Legión Extranjera, cuyos efectivos se multiplicaron de forma constante en esos años hasta pasar de 4 a 12 batallones. Una consecuencia fue la rivalidad creciente –expresada con vigor en encuentros fortuitos en callejones y burdeles– entre los franceses que vestían los pantalones azules y el emblema del áncora de *la Coloniale* y los mercenarios con los pantalones rojos y la granada flameante de *la Légion*.



Incluso durante los treinta años de enérgica expansión colonial anteriores a 1914 hubo una vaguedad pública generalizada en torno a la *Légion Étrangère*, que casi nunca se había visto en suelo francés. Muchas personas habían oído hablar de ella, pero pocos sentían verdadera curiosidad. En lo

más alto del escalafón de la institución militar metropolitana, la Legión se consideraba un elemento funcional, aunque algo incómodo, apenas algo mejor que un cuerpo de trabajo. Había civiles e incluso algunos soldados que los confundían con los *joyeux* de la Infantería Ligera de África, Los *Bataillons d'Infanterie Légère d'Afrique* (BILA o Bats d'Af) las siniestras unidades en las que los criminales civiles tenían que cumplir su servicio militar obligatorio y a los cuales eran transferidos a veces los militares que cometían delitos.⁵ El mando del Ejército francés de inicios de la Tercera República era una incómoda amalgama de monárquicos borbónicos –tanto legitimistas como orleanistas–, bonapartistas y republicanos. Aun así, en una oficialidad con una aguda conciencia de las amplias divisiones existentes en sus filas, los más instruidos y adinerados coincidían en considerar a la Legión un hatajo de paletos analfabetos en todo punto inapropiado. Los intelectuales de la *École polytechnique* y los exquisitos de la caballería consideraban que sus mandos eran las ovejas negras o los parias sociales, condenados a servir en entornos malsanos y mortíferos, lejos de las habladurías y de los contactos de los clubes de oficiales y de los salones urbanos que les permitían progresar en sus carreras. No obstante, ni en Francia ni en el extranjero se consideraba a la Legión una unidad militar marginal solo por el hecho de reclutar soldados extranjeros.

La palabra «mercenario» ha sido empleada y entendida de forma diferente desde principios de la década de 1960, cuando el derrumbe del antiguo Congo Belga la puso por primera vez en los titulares. En realidad, siempre hubo una clara distinción entre el soldado contratado a cambio de una compensación elevada a corto plazo y el soldado profesional nacido en el extranjero que acepta un salario mediocre a cambio de un servicio de larga duración. Es necesaria una ignorancia premeditada para negarse a reconocer las diferencias de fondo existentes entre, digamos, los *affreux* de África de mediados del siglo XX y los Royal Gurkha Rifles, aunque ambos puedan describirse de forma muy genérica como mercenarios. Sin embargo, ante la posible confusión, la repercusión histórica del término exige cierto estudio.



Los autores en busca de un sonoro epitafio en ocasiones han dado con el poema de A. E. Housman *Epitafio para un ejército de mercenarios*.^{*} No

* N. del T.: A. E. Housman, *50 poemas*, J. Bonilla (trad.), Sevilla, Renacimiento, 2006.

obstante, sus versos, espléndidamente estoicos, no tienen nada que ver en absoluto con la Legión Extranjera. Housman lo escribió en septiembre de 1917, en el tercer aniversario de la primera batalla de Ypres, como homenaje a los soldados regulares de la vieja Fuerza Expedicionaria Británica (British Expeditionary Force, BEF) de 1914 que cayeron por decenas de miles combatiendo la invasión germana de Flandes. Definir a los soldados profesionales de largo periodo de servicio de su propio Ejército nacional como «mercenarios» no es un uso que muchos de nosotros reconoceríamos hoy –pues esto incluiría, entre otros, el conjunto de las fuerzas armadas del mundo de habla inglesa–. Sin embargo, en la época de Housman, el término no conllevaba la carga de desprecio actual. Se limitaba a describir a soldados que se alistaban voluntarios a cambio de una paga en lugar de ser movilizados de forma obligatoria. En el siglo XIX, y también cuando Housman escribió su canción de alabanza sobre las tumbas de la BEF, la palabra no era más que una descripción técnica, que podía aplicarse por igual a voluntarios nacidos en el extranjero o en su propio país. En el pasado, las potencias europeas habían contratado sistemáticamente efectivos foráneos en regimientos fijos, de igual modo que numerosos oficiales eran autorizados, animados incluso por sus gobiernos, a ofrecer sus servicios profesionales a otros mandatarios amigos.

La precipitada idea de que la honorabilidad del Ejército de una nación requiere que este se componga en exclusiva de hombres nacidos en el país es de origen reciente. El propio concepto de un Ejército nacional permanente apenas se remonta al siglo XVII y es indudable que su nacimiento no dejó obsoleta la práctica medieval de emplear soldados foráneos. Por ejemplo, hay un barrio en la moderna Gdansk que todavía se conoce como «Vieja Escocia», pues se estima que en 1600 no menos de 37 000 escoceses vivían en Polonia para servir de reserva de reclutas mercenarios. La Guerra de los Treinta Años (1618-1648) fue testigo de los inicios de las fuerzas nacionales permanentes y durante la década de 1620 el rey Gustavo Adolfo movilizaba cada año alrededor del 2 por ciento de la población masculina de Suecia en regimientos regionales, aunque también empleaba grandes números de alemanes y más de 30 000 soldados escoceses, ingleses e irlandeses.⁶ El empleo a largo plazo de brigadas extranjeras completas –en particular suizas e irlandesas– fue un rasgo constante de varios contingentes permanentes europeos dieciochescos. Si bien la fuerza naval británica le permitía evitar el servicio militar obligatorio, su pequeño ejército voluntario era suplementado por numerosas unidades mercenarias extranjeras dirigidas por una combinación de expertos profesionales y *emigrés* políticos.

Durante las Guerras de Coalición y del Imperio de 1793-1815, los ejércitos de operaciones de Gran Bretaña incluyeron numerosos batallones germanos, además de los compatriotas hannoverianos del rey Jorge, así como franceses, neerlandeses, belgas, suizos, italianos, sicilianos, corsos, malteses, griegos, albaneses y croatas, por no mencionar las guarniciones no europeas de las Indias Occidentales, Sudáfrica, Asia y las Indias Orientales.⁷ Por otra parte, todo este tráfico no iba en una única dirección, pues el flujo se revirtió en paralelo a los acontecimientos políticos. La situación posterior a Waterloo postró en la miseria a numerosos exsoldados británicos y unos 5500 zarparon para combatir al servicio de Simón Bolívar en las guerras de Emancipación sudamericanas; muchos de sus oficiales habían servido a las órdenes de Wellington.⁸ A su vez, mandos franceses e italianos viajaron muy lejos, al Punyab, a vender las competencias que habían aprendido con Bonaparte.



Cuando Luis Felipe, el último rey de Francia, creó la *Légion Étrangère* el 9 de marzo de 1831 para el servicio exclusivo en Argelia (*vid.* Capítulo 2) no había ninguna deshonra en el servicio regular como mercenario. Un regimiento extranjero a su servicio no era más que un recurso más del Estado y, de hecho, en 1835, durante la Guerra Carlista, Luis Felipe regaló la formación original a la reina regente de España, aunque tuvo que volver a recrearla casi de inmediato. Hacia 1870, puede que la Legión Extranjera fuera considerada inapropiada, pero en lo militar era muy respetable. No ganó este respeto por sus arduos trabajos y sus salvajes acciones menores en Argelia –por las cuales el público francés no mostraba mucho interés–, sino en las guerras «de verdad»: las expediciones extranjeras organizadas por Napoleón III en las décadas de 1850 y 1860.

El último hijo superviviente de Luis, hermano del gran aventurero corso, creció en el exilio. No obstante, con la caída de la monarquía orleanista en la revolución de 1848, este conspirador incansable logró hacerse elegir presidente de la Segunda República, el primer experimento democrático de Francia. El «príncipe-presidente» se reveló un guardián poco fiable de esta entidad recién nacida: en diciembre de 1851, un sofisticado golpe militar le llevó al poder absoluto, que recibió el apoyo masivo de un plebiscito popular y fue consolidado por medio de purgas y espías policiales. Un año más tarde fue proclamado emperador de los franceses y asumió el nombre regio de Napoleón III en deferencia a su difunto primo, *l'Aiglon*. El emperador heredó las condiciones para una década de

espectacular crecimiento industrial y económico que expandió y enriqueció a la burguesía, con lo que esta quedó satisfecha. Dado que su única justificación para reclamar el poder era su sangre Bonaparte, y resucitar el prestigio galo su única política real, el emperador lanzó una serie de expediciones militares durante su primera década en el trono. Sus generales de Argelia ganaron para él algunos de los laureles con los que pretendía apartar la atención de los franceses hacia su Estado policial.

Un contingente francés combatió junto con los británicos en Crimea, en 1854-1855 y cuatro batallones de la Legión pasaron meses en las gélidas trincheras frente a Sebastopol. En mayo de 1855, su coronel, Viénot, pereció en un ataque nocturno contra el bastión Malakoff de dicha ciudad y en septiembre una compañía escogida de *légionnaires* portó las escalas para el último y exitoso asalto. No obstante, a pesar de sus 1000 muertos en Crimea, la Legión siguió siendo prácticamente desconocida fuera del *Armée d'Afrique*. En 1859, Napoleón decidió intervenir contra Austria en la guerra de independencia del norte de Italia y en junio la Legión se distinguió en Magenta. Un segundo coronel, De Chabrière, cayó en cabeza de sus hombres y los *légionnaires* se abrieron paso por la localidad. Al jefe de su cuerpo de ejército, el general Patrice MacMahon –descendiente, a su vez, de un mercenario *émigré*– se le atribuyó la siguiente frase: «¡La Legión está aquí, la victoria está en la saca!». Pese a que antes de Crimea se había cuestionado la capacidad de la Legión de enfrentarse en batalla a ejércitos modernos, ahora los mercenarios recibieron un puesto de honor en el desfile de la victoria en Milán. La prohibición de servir en suelo francés decretada en el momento de su creación, en 1831, fue levantada algún tiempo y los parisinos quedaron algo intrigados al verlos participar en la marcha triunfal por la capital del 14 de agosto de 1859. Pocos años después, no obstante, el tahúr imperial agotó su suerte y los *légionnaires* fueron una de las bazas sacrificadas en su fracasada apuesta.



L'aventure mexicaine empezó como un intento internacional de recuperar los fondos adeudados por el Gobierno del presidente mexicano Benito Juárez. Con Estados Unidos enzarzado en su propia contienda civil, en diciembre de 1861 efectivos españoles, franceses y británicos desembarcaron en Veracruz, en la costa este, para conquistar la aduana. Españoles y británicos tomaron la inteligente decisión de retirarse en abril de 1862, pero Napoleón –y su enérgica emperatriz española, Eugenia– se dejaron convencer de que era posible crear en las Américas un Estado católico

cliente de Francia. Los conservadores mexicanos, furiosos por la amenaza a sus privilegios del reformista Juárez, un indio zapoteca, aseguraron a los enviados franceses que la población se alzaría en apoyo de la intervención. Al parecer, Napoleón les creyó y utilizó bayonetas galas para instalar al desempleado archiduque austriaco Maximiliano como emperador vasallo de México, en cabeza de la facción reaccionaria de esta contienda civil.

La fácil victoria que esperaban no se materializó y, hacia abril de 1863, el Ejército francés quedó atascado en el difícil asedio de Puebla, 240 km tierra adentro y clave para poder avanzar sobre Ciudad de México. El Regimiento Extranjero del coronel Jeanningros no se hallaba en las trincheras, sino en las líneas de comunicación, desperdigado por las malsanas «tierras calientes» a los pies del altiplano, donde protegían de frecuentes ataques los 100 km de la carretera de Veracruz. Aunque solo llevaba un mes en el México subtropical, ya había pagado un pesado tributo de casos de «vómito negro» y malaria. El 29 de abril, cuando la 3.^a Compañía del 1.^{er} Batallón recibió orden de regresar por el camino para recoger y escoltar un importante convoy con suministros y paga para el ejército sitiador, apenas sumaba 62 suboficiales y soldados y un oficial, el subteniente Vilain. Dos oficiales del estado mayor regimental se presentaron voluntarios a la misión: el portaestandarte, el subteniente Maudet –al igual que Vilain, un antiguo suboficial– y el ayudante-mayor, el capitán Jean Danjou. Veterano de Sebastopol, Magenta y Solferino, todos le distinguían por su mano izquierda articulada de madera, que le habían tallado en Argelia en mayo de 1853 después de que una pistola de señales le hubiera volado todos los dedos. En el antelucano del 30 de abril de 1863, Danjou salió con su compañía de Chiquihuite y descendió por el sendero. Aunque el cliché dice que «marcharon hacia la leyenda», lo cierto es que el mito necesitó muchos años para llegar lejos.

Este no es lugar para reiterar un nuevo y detallado relato de lo que se convirtió –mucho tiempo después– en el día sagrado de la Legión. La defensa del establo del rancho La Trinidad de Camarón –inmortalizado por un reporte mal escrito como «Camerone»– ha sido repetido por los historiadores con la misma pedantería reverencial otorgada a la defensa de Rorke's Drift.⁹ En breve, unos 45 *légionnaires* que sobrevivieron a un primer asalto en campo abierto defendieron los muros contra casi 2000 mexicanos durante un día de calor infernal y sin apenas agua. Antes de hacerse matar, Danjou les hizo jurar que no se rendirían. Cayeron combatiendo, uno tras otro, tras rechazar dos ofrecimientos de deponer las armas para salvar la vida. A última hora de la tarde, solo quedaban cinco en pie: el subteniente Clément Maudet, el cabo Philippe Maine y los *légionnaires* Victor Catteau,

Gottfried Wenzely Laurent Constantin. Decidieron morir combatiendo: tras disparar sus últimos tiros a quemarropa, los cinco cargaron a la bayoneta contra el enemigo. Catteau trató de proteger a su oficial y pereció con 19 heridas de bala, a pesar de lo cual Maudet cayó mortalmente herido, y el coronel mexicano Cambas impidió a sus hombres liquidar a los tres supervivientes. Conforme a la promesa de Cambas al cabo Maine, el gobernador provincial, el coronel don Francisco de Paula Milán, hizo retirar a los heridos franceses del campo de batalla y les atendió todo lo bien que permitieron las circunstancias. De los *légionnaires* tomados con vida, 20, es posible que 22, sobrevivieron al cautiverio. El convoy, advertido de la emboscada, se detuvo y alcanzó Chiquihuite el 4 de mayo. El 19 de mayo Puebla cayó por fin a manos del ejército sitiador del general Forey.

Cuando la columna del coronel Jeanningros se acercó a Camerone el 1 de mayo rescató de su escondite en un cactus al tamborilero Casimir Lai, herido nueve veces. En una zanja tras el rancho hallaron 23 cadáveres desnudos, aunque se vieron obligados a dejarlos allí donde estaban hasta que pudieron regresar, dos días más tarde. Cuando por fin enterraron lo que buitres y coyotes habían dejado de Jean Danjou, su mano de madera había desaparecido. En 1865, el coronel Thus de la Legión Austriaca en México escribió a Jeanningros que uno de sus oficiales la había encontrado a unos 100 km de distancia en posesión de un ranchero de origen francés llamado L'Anglais –aunque este patriota pedía 50 piastras por ella–. La recuperación de este «precioso recuerdo» atrajo la atención del comandante en jefe francés en México, el mariscal Bazaine, aunque solo porque este había sido sargento en la Legión y había combatido en Argelia.

Cuando la Legión fue devuelta a su base de Argelia, en febrero de 1867, la mano de madera viajó con ellos en el equipaje del coronel Guilhem. Con el tiempo, se convirtió en la reliquia más sagrada de la Legión. Sin embargo, la solemne ceremonia anual de la cual es la pieza central no fue coreografiada hasta 1931 y el aniversario no parece haber sido celebrado de forma específica, ni siquiera a nivel de unidades, antes del 30 de abril de 1906 –momento en que un teniente con inquietudes históricas destacado en un diminuto puesto en Vietnam del Norte hizo formar a su sección y le explicó la historia–. El ejército expedicionario quedó admirado por la obstinada resistencia hasta la muerte de la 3.^a Compañía y el emperador en persona dio orden de que se bordara el título de honor «Camerone» en la enseña regimental. Asimismo, también ordenó que los nombres de los tres oficiales de la compañía fueran grabados con letras de oro en los muros del Hôtel des Invalides, el santuario parisino de la tradición castrense francesa. No obstante, el hecho de que sus instruccio-

nes no fueran obedecidas hasta 86 años más tarde sugiere que la Legión seguía sin tener mucho peso dentro de la institución militar.

Tras Camerone, la contienda civil mexicana se prolongó cuatro años más y los efectivos franceses se vieron cada vez más inmersos en una contrainsurgencia autodestructiva. En 1865, la victoria de la Unión en la Guerra de Secesión estadounidense supuso la llegada del general Phil Sheridan a Río Grande con un cuerpo de 50 000 efectivos que hizo gestos amenazadores. La «aventura mexicana» finalizó con la muerte ante el pelotón de fusilamiento de Maximiliano y la humillación de Napoleón. La mayoría de franceses optó por olvidarla lo antes posible. Entonces, su centro de atención se dirigió al este, donde la asombrosa derrota de Austria a manos de Prusia en Sadowa, en julio de 1866, obligó a las demás naciones europeas a adaptarse a un drástico cambio del equilibrio de poder.

En octubre de 1866, mientras la fuerza expedicionaria gala se retiraba hacia Veracruz para su repatriación, se anunció que la Legión se quedaría en México para seguir al servicio de Maximiliano, como ya se había hecho treinta años antes, cuando la unidad fue regalada a la reina Isabel de España. Si la orden no hubiera sido revocada el 16 de diciembre, entonces casi nadie habría oído hoy hablar jamás de la Legión Extranjera francesa. El regimiento zarpó rumbo a Argelia en febrero de 1867. Dejó atrás casi 2000 muertos, de los cuales es probable que un 80 por ciento pereciera víctima de las enfermedades.¹⁰



Ocho años después de Camerone, como ya hemos visto, unos pocos centenares de hombres de la vieja Legión Extranjera visitaron la capital francesa por segunda vez, aunque esta vez con un ánimo mucho menos festivo que en 1859. Fueron devueltos a Argelia tan pronto como fue posible, donde, al igual que en la Francia metropolitana, la caída del Segundo Imperio desencadenó disturbios políticos y una violenta rebelión.

NOTAS

- 1 Atribuido al general Négrier por el veterano de Tonkín Frederic Martyn (Martyn, F., 1911, 286).
- 2 Porch, D., 1985, 181-197.
- 3 Las reformas de 1889-1890 dieron a la Infantería de Marina 12 regimientos convencionales a 12 compañías.; los regimientos 1.º al 4.º

fueron denominados «regts. de tránsito» o «amphi-garnisons» y se encargaban, en primer lugar, de proporcionar efectivos para fuerzas expedicionarias temporales. (Clayton, A., 1988, 312-313).

4 En 1900, se previó la formación de 18 regimientos blancos a 3 batallones (RIC), de los cuales 12 deberían estar estacionados en todo momento en Francia, así como 6 elementos extra en las colonias, por rotación. En esa fecha, 26 000 de los 41 000 *marsouins* estaban desplegados en ultramar. Además, las unidades coloniales no europeas, con un total de unos 30 000 hombres, fueron reorganizadas en los 1.º a 3.º Regimientos de Senegaleses, 1.º a 4.º de Tonkineses y 1.º de Annamitas y 1.º y 2.º de Tiradores Malgaches. (Clayton, A., *op. cit.*, 313-317).

5 Clayton, A., *op. cit.*, 211-212. En aras de la brevedad, los Bats. d'Af suelen calificarse de unidades de castigo. En realidad, su propósito no era castigar, como sería el caso de las *compagnies disciplinaires* del Ejército, sino la segregación; los BILA eran *corps d'épreuve*, o unidades de combate «de probación». La mayor parte de la tropa eran delincuentes menores –a menudo proxenetas– que habían cumplido penas de cárcel de no más de tres meses, o soldados que habían ingresado en prisiones militares y que aún no habían completado su periodo de servicio. Otros eran militares transferidos de sus regimientos originales a los BILA, como por ejemplo, en la década de 1870, hombres sospechosos de simpatías comuneras, o los cabecillas de los motines de principios de la década de 1900 en suelo francés –sin embargo, aunque resulte sorprendente, los Bats d'Af incluían voluntarios–. Pese a ello, el término «de castigo» transmite correctamente su carácter. Un destino en estas unidades no era la primera opción para un oficial y podemos imaginar cuál era el calibre los suboficiales asignados a estas.

6 Brzezinski, R., diciembre 1986-enero 1987.

7 Chartrand, R., 1999 y Chartrand, R., 2000.

8 Hooker, T. y Poulter, R., 1991.

9 El estudio más exhaustivo en lengua inglesa de la campaña mexicana de la Legión, y de la evolución de la «leyenda de Camerone», es el del historiador canadiense Colin Rickards (Rickards, C., 2005).

10 *Ibid.*, *passim*; Sergeant, P., 1981, 73-89. Los nombres de Danjou, Vilain y Maudet no fueron añadidos a la lista de honor de los muros de Les Invalides –en la Galerie de l'Orient– hasta el 6 de agosto de 1949.

DESPERTA FERRO

Libro completo [aquí](#)

EDICIONES



«Sensacional».
Jacinto Antón, *El País*

«Ejemplar».
Financial Times

«Un genio de
la narración».
Richard Holmes

«La fuente definitiva sobre la época
clásica de la Legión Extranjera».
Mon Legionnaire

Desde la década de 1920, la imagen popular de la Legión Extranjera francesa quedó grabada en el imaginario colectivo a partir de la novela *Beau Geste*, de P. C. Wren. Un mundo de aislados y remotos fortines, feroces tribus guerreras y hombres desesperados de todas las nacionalidades que, huyendo de turbios pasados, se alistaban con seudónimo para luchar y morir bajo el sol del desierto. Tal imagen romántica y llena de clichés ha opacado una realidad mucho más rica y apasionante, jalónada de combates sin cuartel en exuberantes oasis en medio de la desolación, de operaciones de contrainsurgencia en selvas infestadas de tigres, de templos alfombrados de cráneos humanos en las profundidades de la jungla y de implacables marchas que desafían los límites de la resistencia humana.

En *Camaradas bajo la arena*, brindis con el que los legionarios recuerdan a sus caídos, Martin Windrow narra con la pulsión de la mejor historia militar la «edad de oro» de la Legión Extranjera: su configuración y desarrollo; la idiosincrasia de unos soldados que decidieron emprender una vida al margen de convencionalismos y que conformaron una de las unidades militares más legendarias de la historia; así como sus principales campañas durante la expansión colonial francesa, de los ardientes desiertos y escarpadas montañas de Marruecos a las opresivas selvas de Tonkín, de los traicioneros manglares de Dahomey a los inclementes altiplanos de Madagascar. Pero va mucho más allá: también profundiza en las tensiones entre los poderes político y militar en el seno de la Tercera República, una compleja relación nacida de los humeantes rescoldos del París de la Comuna que condicionó una política exterior de constante expansión durante la era del colonialismo europeo.

ISBN: 978-84-128157-8-8



9 788412 815788

P.V.P.: 29,95 €

**OTROS
TÍTULOS**